MUERTE DE UN JUSTO

Michel Schooyans



Monseñor Oscar Arnulfo Romero, profeta, doctor y mártir, asesinado mientras consagraba la Eucaristía, simboliza como nadie el holocausto del pueblo salvadoreño. Aquí lo evoca un intelectual belga, Michel Schooyans, profesor de la Universidad de Lovaina, estudioso de América Latina donde ha vivido muchos años, y a la que ha dedicado algunos libros de remarcable lucidez como "Destin du Brasil" *(Bruselas, 1973) ó* "Brasil, potencia" *(Salamanca, 1977).*

Monseñor Romero, arzobispo de El Salvador, asesinado el 24 de marzo último, estaba estrechamente ligado a la Iglesia de Bélgica. Varios sacerdotes de su diócesis se formaron en Lovaina. Entre fines de enero y comienzos de febrero, el arzobispo estuvo en Bélgica conquistando con su sencillez a todos quienes se le aproximaron. Era, dijo un testigo, "la bondad personificada". Monseñor Romero había venido a recibir el doctorado "honoris causa" que le había conferido la Universidad Católica de Lovaina. La distinción a monseñor Romero, que hace honor a la Universidad, había sido acogida con un entusiasmo parsimonioso en ciertos medios de Lovaina, turbados sin duda por la idea de que un profeta se mezclase entre los doctores.

Algunas semanas más tarde, el 24 de marzo, monseñor Romero era asesinado en el altar. Los autores del crimen -ese "sacrilegio", ha precisado Juan Pablo II- y las circunstancias exactas en que fue perpetrado son y serán, probablemente, mal conocidos. Es también aleatorio esperar que la claridad se haga sobre la tragedia desencadenada el Domingo de Ramos (30 de marzo), durante los funerales del prelado. ¿Cómo, por otra parte, sorprenderse por estas incertidumbres si ellas no hacen más que reflejar el "imbroglio" explosivo en que se ha convertido El Salvador y toda una zona de América Central?

Con su muerte, monseñor Romero ha dado un doble testimonio. En primer lugar un testimonio del amor preferencial -pero no exclusivo- de Cristo por los pobres. En un continente en el que, con demasiada frecuencia y durante mucho tiempo, la jerarquía se ha destacado por sus complicidades, Romero ha tenido el coraje de proclamar su solidaridad con los oprimidos. Como es inevitable en estos casos, las formas de esa solidaridad han sido discutidas, pero ellas excluyen toda confusión y toda ambigüedad en cuanto a su fondo. Romero ha hecho creíbles los compromisos solemnes tomados por el episcopado de América Latina en Medellín (1968) y en Puebla (1979). "Sólo creo, escribía Pascal, en las historias cuyos testigos se hacen degollar".

En el espíritu de Puebla y del Evangelio, monseñor Romero ha restaurado la unidad entre la palabra y la acción. Si explícitamente, ha denunciado la acción violenta, era para resaltar cómo la Palabra que proclamaba era agitativa. Su muerte bajo las balas revela la pujanza de la Palabra de Dios, a la que nada puede aprisionar. En esto, Romero era un profeta y sus verdugos mismos, quienquiera que sean, le han rendido un homenaje fúnebre poniendo al desnudo la impotencia que los traba, al eludir el desafío que les formula el Evangelio liberador.

Es por eso que la muerte de monseñor Romero es rica de esperanza para los pobres. Esta muerte atestigua que el combate que libran los oprimidos por su liberación es un combate por la justicia, en el cual ni la primera ni la última palabra pertenecerán a la violencia.

Porque esa violencia, Romero la ha rechazado, viniera de la derecha o de la izquierda. La víspera de su muerte había recordado los preceptos "No matarás" y "No robarás". Romero practicaba igualmente la enseñanza más clásica y textual sobre la desobediencia de un orden legal pero ilegítimo, inmoral e injusto: se debe obedecer a Dios antes que a los hombres. Discurso insoportable: *"Así, pues, desde aquel día, decidieron matarlo"* (Juan, 11, 53).

Romero no tomó el camino de la comodidad ni del conformismo. Sabía, quizás más claramente que San Pedro mismo a dónde podía llevarlo su fidelidad al Espíritu que lo empujaba.

En orden a la Iglesia de América Latina, la muerte de Romero aporta una pieza inesperada e importante a las controversias de la teología de la liberación. Por la acción que llevó a cabo y por el asesinato que coronó su vida, el prelado ha sellado la carta de una pastoral liberadora que nada pide prestado a las explosiones llameantes de un marxismo rencoroso y vacío de trascendencia. A Romero le ha bastado dejar obrar la fuerza contestataria del Evangelio. Con los hechos, el arzobispo asesinado denuncia las vacilaciones de ciertos prelados que, en Puebla, han calibrado su apoyo a una pastoral liberadora con una prudencia más humana que evangélica. Porque lo más embarazoso en la historia de monseñor Romero -del que se dice que fue elegido obispo porque estaba considerado como un conservador- es que, con su martirio, altera más que nadie a los conservadores. Para estos, Romero es aún más molesto muerto que vivo, puesto que provoca mala conciencia. Un conservador liberándose de los "conservadores" para ir al martirio en las circunstancias conocidas: he aquí un repudio bien claro para todos los partidarios de una sacralización del orden establecido. ¡Romero recuerda a todos los cristianos que sólo tienen las manos limpias los cristianos que no tienen manos!

"Si en los próximos diez años nada cambia en América Latina, podemos aguardar una catástrofe", decía en sustancia el Cardenal Arns al día siguiente de Puebla. Las horas trágicas que vive El Salvador son quizás la prefiguración de las que esperan a América Latina en el presente decenio. La muerte de monseñor Romero no será vana sin embargo si, contribuyendo a unir al episcopado latinoamericano, libera su voz colegiada de toda traba, de todo cálculo y de toda división.

Por una sorprendente coincidencia, los funerales de monseñor Romero se celebraron el día en que la liturgia recuerda la entrada triunfal de Cristo en Jerusalén. La hora de la glorificación había llegado para el Maestro -y para sus discípulos. Pues bien, este año, durante la procesión de Ramos, la Iglesia nos proponía este pasaje del Evangelio: *"Algunos fariseos de entre la multitud le dijeron: Maestro, reprende a tus discípulos. Y El respondió: Os digo que si éstos callaran, gritarían las piedras"* (Lucas, 19,39). ★

testimonio

latinoamericano

la herencia de Perón

el justicialismo frente al poder militar

de San Miguel a Puebla
religiosidad y protesta

Chile
la crisis del socialismo



Ezeiza
una tragedia argentina





Nicaragua
alfabeto y revolución

polémica
¿eurocentrismo o eurofobia?



Arzobispo Romero
muerte de un justo

AÑO I Nº 2 MAYO/JUNIO 1980 100 Pts.

EDITORIAL

los límites de la patria

En su reciente visita a España, Borges negó la existencia de una literatura latinoamericana. "Nosotros nos sentimos argentinos, orientales, peruanos —dijo— pero no latinoamericanos".

La afirmación del brillante escritor traduce un pensamiento no inusual en nuestro continente, y en especial en el ámbito rioplatense, donde se sustenta, incluso, en una peculiar formación étnica y cultural. La frase es algo más que una opinión aislada. Borges es un hombre identificado con la oligarquía de su país, por tradición y por devoción. Su credo político y social, expuesto con franqueza en varias ocasiones, es que la ingobernabilidad del pueblo argentino exige la autocracia militar por tiempo indefinido.

Esa oligarquía ha vivido de espaldas a Latinoamérica, en una posición consciente y deliberada, desde sus propios orígenes. Es una constante que tiene precedentes memorables. Por ejemplo, los unitarios porteños desentendiéndose de la campaña sanmartiniana en el Perú, y de la suerte de Bolivia liberada por Sucre. O el gobierno de Mitre rehusando su solidaridad para resistir las agresiones europeas a México, Perú y Chile. Políticas culturales congruentes con el proyecto de la balcanización y la dependencia han enfatizado, en cada uno de nuestros países, una idea de patria restringida, alienando a los pueblos de la perspectiva de su esencial y necesaria unidad.

Por el contrario, desde el planteo mismo de la emancipación concebido por los Libertadores, las luchas populares han tendido casi instintivamente a reivindicar los objetivos históricos de la Unión Americana. Esta causa alcanzó proyecciones concretas en el plano político, universitario, económico y sindical a partir de los avances populares delyrigoyenismo y el peronismo en Argentina e, invariablemente, ha sido actualizada en los momentos de progreso de los movimientos revolucionarios antiimperialistas en toda la geografía continental.

La experiencia del exilio nos sitúa hoy en la misma circunstancia con muchos otros hombres y mujeres de los países hermanos. Ese contacto nos permite conocernos mejor. Evaluar las diferencias significativas que nos distinguen. Pero principalmente, nos facilita la vivencia de problemas similares, de una íntima comunidad de carácter, de formas de pensar y actuar. Los europeos nos ven, ante todo, como latinoamericanos: ser argentinos, chilenos o uruguayos es casi una sutileza, apenas un acento regional.

Tan evidente es esta realidad y la situación creada por la diáspora de los países sometidos por las dictaduras, que la asociación universal de los escritores, el PEN Club, ha reconocido como miembro —hecho sin precedentes— a una filial constituída en España, por la emigración literaria latinoamericana: demostración viva de esta identidad cultural, paradójicamente afirmada en el destierro.

Pues bien, nosotros nos sentimos también latinoamericanos, sin desmedro de nuestra pertenencia a un país, una región o una ciudad determinadas. No se trata de ubicarnos en una abstracción, ni de prescindir del origen o la experiencia particular de cada uno, ni de renegar del compromiso personal con una parte de esa realidad. Se trata de superar las divergencias que nos impone el neocolonialismo, de revisar nuestras limitaciones y carencias formativas con una visión integradora. Pensamos que es necesario replantear nuestra identidad en esos términos. Creemos que existe una literatura latinoamericana, como existe una nación latinoamericana y una causa política latinoamericana. Eso es lo que pretendemos indagar y testimoniar.

EDITORIAL: LOS LIMITES DE LA PATRIA 2

LA HERENCIA DE PERON. EL JUSTICIALISMO FRENTE AL PODER MILITAR
por Hugo Chumbita 3

EN MEXICO, CON CAMPORA
por Jorge Flores 7

CHILE (I): LA CRISIS DEL SOCIALISMO
por Clodomiro Almeyda, Raúl Ampuero, Jorge Arrate, Aniceto Rodríguez, Gerardo Espinoza, C. Altamirano Pedro Vuskovic y Juan Bustos 8

CHILE (II): SOBRE LA INHIBICION DEL INTELECTUAL
por Hernán Valdés. 13

RECAPITULACIONES: EZEIZA, UNA TRAGEDIA ARGENTINA
por Alvaro Abós 15

DE SAN MIGUEL A PUEBLA: RELIGIOSIDAD Y PROTESTA
por Héctor Borrat 18

NICARAGUA: ALFABETO Y REVOLUCION
Entrevista a Orlando Guerrero
por J. C. Mercado 23

ECONOMIA: EL PODER TRANSNACIONAL
por Jorge Bragulat 24

PUNTOS DE VISTA: LAS AMBIGÜEDADES DE LA EUROFOBIA
por Eduardo Goligorsky 26

REVISTA DE PRENSA 28

CRITICA: ¿UNA NOVELISTICA DE LA VIOLENCIA?
por Federico Giralt, BENEDETTI Y LA TORTURA por Marta Vasallo 30

VOCES DEL EXILIO. 31

SEÑALES DE HUMO 32

LUCHI, EL HERMANO MAYOR
por Alberto Szpunberg 34

POEMAS
por Luis Luchi 34

MUERTE DE UN JUSTO
por Michel Schooyans 36

testimonio latinoamericano

AÑO I, Nº 2. MAYO/JUNIO 1980
Revista bimestral del Círculos de Estudios Latinoamericanos
Comité de dirección: Alvaro Abós, Jorge Bragulat, Hugo Chumbita.
Correspondencia y suscripciones: Apartado Postal 32.142
BARCELONA, España

Impresión: M. Pareja, Montanya, 16. Barcelona
La revista se acoge a las Convenciones Internacional y Panamericana sobre derechos de autor. Copyright 1980 por Círculo de Estudios Latinoamericanos. Domicilio legal provisorio: Bentinckstraat 55, III, Amsterdam, Holanda. Los materiales publicados pueden reproducirse citando la fuente. Las colaboraciones firmadas no expresan necesariamente la opinión de la revista.

Precio del ejemplar: España, 100 pesetas. Holanda: 3,50 florines. Francia: 7 francos. México: 50 pesos mexicanos. Otros países: 2 dólares USA o equivalente.
Suscripciones (por 6 o 12 números): España, 600 o 1.200 pesetas. Europa: 12 o 24 dólares USA o equivalente. Otros países: 15 o 30 dólares USA o equivalente. Cheques a la orden de "Testimonio Latinoamericano". Apartado postal 32.142, Barcelona, España.

Depósito Legal: B. 5.195-1980



LA HERENCIA DE PERON

el justicialismo ante el poder militar

Hugo Chumbita

Cuando en los últimos días de 1979 la Junta Militar argentina dio a luz, por fin, sus "Bases Políticas para el Proceso de Reorganización Nacional", la prensa registró la opinión de cierto elenco de amigos civiles. Entre ellos, Américo Ghioldi, antiguo "socialista democrático", ex embajador de la dictadura en Portugal, quien desde su colaboración con el golpe militar de 1955 y su célebre aplauso a los fusilamientos de junio (*"se acabó la leche de la clemencia"*) ha sobresalido esporádicamente entre los más calificados voceros de la oligarquía.

"El núcleo central de la cuestión que trata el documento de las Fuerzas Armadas, es el peronismo", definió Ghioldi, y agregó: *"El problema de hoy es el de 1955, 1958, 1976. Ser o no ser. La identidad argentina reconocible desde Mayo y la Constitución, o el retorno al primitivismo, al mito y las exaltaciones irracionales" (revista Siete Días, diciembre 1979)*

El núcleo de la cuestión

No se puede sino concordar en que la clave de la propuesta está en relación con el peronismo. Toda la perspectiva política argentina, la apertura civil y la democratización del país pasan por ese eje. Por la actitud que adopte el régimen militar frente al peronismo, por lo que ocurra dentro del movimiento y por lo que se genere a su alrededor.

En cuanto al dilema hamletiano de Ghioldi, no deja de suscitar admiración su consecuencia con el postulado fundacional de la ideología oligárquica, la consigna sarmientina *civilización o barbarie*. Pero una reducción tan grosera de la problemática nacional y social resulta hoy, por lo menos, insuficiente.

El *ser o no ser* de Argentina, como del resto de Latinoamérica, es el desafío de su realización nacional, del pleno desarrollo social, económico y cultural centrado en las propias necesidades, ▶

frente a la distorsión que implica su integración subordinada en el sistema internacional capitalista. Para los países de capitalismo dependiente, el problema de su identidad, el dilema de *ser Nación*, plantea ante todo, remover esas causas estructurales de subordinación. Problema inseparable de la resolución de los antagonismos internos, entre la oligarquía usufructuaria del sistema y el resto de la sociedad. De allí el carácter nacional que han revestido siempre en la Argentina las luchas sociales y democráticas contra el poder oligárquico.

El país pastoril exportador, el proyecto consolidado después de Caseros y Pavón, significó la efímera prosperidad semicolonial, regida por una aristocracia terrateniente y mercantil que agotó sus perspectivas en la crisis de los años treinta. Fue también la edad de oro de un liberalismo de elite, excluyente y represor de las masas, que en tiempo de la "revolución libertadora", se dio en llamar "línea Mayo-Caseros" y ahora Ghioldi alude como "Mayo y la Constitución".

El agotamiento de aquel proyecto estalló en la década del 40 con la irrupción del peronismo, que se apoyaba en la tradición histórica de las luchas federales y la experiencia democrática del yrigoyenismo, conformando una nueva síntesis del movimiento popular. Su fuerza radicaba en articular los intereses generales de las mayorías alrededor de los objetivos específicos de los industriales y la clase obrera (ver "Peronismo: un enigma europeo", Testimonio Nº 1).

Este es el centro de la cuestión: un movimiento, un frente, dinamizado por los trabajadores y su organización sindical, que desde entonces constituye, bien o mal, una alternativa concreta al modelo oligárquico. Que postula el desarrollo industrial autónomo, la intervención del Estado en la producción, una distribución social del ingreso y la participación de los obreros en el poder. Que plantea el ser o no ser del país en términos de *liberación o dependencia*. Que, dentro del ordenamiento democrático, ha aglutinado reiteradamente a la mayoría del electorado, y sólo pudo ser marginado del poder violentando las instituciones constitucionales. En otra época se llamó a este movimiento "aluvión zoológico", y ahora se insiste con calificativos equivalentes: primitivismo, mito, irracionalidad. A nadie se oculta la tremenda torpeza con que el peronismo frustró en algunos momentos sus propias posibilidades políticas, particularmente en las postrimerías del último gobierno, pero en todo caso es discutible la oportunidad del juicio por los defensores de la actual y anteriores dictaduras militares.

De 1945 a hoy, muchas cosas han cambiado en la Argentina. La oligarquía ya no es la misma: a los antiguos círculos terratenientes, comerciales y financieros se han ido integrando nuevos grupos agro-industriales y multinacionales. En la gestión estatal, sus abogados y políticos tradicionales han tenido que ser sustituídos por jefes militares y cuadros tecnocráticos.

Muchas cosas han cambiado también en el peronismo. El apoyo que tuvo en el ejército fue cercenado por las purgas y el nuevo adoctrinamiento de la oficialidad. Las nuevas generaciones y sectores de las clases medias que se fueron incorporando a sus bases, introdujeron su propia problemática y profundizaron las contradicciones existentes.

La estructura económica del país se ha modificado. El proceso de industrialización de los años 40 y 50 trastocó hondamente el sistema exportador agrario, sin consolidar una efectiva autonomía por falta de bases tecnológicas. Las crisis cíclicas de la dependencia han creado un persistente freno al crecimiento, en tanto se agudiza la concentración capitalista y la desnacionalización de la propiedad empresaria.

Tampoco la política mundial es la misma de posguerra. El solitario tercerismo del primer gobierno de Perón es hoy la definición de un extenso conglomerado de países. La relación de fuerzas entre el imperialismo norteamericano y el hegemonismo soviético ha sufrido variantes y complicaciones cualitativas. Europa ha progresado hacia formas de madurez política que influyen en Latinoamérica.

Pero la contradicción sigue siendo esencialmente la misma: un programa de filiación neocolonial, actualizado a las presentes circunstancias, que condiciona todo el futuro del país a su inserción en el mercado mundial capitalista. En el otro polo, el proyecto nacionalista que pugna por desbordar ese marco y reformular el desarrollo, para sustentar una redistribución progresiva de los ingresos.

Con una diferencia no despreciable. En 1945 la oligarquía intentaba ofrecer aún un modelo político de visos liberales y cierta institucionalidad republicana, en tanto el peronismo irrumpía con su fuerte carga de autoritarismo, después de un golpe militar que le allanó el camino. Hoy, en cambio, el plan oligárquico sólo puede sostenerse por la dictadura militar y la represión, mientras el justicialismo podría imponer sus objetivos únicamente a través de un proceso democrático constitucional.

El plan político de la Junta

La lectura de las "Bases" puede resultar ilustrativa si tenemos en cuenta esas claves. En el Mensaje que acompaña al documento se previene ya a la ciudadanía que el mismo marca *"los límites del disenso"*, y en la Introducción se reafirma la responsabilidad militar en la conducción del "Proceso" actual, así como *"su posterior intervención en defensa del sistema que se instaure a su término"*.

En el capítulo Bases Doctrinarias comienza a precisar de qué se trata. La Junta desea *"un Estado con autoridad, respetuoso de los derechos y libertades de los ciudadanos; apto para preservarlos del populismo demagógico y anárquico, de los totalitarismos y de los intereses ilegítimos o abusivos de individuos o sectores determinados"*. Y en un párrafo final especifica más prolijamente que *"las ideologías totalitarias estarán completamente excluídas y se considerará inaceptable el propósito de fomentar la lucha de clases, la propiedad colectiva de los medios de producción, la exaltación desmedida de la persona de los dirigentes, la politización partidaria de las grandes instituciones del Estado y de las organizaciones intermedias y la utilización de posiciones públicas en beneficio personal"*. Si algunas de estas referencias excluyen a los pequeños partidos marxistas existentes en el país, la mayoría de ellas apuntan inequívocamente al peronismo.

En el capítulo Bases Programáticas se fijan *"las pautas esenciales de coincidencia a través de las cuales podrán estructurarse los programas de las distintas corrientes políticas"*, o sea, el condicionamiento que se pretende imponer a las plataformas partidarias. Dentro del Area Institucional reaparece la tutela militar de la república: *"las Fuerzas Armadas en su intervención institucionalizada en el Gobierno, tendrán competencia en la toma de decisiones para la conducción estratégica nacional, la seguridad nacional y la defensa de la Constitución"*.

En el Area Económica se busca cristalizar la filosofía del actual programa de reinserción en la economía mundial (ver "La remodelación económica", Testimonio Nº 1) sobre todo con un párrafo aparentemente técnico: *"El sector externo no sólo ampliará nuestras ventas y compras productivas, sino que también será utilizado para impulsar con las menores restricciones posibles, un constante y más adecuado crecimiento económico interno, para lo que se asegurará un adecuado y selectivo apoyo a la industria nacional"*.

En el Area Social se fija un principio restrictivo respecto a los grupos sociales intermedios (léase sindicatos y entidades empresariales): *"deberán mantenerse totalmente ajenos a la actividad político-partidaria"*. Es evidente que se trata de desarmar al sindicalismo y bloquear las experiencias que condujeron a sustentar el gobierno de 1973 en un acuerdo programático de la CGT, la Confederación Económica y los partidos populares.

El capítulo de Bases Instrumentales anuncia la promulgación de normas sobre *"régimen de los partidos políticos y su normalización"* a partir del segundo semestre de 1980, previendo que, si hiciera falta, se reformará la parte instrumental de la Constitución, y amenaza con mantener y aún *perfeccionar* las inhabilitaciones políticas *selectivas*, superponiendo a tal fin al Poder Judicial *"las facultades propias de la Junta Militar"*.

Todo lo demás son obvias generalidades o buenos propósitos que nadie puede discutir en abstracto. Pero hay en las "Bases" un criterio dominante: la función tutelar que se autoasignan los mandos militares. Ciertos conceptos se reiteran obsesivamente, como la *selectividad*. Y un fantasma recorre todo el texto: el fantasma del populismo.

En síntesis, un chaleco de fuerza al que deben someterse las fuerzas políticas. Se habla de coincidencias y pluralismo, pero son los ciudadanos y sus partidos los que tienen que coincidir con la Junta, sin salirse del marco impuesto. El diálogo prometido tantas veces comenzó, como una ironía, por una ronda de entrevistas con el ministro del Interior, el personaje más impermeable de todo el elenco gobernante, y dando prioridad a los "amigos". Para peor, Videla declaró que el tal diálogo implicaba por sus partícipes una *"legitimación formal"* del golpe de 1976 y aún más, *"de todo lo actuado"*.

Sin embargo, se vislumbra la inevitable salida de la dictadura total. El país tiene una larga experiencia en golpes de estado y la historia es siempre parecida: el pueblo desborda al fin los condicionamientos, de una u otra manera.

¿Cuál es la verdadera intención del gobierno respecto al peronismo? No se busca proscribirlo radicalmente, maniobra tantas veces fracasada y peligrosa por sus consecuencias, sino condicionarlo, presionarlo y quizás dividirlo. Al respecto, se ha comentado en todos los tonos la afirmación de Videla de que *"el peronismo, tal como está, no podrá actuar"*, así como la respuesta de Bittel: *"el peronismo no va a cambiar porque a él se le ocurra"*.

La respuesta del Consejo Justicialista

La dirección del Partido Justicialista es detentada por Deolindo F. Bittel, quien como vicepresidente primero del Consejo Nacional sustituyó a la titular, Isabel Martínez, hoy bajo arresto domiciliario. En una situación anormal, con prohibiciones, clausuras, presos y exilados, censura de prensa e intimidación, la legitimidad de esta conducción partidaria -discutida ya en su origen- es en todo caso un objetivo que se procura lograr, sintetizando las corrientes del movimiento que pueden expresarse.

El escribano Bittel, ex gobernador del Chaco con firme apoyo en su provincia, pese a su rebeldía a las directivas de Perón en otra época, ha mantenido una posición sólida en el seno del justicialismo en base a su representatividad. Junto a él y al secretario del Consejo, Lázaro Roca, se agrupan sobre puntos de coincidencia los núcleos que encabezan Vicente L. Saadi, veterano dirigente del interior, el ex senador Diaz Bialet, y el ex ministro de Trabajo Miguel Unamuno, entre otros.

La respuesta del partido a las maniobras de la Junta está contenida en el documento del 29 de febrero último, cuya repercusión fue comparable al impacto causado por otra declaración fundamental, en setiembre 1979, ante la visita de la Comisión de Derechos Humanos de la OEA (ver "El síndrome de Nüremberg, Testimonio Nº 1).

Esta declaración, como la anterior, enfatiza la *autoridad moral* del justicialismo, su caudal mayoritario y su *concepción nacional, popular y cristiana*. Impugna el régimen militar desde su origen, *"el quebrantamiento del orden constitucional en 1976, a sólo seis meses del llamado a elecciones generales"* y el subsiguiente proceso en el orden político, social y económico. Añade que, luego de cuatro años de monólogo militar, ante la soledad política del gobierno, se intenta *"otra vía para salir del atolladero: el diálogo con los sectores civiles a partir de unas pretendidas Bases Políticas"*. Y replica a la dirigencia militar: *"Otra vez se equivoca. Los graves problemas que se han creado no se solucionan ya con ensayos filosóficos ni con lecciones de instrucción cívica. El pueblo soberano está suficientemente educado para distinguir entre lo que le conviene y lo que lo perjudica"*.

El reclamo es *"constitucionalizar el país, en el más breve plazo, sin ambigüedades, con términos y fechas ciertos y claros, con participación de todos los sectores políticos y sociales y sin escondidas intenciones continuistas"*. Y para alcanzar este objetivo en un clima de paz, el gobierno debe liberar a los detenidos políticos, especialmente a la señora de Perón, derogar las actas de inhabilitación y la legislación antisindical, asegurar los derechos constitucionales, modificar la política económica y permitir la actividad normal de los partidos.

En cuanto al diálogo, no debe tener otro objeto que *"la normalización institucional del país según los marcos de derecho que fija la Constitución"*. El Partido Justicialista, *"tal como ha sido y como es"*, será *"parte necesaria de cualquier proyecto y de cualquier diálogo que se intente por quien sea que fuere, si se quiere salir de esta crisis en que todos estamos involucrados y comprometidos"*.

Pero para esa salida hay que desechar *"maquinaciones y artilugios enderezados a inaugurar una mentida democracia que perpetúe el predominio de sectores minoritarios"*, como las reformas constitucionales extemporáneas, los gradualismos electorales, actas institucionales proscriptivas, inhabilitaciones y restricciones a la libre asociación, etc. Concluye con una apelación a los militares para devolver *"al pueblo lo que es del pueblo: su soberana decisión de autodeterminarse"*.



Tal posición fue reafirmada en otra declaración suscrita por Bittel y Roca ante el cuarto aniversario del golpe del 24 de marzo, donde se hacía referencia a las graves consecuencias que se han derivado del marginamiento del pueblo por este régimen, formulando *"un llamado a las grandes mayorías de nuestro pueblo en general y a los integrantes del justicialismo en particular, para lograr con unidad de criterio y de acción la rápida restauración de la Constitución nacional y de la soberanía popular"*.

El llamado unitario parecía oportuno ante la proliferación de declaraciones divergentes, incluso desde el justicialismo, y en varios casos contradiciendo las definiciones del Consejo. Pero la expresión de disidencias es inevitable, por una parte porque efectivamente existen líneas diversas, y además porque el régimen alienta directa o indirectamente estas manifestaciones para debilitar la conducción partidaria.

La actitud verticalista

Dentro de los lineamientos marcados por el Consejo Justicia- ▶

lista, se diferencian sin embargo los núcleos que insisten en una reafirmación verticalista, subrayando el acatamiento a la señora de Perón como jefa del movimiento. Entre quienes sustentan expresiones de este tipo aparecen el ex intendente de Buenos Aires, general José Embrioni, los ex parlamentarios Juan Carlos Beni, Virginia Sanguinetti y otros dirigentes, incluso del ala sindical metalúrgica inspirada por Lorenzo Miguel.

Paradójicamente -dado su proclamado verticalismo- el general Embrioni ha remarcado la necesidad de *"hacer la organización del justicialismo de abajo para arriba"*, propuesta fundamental en la situación actual del movimiento.

Se plantea entonces el interrogante crucial acerca de la sucesión de Perón. El liderazgo indiscutible sobre el movimiento que inspiró y condujo hasta su muerte, ¿era susceptible de transmisión hereditaria? En todo caso, nunca fue delegado por él. *"Mi único heredero es el pueblo"* dijo textualmente en su última aparición pública desde los balcones de la Casa Rosada, su virtual testamento político del 12 de junio de 1974.

Esta no era solo una expresión retórica. Si Perón llegó a ejercer su autoridad casi como un atributo de soberanía -hecho tan criticado desde fuera del movimiento- lo hizo al fin y al cabo con el consenso renovado de la masa de partidarios. Al término de su carrera de estadista y de su propia vida, Perón devolvió al pueblo esa atribución, como su mandato indelegable. Que correspondiera a Isabel la sucesión presidencial no implicaba que fuera su heredera en la conducción del movimiento popular.

Verticalismo es un concepto que puede ser interpretado con varios matices. Pero en nuestra semántica política indica una actitud de aceptación incondicional por las bases de las directivas provenientes de *arriba*. Tal disciplina, propia de una institución militar o de un partido autocrático, resulta incompatible con una organización democrática, donde la base participa e inspira las decisiones. Ni siquiera es admisible en un movimiento de masas con conducción centralizada, donde el liderazgo debe ser plebiscitado. Basta recordar que el verticalismo se convierte en una tendencia interna después de la muerte de Perón, cuando una dirigencia supuestamente *heredera* se empeñaba en imponer un acatamiento resistido.

¿Qué significa entonces hoy la actitud verticalista? Es comprensible que, por un lado, exprese la línea de continuidad en la solidaridad con Isabel, a quien los mandos militares han pretendido hacer responsable del desgobierno de 1976, después de haberla cercado y utilizado para preparar su propia dictadura. Pero también representa un intento de reivindicar en la persona de ella la autoridad de Perón, algo que muy difícilmente podrá ser digerido por las bases del Justicialismo.

Si el peronismo ha de reorganizarse democráticamente, de abajo hacia arriba, como lo exige esta encrucijada histórica, y siendo por lo demás una vía imprescindible para prevenir su división, el empeño verticalista aparece por lo menos desfasado y contraproducente.

La tendencia convergente

Frente a las posiciones anteriores, en esta etapa emerge otra tendencia caracterizada por su vocación *dialoguista* con el régimen militar (o con alguno de sus sectores), que también se define habitualmente como *antiverticalista*. Además de manifestaciones aisladas como las del cirujano Raúl Matera y ciertas réplicas frontales a los documentos del Consejo, han trascendido los intentos de conformar una estructura que pueda incidir orgánicamente en la definición del justicialismo.

Los políticos más activos en esta línea son el ex ministro Angel F. Robledo y el ex gobernador correntino Julio Romero, además de otras personalidades como Italo Luder, Ricardo Guardo y Alberto Rocamora. Podrían añadirse los nombres de Jorge D. Paladino, Miguel Osella Muñoz, Manuel de Anchorena, Raúl Bustos Fierro, Julio Antún y otros dirigentes del interior. Entre los sindicalistas, Juan J. Taccone, vinculado al gremio eléctrico, y José Rodríguez, ex titular del sindicato mecánico. Es interesante señalar aquí el paralelismo que se da con el dialoguismo a nivel sindical específicamente (ver "Diez interrogantes sobre una ley (anti) sindical, Testimonio Nº 1).

Sin duda hay matices en esta tendencia, que van desde el realismo político hasta la complicidad con la dictadura. En todo caso, Luis Sobrino Aranda expresa uno de los perfiles más nítidos. Su periódico "Convergencia hacia el tercer movimiento nacional" es definitorio desde el título. Trancribe asimismo en sus páginas las opiniones de dos figuras principales en quienes se confía para vertebrar una confluencia: el almirante Massera y el general Viola, hoy circunstancialmente retirados de la dirigencia militar, pero activos en sus contactos con el mundo político, y en particular con los sectores del justicialismo que cada uno trata de captar.

Angel Robledo ha colaborado en el mismo órgano señalando la necesidad de perfeccionar y actualizar la organización de los partidos a partir de un análisis autocrítico. Su opinión de que, en pos de una genuina democracia pluralista, se debería *"asignar participación y responsabilidad política a los factores de presión, que integran el poder político" (Convergencia Nº 3, enero 1980)*, puede interpretarse como una expresa coincidencia con la propuesta, en tal sentido, de la Junta Militar.

Con mucho menos estilo que Robledo, el director del periódico destina otras páginas a criticar el acercamiento del gobierno a la Unión Soviética, desde una postura cerrilmente pro norteamericana, y a denostar al Consejo y los dirigentes del justicialismo que no aceptan la conciliación con la dictadura.

¿Qué posibilidades tiene esta tendencia? Por un lado, algunos de sus planteos pueden contribuir al diseño de una organización partidaria democrática. Por otro lado, la actitud *permeable* de ciertos dirigentes podrá lograr concesiones del régimen y, quizás, alentar la prosecución del dudoso camino aperturista. El ministro del Interior tiene en su agenda de diálogo a Robledo y no a Bitel, por ejemplo. Pero esto no es nuevo en el país y en el peronismo. Cada golpe militar -y van cuatro desde 1955- ha producido sus aspirantes al continuismo, se ha visto obligado a negociar con los partidos, y ha tenido siempre interlocutores justicialistas. Lo que nunca se consiguió, y nada indica que pueda lograrse ahora, es que la mayoría peronista deje de serlo para ir detrás de ninguno de sus enemigos arrepentidos.

Definiciones desde el exilio

Héctor J. Cámpora, seguramente el político justicialista de mayor relieve tras la desaparición de Perón, ha vuelto a hacerse oir desde el exilio después de un forzoso silencio. Su reaparición pública en México, en la conmemoración del séptimo aniversario del triunfo electoral del 11 de marzo, suscitó gran espectación pero defraudó a algunos. La prensa mexicana había difundido en las vísperas una llamativa solicitada del "Movimiento Peronista Montonero" donde se lo citaba insistentemente, y Cámpora se vió obligado a rechazar esa identificación en términos tajantes: *El peronismo no es subversivo. La lucha política, la lucha civil, será el camino para lograr la liberación del pueblo argentino. Movimiento Peronista hay uno solo, que es esencialmente civil y su arma fundamental es el voto*

Posteriormente se le hicieron varios reportajes por la prensa mundial, entre ellos el de un diario madrileño, donde reiteraba aquella aclaración: *"Toda mi vida he sido peronista, y como tal he luchado, por medios democráticos, para alcanzar sus ideales. Quienes practicaron la violencia han pretendido adjudicarme sus propias prácticas. Quienes nunca fueron leales peronistas se atrevieron a poner en duda mi ideología de siempre. Pero el pueblo argentino, que me conoce, sabe quién soy, qué pienso y cómo actúo"*. Declaró injustificable el conculcamiento que se ha hecho en Argentina de los derechos humanos, y respecto al plan político de la Junta contestó que, como lo han demostrado reiteradas experiencias, este tipo de proyectos *"resultan inviables, pues involucran una contradicción imposible de superar"*. Es necesario *"establecer de una vez para siempre un sistema político representativo, que suponga asegurar el respeto a la voluntad de la mayoría, en un marco de pluralismo político"*. Y ante una última pregunta sobre las perspectivas de la viuda de Perón, respondió que *"la posibilidad política futura es del movimiento peronista y, dentro de él, de aquellos que sean elegidos por la voluntad de la mayoría de sus adherentes" (El País, 23 de marzo 1980).*

¿Cuál es la intención de Cámpora? Citando sus propias palabras, *"lucho contra la muerte porque creo que me falta aún dar un paso más al frente, para que podamos reeditar el triunfo del 11 de marzo"*.

La dispersa comunidad del exilio argentino también refleja el proceso del justicialismo. Julián Licastro, ubicado en una generación intermedia que él mismo intentó definir e interpretar, hacía su aporte a la reflexión autocrítica en un documento difundido el año pasado desde Caracas: *"Es preciso ver cómo se dispone y prepara nuestro movimiento para esa transición hacia la democracia, que percibo por el camino de la convivencia, la grandeza y la autodeterminación. Nosotros tenemos que ser los primeros en cumplir sus requisitos de amplitud, de no sectarismo, de cohesión y de unidad, para aportar a una unidad mayor. Necesitamos la unidad de los peronistas, para hacer la unidad de los argentinos. Y la unidad de los argentinos, para realizar la de América Latina"*.

¿Es posible lograr una solución progresiva para que el país salga de la dictadura sin más violencia? Licastro agregaba: *"No será fácil avanzar por esa senda en un país lastimado por la intemperancia de uno y otro signo. Muchos compatriotas, en su intimidad, nunca olvidarán lo ocurrido. Pero un país no se agota en el recuerdo obsesivo del pasado. Somos los individuos los que solemos pensar en términos de condena, castigo, olvido, perdón o venganza. Pero la historia, que es justicia, solo premia a los pueblos que saben construir"*.

En realidad, de eso se trata. Veremos si la herencia de Perón, es decir el justicialismo, puede o no reestructurarse para volver a ofrecer al país -y por consiguiente a Latinoamérica- una solución constructiva. *

En México, con CAMPORA

A los pocos días de su llegada a México, el doctor Héctor Cámpora concurre a una de las reuniones que, bajo el nombre de Encuentros Peronistas, se realizan habitualmente en la capital azteca. Es el primer contacto general, abierto, del flamante exiliado con sus compatriotas y compañeros.

Cámpora llega con su mujer y es recibido por los 150 asistentes con un grito unánime: "¡Perón! ¡Perón!". ¿Qué habrá pasado en ese momento por la mente, por el corazón del veterano político? Detrás quedaba su odisea de casi cuatro años en el confinamiento de la embajada mexicana en Buenos Aires, el constante temor de un atentado (en alguna ocasión el jardín de la embajada fue tiroteado desde techos vecinos). La interminable batalla legal por el salvoconducto. La presión internacional. Finalmente, la enfermedad que permitió arrancar ese salvoconducto, negado hasta último momento por la Junta. Y durante todo ese tiempo una de las campañas calumniosas más crueles que se recuerden. ¿Cómo olvidar esos titulares de la prensa argentina reproduciendo la afrenta a toda página: "Cámpora es un delincuente político"? Insulto tanto más cobarde cuanto que se vertía desde la impunidad del poder contra quien carecía de medio alguno para defenderse. Y, paradoja siniestra, en boca de alguien que está sentado en el "sillón de Rivadavia" por la pura fuerza de las armas. Para la extraviada retórica de los usurpadores, resulta ser un "delincuente político" quien alcanzó ese sitial por el voto democrático del 49 por ciento de los argentinos.

Y luego, ese repiquetear permanente de la más burda de las mentiras: la acusación de que Cámpora "abrió la puerta de las cárceles a los subversivos". Quizás piensen que los argentinos padecemos de estupidez congénita. Que, por un ensalmo, nos olvidamos de que -para bien o para mal- la ley de amnistía dictada la madrugada del 26 de mayo de 1973 por el Congreso de la Nación emanó del voto unánime de todos los partidos representativos, en cuyos programas electorales estaba explícitamente inscripta.

Falsedades, imposturas, insidias sobre las espaldas de un hombre cuya línea de conducta, finalmente, y al margen de apreciaciones críticas o juicios de valor, estuvo presidida por el respeto a la legalidad y a la voluntad popular libremente espresada.

Por todo eso, no es raro que, cuando Cámpora entra en aquel salón, un día de enero de 1980, los ojos se le llenen de lágrimas. Porque los gritos de ese puñado de argentinos, a tantos kilómetros de la patria, hacen resonar en su corazón, seguramente, el eco de las jornadas multitudinarias, de las jornadas del triunfo.

Cámpora saluda, uno por uno, a todos los asistentes. Y luego, la tertulia se generaliza. Los temas van desgranándose, regados por algún vaso de vino. El ex-presidente habla con tono pausado, revela una información precisa de la situación argentina, un criterio seguro. En apretada síntesis, nos dice que, a su juicio, la juventud fue manipulada por seudo-dirigentes que se equivocaron totalmente cuando pretendieron manejar no sólo la juventud sino el movimiento y el país: sin embargo, la masa juvenil no estuvo equivocada, dice.

Rescata el recuerdo del 17 de noviembre, del 25 de mayo, del 20 de junio incluso, pese a la sangre vertida. La peor de las estupideces, señala, es luchar por "prevalecer" y allí se luchó por prevalecer ante un líder.

Las acciones de resistencia que lleva a cabo en condiciones dificilísimas la clase trabajadora, destaca, son ampliamente promisorias. Algunos dirigentes sindicales han defeccionado, pero, en su conjunto, el movimiento obrero es la pared contra la que se estrellará la Junta.

Apoya totalmente el documento de septiembre de 1979, emitido por el Partido Justicialista. El compañero Bittel, dice Cámpora, es un viejo y leal peronista. Nos puntualiza que la salida a la luz del mencionado documento significó para Bittel una oleada de presiones por parte de algunos dirigentes, No se puede entrar en componenda alguna con la Junta, los dirigentes del peronismo o de otros sectores populares que lo hagan -y desgraciadamente para ellos, más de uno lo hace- pagarán un precio político muy alto.

El principal objetivo de la Junta es destruir al peronismo, pero no se dan cuenta, sigue diciéndonos, que éste es indestructible.

Un compañero le pregunta si, a su juicio, Perón se equivocó. Cámpora responde que sí: en la fórmula presidencial para septiembre 1973. En gran parte muchos tenemos la culpa y él, personalmente, la asume en cuanto le toca, por haber estado tan cerca de Perón: pero era un hombre tan grande, dice, que era difícil manifestarle una discrepancia, y ello sin ensombrecer para nada su figura.

La charla sigue, viva, inagotable: Cámpora habla de Evita, de la necesidad de reorganizar el movimiento de abajo hacia arriba, de los millones de votos que se obtendrían si hoy hubiera elecciones. Vuelve a referirse con dureza a la Junta Militar.

No se retira hasta que el último compañero le haya formulado la última pregunta. Han sido tres horas de fructífero contacto. Se despide besando a cada compañera, abrazando a cada compañero.

Le espera una dura lucha contra el tiempo, contra la adversidad, lucha que soporta con entereza, con fe en Dios y en la medicina. No encontramos mejor manera de demostrarle nuestro respeto y nuestra solidaridad: por eso lo despedimos cantando la marcha que llenó el ámbito de sus días de gloria.

Jorge Flores

CHILE (I)

La crisis del socialismo

El Partido Socialista chileno, el más importante de esa definición en América, tuvo desde su origen rasgos distintivos por su arraigo popular, su planteo latinoamericanista y su amplitud como expresión democrática y nacional. Llegó a ofrecer una síntesis válida al país, con la Unidad Popular en 1970, pero sufrió también el desgaste de aquella experiencia y la derrota de 1973. En el exilio, el Pleno de su conducción celebrado en Argel, abril de 1979, detonó una crisis latente. En la superestructura, el antiguo secretario general Carlos Altamirano *fue desplazado por* Clodomiro Almeyda. *Los partidarios de Altamirano no aceptaron la legitimidad del procedimiento y se produjo una virtual escisión.*

La revista Chile-América, *que se edita en Roma, publicó en su nº 54-55 (julio de 1979) un extenso dossier sobre la crisis socialista. De este trabajo hemos seleccionado las opiniones vertidas sobre tres temas: la división partidaria, la vigencia de la Unidad Popular y las formas de lucha contra la dictadura de Pinochet. Sobre otros aspectos de gran interés, especialmente en los órdenes teórico y doctrinario, remitimos al lector al magnífico reportaje de* Chile-América. *Aquella encuesta fue preparada al calor de los hechos. El tiempo transcurrido, si le ha privado de novedad, ha dejado intacta su vigencia. Los temas tratados tienen una relevancia que excede al ámbito chileno y afecta la problemática general del cono sur. Por eso, su difusión es útil más allá del ingrato pretexto que los concita: la división de un partido popular. Sólo de la confrontación abierta —de la que esta encuesta es un ejemplo— han de surgir las fuerzas capaces de estructurar una alternativa a las dictaduras australes.*

Además de Almeyda y Altamirano, *contestan el cuestionario* Raúl Ampuero, *destacado teórico y varias veces secretario general, luego alejado de la estructura oficial;* Jorge Arrate, *que representa a las generaciones más jovenes del partido: durante el gobierno popular fue vicepresidente de la Corporación del Cobre;* Aniceto Rodríguez, *que también ha sido secretario general del partido, senador y "generalísimo" de la campaña que llevó a Allende a la presidencia;* Pedro Vuskovic, *que fuera ministro de Economía, distanciado del partido respecto al cual mantiene una postura crítica. Todos los nombrado viven en el exilio. El ex diputado* Gerardo Espinoza, *representa de algún modo a los socialistas que permanecen en el interior.*

Añadimos a este material un comentario de Juan Bustos, *exilado en Barcelona y miembro de la Comisión de Unidad constituída posteriormente a la ruptura, quien actualiza la polémica partidaria a partir de su compromiso en la reorganización encarada hoy por el sector de Altamirano y otras corrientes.*



¿QUE OPINA SOBRE LA DIVISION DEL SOCIALISMO CHILENO?

CLODOMIRO ALMEYDA. La línea de unidad antifascista, y de paralelo desarrollo de la fuerza propia de la UP y sus partidos dentro de la coalición democrática que se trata de promover desde la base y desde la cúspide, fue ratificada en Argel por el Pleno y constituye nuestra orientación política fundamental.

En Argel fueron derrotadas las posiciones oportunistas de derecha, que visualizaban y promovían una salida de centro izquierda a la situación chilena, sobre la base de una alianza demócrata cristiana, radical y socialista, que pasaba por la división del movimiento popular, la exclusión de los comunistas y otras fuerzas de izquierda de orientación socialista, y la entrega virtual de la hegemonía en la coalición opositora a los partidos de centro.

Igualmente en Argel fueron derrotados las posiciones ultraizquierdistas, sobre todo extendidas en el exilio, que nada querían y quieren con la democracia cristiana, y que más bien eran proclives a la constitución del llamado "polo revolucionario" con el MIR y otras tendencias de extrema.

RAUL AMPUERO. La escisión que sacude al P.S. es un hecho de la máxima gravedad en la lucha del pueblo chileno contra la dictadura. La fractura en sí es ya deplorable para la izquierda, pero más todavía lo es la oscuridad de las posiciones en conflicto. Aún la división de un partido puede tener proyecciones positivas a plazo más largo cuando obedece a contradicciones insalvables, pero siempre que los términos de la contienda sean clara y honestamente formuladas. De otro modo se corre el riesgo de convocar a los militantes en torno a personas o a banderas falsas, es decir, en torno a alternativas frágiles o estériles.

JORGE ARRATE. La separación entre exiliados y militantes en Chile, las condiciones de represión en el interior, la dispersión geográfica en el exterior, son factores que han impedido que las discrepancias se aprecien en toda su entidad. Muchos de los problemas en discusión han sido mantenidos durante largo tiempo en el ámbito exclusivo del vértice direccional.

Según mi criterio, existen serias diferencias en aspectos de importancia cardinal. El sector disidente no valoriza adecuadamente e incluso caricaturiza la autonomía del Partido ("no podemos ser autónomos de todo"). Se adscribe a una versión "ortodoxa" del marxismo, y asume el leninismo en forma dogmática (centenares de militantes jóvenes se han formado en cursos —algunos de varios años— en escuelas de cuadros de partidos amigos sin, a lo menos, complementar con el punto de vista nuestro dicha formación. Almeyda, en defensa de esta política, sostiene que "el marxismo es uno solo"). Oculta y omite la formulación del Frente de Trabajadores, línea estratégica del Partido que no es una simple receta para políticas ocasionales de alianza, sino una interpretación sobre el carácter del cambio social en Chile y el rol de las diversas clases en ese proceso. Reniega del pasado del Partido para "refundarlo" sobre otras bases (el Partido fue una "federación", padece de un "rezago" ideológico, muchas de sus políticas fueron erradas). Cree entender que los problemas de dirección del proceso transformador en Chile pasan por la convergencia creciente entre socialistas y comunistas (en que son los socialistas los que "convergen" superando su "rezago") y se inspiran en la experiencia "audaz y creadora" de "fusión" de organizaciones revolucionarias de otras latitudes (procesos ocurridos, en todo caso, una vez asegurado el poder estatal). Postula la superación de las insuficiencias partidarias mediante la aplicación de un "modelo" rígido de Partido "de nuevo tipo" diseñado en los textos de "marxismo-leninismo" (tipo de partido, que, al menos en América Latina, no ha logrado conducir ningún movimiento revolucionario).

GERARDO ESPINOZA. Los problemas internos del Partido Socialista se fundan en dos realidades objetivas: En primer lugar, la existencia de distintos enfoques sobre el carácter y naturaleza del proceso revolucionario chileno. Mientras un sector, protagonista de la llamada "vía chilena al socialismo", propugna realizar las transformaciones de la vieja estructura social y económica de Chile dentro del contexto político pluralista y democrático heredado del pasado institucional, el otro sector "impaciente y anarquico", como fue denominado, buscaba el quiebre de esa estructura para imponer su nuevo modelo político a través del enfrentamiento con las fuerzas tradicionales.

"Pienso que privado de sus cuadros importantes por la prisión, la muerte o el exilio, de su Comité Central, Comités Regionales o Seccionales y además dirigentes intermedios, el socialismo chileno ha debido mantenerse en la clandestinidad en términos precarios, sin recursos, con grupos que desconocen la existencia de sus directivas, que cuestionan la actuación de antiguos dirigentes, hoy en el exilio, o que realizan una labor fraccional en busca de posiciones de poder".

ANICETO RODRIGUEZ. Indudablemente esta crisis orgánica del Socialismo chileno es lesiva para los intereses populares y constituye un gran servicio a Pinochet. Se trata de una gran irresponsabilidad. Pienso que los actores principales, Almeyda y Altamirano, no pueden eximirse de culpa en el colapso que sufre el Partido por su pertinacia en disputar una estrecha cúpula de poder, disputa que nada tiene que ver con los intereses reales ni con el pensamiento de la base militante en Chile, empeñada en la lucha por recuperar la libertad y cambiar el actual estado de cosas. Esa base, naturalmente, no puede menos que sorprenderse cada vez que afloran o se ponen en evidencia las pugnas entre dirigentes en el exilio.

En cierta medida, tanto el uno como el otro, contribuyeron a segregar a la mayoría del Partido evitando de este modo, que ella participase de manera importante en el análisis de los asuntos más vitales que comprometían la suerte del Partido desde hace ya varios años. En los últimos seis años desapareció la democracia interna y fue reemplazada por una suerte de verticalismo totalitario y burocrático que nosotros denunciamos y rechazamos en nuestro exilio venezolano.

PEDRO VUSKOVIC. En sentido general, podría decirse que con la división reciente del Partido Socialista ha culminado un proceso de diferenciación y ruptura internas que se inició en 1977, cuando se separaron los sectores de izquierda que se identificaron con la Coordinadora Nacional de Regionales, constituída entonces como expresión reestructurada del Partido en el interior de Chile.

No favorecemos la continuidad indiscriminada de tendencias dispersoras; ni aplaudimos que la carencia de dirección sea convertida en supuesta virtud por quienes practican unos sectarismos sin destino político. Menos aún en el caso actual, cuando no se perciben unas diferenciaciones políticas de naturaleza y dimensión comparables. Hasta el punto de tener que entenderlo, en buena medida, como expresión de un "conflicto de personalidades", o como consecuencia de la gravitación de otros factores aún menos legítimos. Digámoslo derechamente: detrás de esta división está también el poder del Partido Comunista, que mediante ella busca asegurarse que no haya una fuerza significativa que le dispute la hegemonía en el movimiento obrero desde posiciones de izquierda.

Así pues, aunque Almeyda triunfe en su "pelea por los timbres", no dejará de arrastrar la precariedad que le representa sustentarse en dos poderes ajenos: hacia el interior del Partido, el que le presta Rolando Calderón; hacia el exterior, el que le presta el Partido Comunista.

Por su parte, en el sector que apoya a Altamirano coexisten grupos y personeros con posiciones distintas: compañeros con definiciones revolucionarias junot a otros de conocida proclividad socialdemócrata.

CARLOS ALTAMIRANO. El golpe militar de 1973 significó un quiebre histórico de la singular evolución política y social chilena; contrarió radicalmente el ser y sentir del pueblo de Chile y constituyó un trauma, que perdurará por largos años, no sólo en su ordenamiento jurídico, en su desenvolvimiento económico, en su privación de libertad y acceso a la cultura, en sus valores morales; sino aún más, como diría F. Encina, afectará el alma misma de la nacionalidad chilena.

Esta terrible realidad exige del Partido Socialista y de la izquierda toda, un gran esfuerzo de análisis y reflexión, de crítica y autocrítica, personal y colectiva, profunda, descarnada y honesta.

Para contribuir a la formulación y realización de este gran proyecto histórico, las concepciones y métodos que inspiran a la fracción que dirige Almeyda son absolutamente disfuncionales.

Lo son por su esencia sectaria, aunque en la forma se revistan de una retórica pluralista; por su interpretación reduccionista, imitativa y dogmática del marxismo; porque aspira a imponer una ortodoxia presuntamente "marxista-leninista" trasnochada y anti histórica, contraria a la actual tendencia del movimiento revolucionario mundial; por su carácter antidemocrático, violatorio de nuestras tradiciones libertarias y contrarios a la sociedad socialista que aspiramos a construir;

¿SIGUE VIGENTE LA UNIDAD POPULAR?

CLODOMIRO ALMEYDA. La UP debe reformularse y superarse a sí misma. Sus carencias son sin embargo susceptibles de corregirse. Desde este punto de vista, el intentar fuera de la UP y al margen de sus partidos crear una fórmula política alternativa, me parece un gravísimo error.

Eso contribuye a dividir y no a unir, da margen para que el adversario de clase instrumente esa división en su favor, y en definitiva, en cuanto nos debilite, nos aleje de la victoria y ayude a mantener la situación actual en Chile, bajo otras formas.

Hay en la UP el suficiente consenso ideológico y político y la suficiente conciencia de sus limitaciones, como para acometer la tarea de hacerla pasar a nuevos niveles cualitativos en lo oránico y en lo político-ideológico.

El Pleno reciente de nuestro Partido plantea la necesidad de prolongar y renovar a la UP, transformándola en un verdadero Bloque por el Socialismo, que afirmándose en la común posición socialista de los sectores marxistas, racionalistas y cristianos, que a él convergen, y reconociendo el pluralismo de sus fuentes ideológicos, procure adecuar su composición partidista a la realidad de las fuerzas sociales chilenas de hoy, profundice su consenso político, teórico y práctico, y se de una instancia unitaria de dirección con el ▶

suficiente poder y depositaria de la suficiente confianza, como para llegar a ser de hecho una fuerza de orientación, integración y conducción del movimiento obrero y popular.

RAUL AMPUERO. La izquierda chilena (es decir, aquellas fuerzas en cualquier grado identificadas con la fugaz experiencia del gobierno Allende) tiene el deber histórico de expresarse de modo políticamente unitario hasta rescatar para el pueblo aquel patrimonio de dignidad y derechos que no logró consolidar en 1973. En ese sentido, la Unidad Popular ha estado notoriamente por debajo de sus tareas, ha sido incapaz de renovarse física y culturalmente, persevera en métodos de dirección y de trabajo que contradicen su naturaleza democrática, y, sobre todo, se ha condenado a la inercia a la espera de una alianza imposible con la D.C. No ayuda tampoco a su rehabilitación el hecho de que Almeyda, la más alta autoridad personal de la U.P., se haya visto envuelto de modo tan directo en las peripecias del socialismo y en su virtual escisión.

Es falso que en Chile el objetivo de instaurar el socialismo haya sido o sea una consigna "maximalista" o un capricho de intelectuales. En Europa, y, en general, en sociedades de avanzada industrialización, la clase obrera conoce la explotación capitalista, pero también algunos de los aspectos positivos del capitalismo; en América Latina, en cambio, los trabajadores sólo sufren sus inconvenientes: salarios de hambre, tugurios en vez de casas, analfabetismo, enfermedades profesionales, represión sistemática. De ahí que en 1970 el pueblo y su vanguardia no tuvieran alternativa; debían batirse por el socialismo por la única vía realmente existente, la vía electoral. Toda la izquierda latinoamericana está animada de una poderosa voluntad de poder y las masas no justifican jamás a quienes retroceden frente a la historia. Sería impensable allá renunciar a una clara opción de poder (como lo viene haciendo la izquierda europea en Portugal, en Francia, y hasta en Italia) por complicadas que fueran las perspectivas.

JORGE ARRATE. La Unidad Popular ha tenido un gran valor, en la medida en que ha sido la expresión unitaria cualitativamente más rica constituida por el pueblo de Chile. Su situación actual, en cambio, me resulta insatisfactoria. La vida de la Unidad Popular ha sido débil en el interior de Chile y en el exterior no ha sido capaz, no obstante esfuerzos bien intencionados, de superar los marcos que le impuso el pasado.

El proyecto político de la Unidad Popular fue elaborado para una coyuntura determinada. Hoy las condiciones son diversas y la izquierda chilena requiere de un nuevo proyecto que se caracterice por la efectiva comprensión del significado de nuestra experiencia y de las razones de nuestra derrota, por la precisa consideración de la realidad chilena actual y por el carácter renovador de las ideas-fuerza que lo inspiren. No basta, pues, con retocar el antiguo programa de la Unidad Popular mediante el debate entre los dirigentes. Se trata, por el contrario, de volcar hacia la base, en Chile y fuera de Chile, una problemática para reflexión y discusión que fructifique en una nueva propuesta democrática y socialista para Chile. Ello requiere un elevado grado de generosidad y confianza de sus partidos miembros. Los hechos dirán si realmente existe.

ANICETO RODRIGUEZ. La Unidad Popular jugó un indiscutible rol dirigente en todo el proceso de gestación de la campaña presidencial y luego en los primeros



meses de Gobierno de Salvador Allende. Pero hoy no podemos abandonar un juicio crítico acerca de la carencia de conducción política que se registra fundamentalmente en el último año de Gobierno y particularmente en las etapas críticas finales en las que al compañero Salvador Allende se le deja aislado en la Moneda, sin posibilidad de manejo político por la falta de coherencia y realismo del comando popular y de la propia directiva socialista. En el exilio, la U.P. ha vegetado en un proceso de unidad formal. Jamás abrió un debate crítico y autocrítico para ubicar los errores del pasado y renovarse creativamente para responder con eficacia a los desafíos de las trágicas horas que vive el pueblo chileno a partir del golpe de septiembre de 1973.

En estos días ha entrado en franca crisis, junto con la crisis del Partido Socialista. En efecto, ello se origina porque el Partido Comunista, explicablemente, y el Partido Radical, inexplicablemente, reconocen una fracción minoritaria del P.S. empujando a la marginación del movimiento popular a la más amplia mayoría de los militantes socialistas.

PEDRO VUSKOVIC. La Unidad Popular constituye hoy una sombra del pasado. Ella fue una alianza política, de partidos representativos de clases y segmentos de clases, que el Partido Socialista siempre ha buscado unir: la alianza de trabajadores manuales e intelectuales, de la clase trabajadora, formada ésta –como lo define la Fundamentación Teórica del Programa de 1947– por todos aquéllos que, no siendo poseedores de medios de producción, viven de sueldos, salarios o remuneraciones directas. De ahí que bien podría decirse que la Unidad Popular fue la representación partidaria de ese Frente de Trabajadores, y que en ese sentido constituyó el proceso de alianza más positivo en toda la historia de Chile. Su fracaso en 1973 merece un análisis aparte.

No ha sido fácil en nuestro medio de la izquierda chilena, y sobre todo en el exilio, sostener con objetividad una evaluación responsable sobre el significado actual de la Unidad Popular. Pareciera ser que una compleja red de intereses ha coincidido en levantar unos muros de defensa tan altos como sordos y ciegos, y a condenar por herejía a quienes se han atrevido a plantear con honesta fundamentación cuestionamientos cuya pertinencia no puede borrarla la simple acusación gratuita o los intentos vanos de descalificación.

Ocurre sin embargo un hecho desconcertante. Es que una extensión rigurosa de esa línea de interpretación de la U.P. desde el punto de vista de las alianzas sociales que representó, lleva a una conclusión curiosa y hasta de apariencia paradójica: no han sido los sectores de la izquierda revolucionaria los que destruyeron a la U.P. sino sus más empecinados defensores formales, los comunistas. Ellos la deshauciaron de hecho, si bien mantienen la marca comercial, porque ya no se proponen reconstituir un bloque de clases asalariadas, sino un compromiso mayor con capas burguesas, para dar respaldo al proyecto de recambio de éstas. El Partido Comunista y su zona de influencia en la izquierda tradicional postula, del mismo modo que la Democracia Cristiana, la "unidad nacional", por encima de clases y partidos.

¿COMO CONCIBE LA LUCHA CONTRA LA DICTADURA? ¿QUE OPINA DE LA ALIANZA CON LA D.C.?

CLODOMIRO ALMEYDA. Pensamos que el compromiso entre las distintas fuerzas democráticas que combaten a la dictadura, singularmente la Unidad Popular y la Democracia Cristiana, deben converger más allá de un simple acuerdo por luchar y reemplazar a la Junta Militar y a Pinochet.

Hay creo el necesario consenso para ello. La lucha contra el fascismo es indisoluble de la lucha contra el modelo económico antinacional, antipopular y antidemocrático que pretende implantar. Y ese contra, se traduce en impulsar, antes y después de la caída de Pinochet, una política económica independiente orientada a satisfacer las necesidades populares, y a redistribuir más equitativamente el ingreso nacional, atribuyéndole al Estado un papel decisivo en la conducción y planificación y gestión de la actividad económica nacional. Se traduce en promover una intensa democratización de las instituciones políticas y en la transformación de las Fuerzas Armadas y del Poder Judicial, especialmente, con miras a integrarlos en una estructura democrática del Poder.

Se traduce en plantear una política internacional soberana, pacifista, solidaria con los pueblos que luchan por su libertad o independencia, y sobre todo, profundamente latinoamericanista.

RAUL AMPUERO. Lo primero es disponer de un proyecto político *de la izquierda*: los aliados se encuentran (o no se encuentran) en el camino. Si llegan, participarán en los resultados de la lucha, buenos o malos, por el peso de los hechos. Si no llegan, tendremos que luchar solos, hasta vencer. Lo que no podemos admitir a ninguna fuerza "libertaria", es que nos obligue a mutilar nuestros objetivos fundamentales bajo el chantaje de: "o un poco de democracia con nosotros, o nada con Pinochet", que es, en el fondo, la cínica actitud de la democracia cristiana.

El desenlace de la lucha y la profundidad del cambio se vinculan fundamentalmente a la capacidad de levantar una *alternativa popular* a un régimen que sólo se sostiene por la fuerza de las armas, y a las modificaciones que vaya ofreciendo el panorama político continental. Hasta ahora los militares han sobrevivido a varias crisis graves porque la presión de las masas es insuficiente, pero si ella aumenta –como todo parece anunciarlo– se ahondarán las grietas internas y deberán desembocar en conflictos abiertos. No espero que los generales crecidos a la sombra de Pinochet pierdan el sueño por los derechos humanos o por el hambre de la niñez proletaria (tales sentimentalismos no caben en el alma estoica de nuestros centuriones...) pero me imagino que la degradación profesional del Alto Mando no habrá llegado al punto de ignorar los terribles riesgos que la nación enfrenta como resultado de la obtusa política internacional del dictador. Discrepancias de este carácter iniciaron el derrumbre de las tiranías portuguesa y griega. En Chile el fenómeno puede repetirse, si existe realmente una alternativa popular.

La evolución política en los países vecinos es otro factor decisivo. A lo largo y lo ancho de la América Latina la paciencia popular se acaba. El conjunto del continente, en suma, soporta cada vez menos la camisa de fuerza militar.

Bastaría recordar los sucesos del Irán para convenir en que también los caminos de la revolución son inexcrutables. Y, por cautela, añadiría que incluso sus resultados son dificilmente previsibles...

Si sentimos el deber de rescatar la democracia no debemos hacernos muchas ilusiones: la casta dominante luchará por mantenerse en el poder. Tiene más miedo al pueblo que a la historia.

JORGE ARRATE. Estimo positivo incrementar cuanto sea posible las acciones comunes y la coordinación con el Partido Demócrata Cristiano, cuya fuerza e importancia en el proceso político actual constituyen una innegable realidad, tanto en los planos de la acción práctica cuanto en el de la discusión programática.

Considero el tema de la Democracia Cristiana como un tópico político de primera importancia que no se agota en la definición de una alianza, o de su carácter. En general, la izquierda vive aún un retraso analítico incuestionable en relación con la Democracia Cristiana. Por ello abundan los diagnósticos que abusan de la simple etiqueta, la definición esquemática, el enfoque "sociologizante", cuando no de la caricatura. Pesa entre nosotros la historia pasada, plena de antagonismos irreconciliables y criterios recíprocamente alternativistas. No hemos profundizado en el análisis de lo evidente: la capacidad de convocatoria de la Democracia Cristiana en Chile va más allá de los sectores de la burguesía o de las "capas medias", alcanzando, en proporción ciertamente no despreciable, a sectores del campesinado, el subproletariado urbano y la propia clase trabajadora. No basta para explicar este hecho una teoría simplista de la generación de la conciencia de clase, en virtud de la cual se trataría simplemente de un fenómeno de retraso en la percepción de los propios intereses identificándose con una representación política equivocada. Creo que el hecho señalado tiene su origen en ciertos contenidos de la propuesta democristiana en los planos político y cultural, contenidos que han estado ausentes o han parecido poco creibles en la propuesta de la izquierda. Superar esta insuficiencia histórica significa desarrollar un modo diverso de relacionarse con el "mundo cristiano" –comprendidos en él sus instancias políticas orgánicas, sus organizaciones laterales y de base, y la propia Iglesia– que requerirá de la izquierda una superación de la sustancia de su interpelación programática, una ética política clara y definida, un esfuerzo por hacer llegar su mensaje a través de un lenguaje simple y comprensible despojado de todo vestigio de secta o de logia. Pienso que la importancia, raigambre y tradición de la corriente de pensamiento cristiano en Chile obliga a un esfuerzo de este tipo. La construcción del socialismo en Chile requiere de ella como componente que, con idénticos derechos, participe en todas las etapas y niveles de la construcción socialista. Sin su aporte me resulta difícil concebir cualquier posibilidad de socialismo en Chile.

No creo que la dictadura pueda ser derribada por un movimiento de opinión, sino por la lucha desarrollada a través de un movimiento político y social de masas.

No creo que existan posibilidades en el corto plazo para el desarrollo de un proceso revolucionario socialista en Chile. Pienso, no obstante, que sólo una fórmula social y política que apunte en la dirección del socialismo podrá entregar estabilidad al país e iniciar la superación definitiva de los principales problemas nacionales. Por condicionantes estructurales el problema central de Chile es superar el capitalismo. En el momento actual dicho problema tiene una expresión manifiesta en el antagonismo despotismo-democracia, pero la solución de éste mediante una fórmula política que reestrablezca la democracia no agota nuestra compleja problemática. Nuestra propuesta al pueblo de Chile, generada y discutida por él, debe necesariamente abordar el problema de la democracia y del socialismo.

GERARDO ESPINOZA. Es indispensable un amplio consenso de las fuerzas democráticas en la búsqueda de un programa para volver al país a la normalidad constitucional, mediante la elección libre y democrática, por el sufragio universal secreto, de una Asamblea Constituyente, con amplia participación de todas las fuerzas políticas "sin exclusiones".

El socialismo busca establecer estrategias comunes con partidos afines y con fuerzas democráticas no marxistas. Entre estas últimas, es indispensable para la obtención de este consenso político un entendimiento amplio con la Democracia Cristiana, fuerza política y social también mayoritaria en el ámbito nacional".

En mi opinión, la lucha armada no sólo carece de viabilidad en las actuales circunstancias, sino que además no tiene sentido si se busca un amplio y generoso consenso para alcanzar las libertades democráticas y un régimen pluralista. Planteada durante este proceso es el resultado de una aplicación mecánica y dogmática de otras verdades a nuestra propia realidad, por cierto muy diferente y de características nacionales muy propias.

Una abrumadora mayoría de nuestro pueblo aspira a una transición sin violencia ni revanchismos estériles y dolorosos. Los que intentaron en el pasado la lucha armada como única solución para alcanzar el poder, no sólo erraban el método de interpretación de nuestra realidad, sino que, en la práctica, fueron incapaces de instrumentalizarla.

ANICETO RODRIGUEZ. La lucha contra la Dictadura la concibo como una movilización nacional muy amplia de fuerzas ▶

que se comprometen a devolverle al pueblo de Chile, de manera renovada, sus conquistas democráticas y lo sitúe de nuevo en el lugar que le permita reiniciar su lucha por sus objetivos liberadores históricos. Hay quienes subestiman esto de recuperar la libertad para Chile, olvidando que la lucha por el Socialismo pasa necesaria y previamente por el indispensable meridiano del desalojo de toda forma de dominio fascista o neofascista. Y esta no es tarea de élites intelectuales o tecnocráticas. Es, por el contrario, una movilización de mayorías sociales conducidas por vanguardias esclarecidas y políticos calificados, proceso en cuyo centro vital estará la presencia de todos los trabajadores manuales e intelectuales.

En segundo lugar, debe disponerse de un grupo de premisas fundamentales que den vida o estructuren la alternativa política transitoria que se busca primeramente, para dar paso en seguida a un verdadero proyecto político de más larga duración.

En tercer lugar sostengo que la Izquierda debe entrar en una zona de compromisos, que no son claudicaciones, pues objetivamente debemos estar conscientes que en un plazo inmediato, por sí solo,el movimiento popular no es capaz de desalojar a la tiranía. Tampoco por sí sola, la Democracia Cristiana será capaz de abordar esta tarea, salvo que se resigne a ser la actora humillada de una democracia protegida, de una democracia con permiso o licencia de un poder dictatorial detrás del trono.

PEDRO VUSKOVIC. La magnitud de la derrota sufrida a partir del 11 de septiembre de 1973 nos indica que es una larga lucha la que tenemos por delante. Pero no todos los sectores de la izquierda extraen las mismas lecciones o formulan iguales valoraciones de esa derrota. Por eso, los proyectos políticos del reformismo y de los sectores tendencialmente revolucionarios son distintos, como quiera que ellos están relacionados con las experiencias políticas y los objetivos de clase que se persiguen. El primero se resigna con la aceptación de la política de recambio del sector burgués representado por Frei y la Democracia Cristiana, en tanto que los segundos promueven una política que no escinda la lucha por los derechos democráticos de la lucha por el socialismo.

De esta diferencia política se derivan también diversos modelos de organización y formas de lucha. Para quienes sostienen el recambio, basta con una reorganización de corte tradicional; lo que buscan es sólo una base de maniobras para ese recambio. Para los sectores revolucionarios, el movimiento popular no puede limitarse a una reorganización puramente economista, sino que debe proyectarse a su transformación en fuerza social insurgente.

En un movimiento social y político de ese carácter no tiene cabida la Democracia Cristiana. Ella forma parte de otra política de alianzas definida de manera reiterada, y que hoy conforma la oposición *tolerada* a la dictadura.

Con aquellos elementos militares que son responsables del genocidio, de la entrega del patrimonio nacional al imperialismo, del enriquecimiento ilícito de pocos pero poderosísimos clanes económicos y la propia corrupción en sus filas, no puede haber conciliación posible. Los crímenes de la dictadura no pueden quedar impunes. Es tan trascendente esta cuestión que marca separación tajante entre los proyectos del reformismo y de los otros sectores revolucionarios.

CARLOS ALTAMIRANO. Considero fundamental y decisivo para la causa del pueblo de Chile llegar a acuerdos concretos con la Democracia Cristiana. Pero estos acuerdos, como lo ha sido en la realidad, deben corresponder a un proceso, a la exigencia de las bases, del pueblo de Chile, de la vida misma.

Pero ellos no pueden ni deben ser percibidos como meros acuerdos de cúpulas direccionales o fruto de una alianza espuria y oportunista, donde el factor "anti" sea lo único que una. La construcción de este bloque por el socialismo no debe concebirse como antagónico a la D.C. y su proyecto, como lamentablemente ocurrió por culpas recíprocas en el pasado. Con la D.C. existe una importante área de convergencias, pero creo que la solución de la crisis chilena debe surgir de una gran voluntad colectiva que supere los métodos tradicionales y gastados de hacer política. Frei juega hoy un papel positivo aunque en el pasado no supo entender el carácter del gobierno de Allende. Se ha definido por la reconstrucción democrática y por posiciones claramente antidictatoriales. *

JUAN BUSTOS: «El difícil camino de la independencia ideológica»

El Partido Socialista de Chile nació el 19 de Abril de 1933 como una expresión profundamente enraizada en las luchas del pueblo trabajador chileno, que no se identificaban con las corrientes ideológicas tradicionales. Por eso, en su Acta de Fundación y en todos los documentos posteriores, se destacó su autonomía, esto es, su no inscripción en ninguna Internacional. Reivindicándose, ya en esos años, las peculiaridades de las luchas de los llamados países subdesarrollados.

Para el Partido Socialista chileno, en cuanto es autónomo, el marxismo no es un dogma. Antes que nada es un método de análisis, cuyos resultados, por tanto, variarán según las peculiaridades de la realidad a que se aplique. Tampoco el leninismo es para el Partido Socialista único y dogmático. La práctica política difiere de conformidad al desarrollo histórico de los pueblos y a la conciencia política que hayan alcanzado. Por eso mismo, es un partido esencialmente democrático en su concepción orgánica, comprendiendo que éste es el único camino para proyectar y construir una sociedad libre e igualitaria en el socialismo.

Es en el contexto anteriormente descrito que hay que entender la crisis actual del Partido Socialista chileno. Sería equivocado pensar que se trata de un simple problema de poder, de un problema de personalidades en pugna o bien que no es más que una cuestión orgánica o de legalidad interna. Es mucho más que eso. No es una escisión entre Carlos Altamirano, Secretario General del Partido, y Clodomiro Almeyda, su ex Subsecretario. Las posiciones que representa Carlos Altamirano defienden la supervivencia de lo que ha sido y es el Partido Socialista de Chile. Lo que está en juego, pues, no son personas, sino dos modelos de sociedad diferentes.

La fracción burocática estalinista de Clodomiro Almeyda ha consumado su escisión, ha mantenido la sede de su dirección en la República Democrática Alemana y también allí su escuela de cuadros, todo ello sin ningún debate interno.

El Partido Socialista de Chile, a pesar del duro golpe recibido, desde dentro de su organización, ha surgido revivificado, pues la lucha con la fracción lo había inmovilizado. Ello era el mejor favor que se le podía hacer a la dictadura. Se ha impulsado un fuerte desarrollo orgánico en Chile y se ha llamado al 24º Congreso General de Partido, que no se celebraba desde 1971; iniciado con un profundo debate interno, terminará en los próximos meses con una definición política y la elección de los nuevos dirigentes. La crisis que ha sufrido el Partido Socialista de Chile no es única, está inscrita en la gran crisis de toda la izquierda chilena y también latinoamericana, producto de las grandes derrotas que ha sufrido en los últimos tiempos, sobre todo en el cono sur. Sólo una autocrítica profunda y un debate amplio y democrático puede hacernos reencontrar nuestro camino. El Partido Socialista chileno lo ha iniciado.

A la luz de la actual crisis de nuestro partido, la izquierda latinoamericana ha de tomar conciencia que es difícil el camino de la independencia ideológica, pero que, al mismo tiempo, es irrenunciable. *

CHILE (II)

Sobre la inhibición del intelectual

Hernán Valdés

Como contrapartida polémica al discurso "político" de los socialistas, completamos este espacio dedicado a Chile con el siguiente artículo de un intelectual "sin partido": el escritor -hoy exiliado en España- Hernán Valdés, *autor de* "Tejas Verdes (diario de un campo de concentración)", *sin duda el más difundido testimonio sobre la represión en el país andino.*

El político, el hombre de acción política, el que cree estar produciendo, de algún modo, la realidad histórica, es poco amigo del cuestionamiento. La reflexión crítica tiene para él el inconveniente de convertir en relativo lo que recién tenía la apariencia de unívoco, de abrir alternativas a decisiones y programas considerados los únicos valederos: en breve, de reabrir y diversificar lo factible, fijado en una sola dirección por el acto afirmativo de voluntad política. Así, cuando el cuestionamiento ocurre dentro de un partido, no da lugar, como sería concebible, a postulados alternativos, sino a escisiones, a formaciones de nuevos partidos. La poca simpatía del político por la reflexión crítica, para ir situándonos en la materia de este artículo, se pudo advertir claramente durante los años de la Unidad Popular, en Chile. Nunca antes en la historia de este país se produjo una concentración tan rica y densa de intelectuales de todas las disciplinas teóricas, particularmente las sociológicas, tanto nacionales como venidos de todas partes del mundo, y cuya producción, recogida inmediatamente en revistas y libros y en múltiples documentos de trabajo, podría haber constituido para los políticos una suma de elementos operativos para enfrentar cualquier situación en su campo específico. Esta producción analítica fue en gran medida coherente con las circunstancias históricas de esos breves años. Tomó en consideración las causales y componentes del proceso que se vivía y previó muchos de sus posibles desarrollos. En particular develó la mayor parte de los mecanismos ideológicos contrarevolucionarios subyacentes y las formas de su manipulación por la derecha, y propuso medidas concretas para combatirlos, especialmente en el campo de la cultura y las comunicaciones de masa, en el de la acción política popular, en el de la economía. Sin embargo, mientras esto ocurría en el campo intelectual, en el nivel de las decisiones políticas gubernativas rara vez hubo más improvisación, discontinuidad, vacilación, como si las circunstancias hubieran sido de una penosa carencia de elementos conceptuales. Así, cuando se daban las mejores condiciones para la implementación política del trabajo intelectual dentro de una realidad que necesitaba visiblemente de tal colaboración, ni siquiera entonces fue salvado el abismo entre reflexión crítica y decisión política. La desconfianza del político respecto al intelectual no pudo ser superada ni siquiera ante la amenaza de un fracaso que, para decir lo menos, los condenaba a ambos.

Tal desconfianza no proviene, generalmente, de prejuicios conscientes, y sólo en casos extremos llega a ser explícita. Es el resultado de dos formas diferentes de conocer y asumir la realidad. Al analizar cualquier situación, por ejemplo, y al plantear los modos de encararla, el intelectual no toma normalmente en cuenta factores fundamentales para el político, como son los conflictos intrapartidarios, las negociaciones extrapartidarias, los compromisos, secretos o no, para no hablar de los factores subjetivos, tan determinantes, que condicionan las conductas de los dirigentes.

Esta incompatibilidad no es, desgraciadamente, revertible en favor del intelectual. Es muy raro que el político ceda ante la mejor fundada argumentación intelectual, si no ha sido previamente digerida por el aparato político, lo cual en términos temporales, por las formas de organización burocráticas que conocemos, es imposible. Ni siquiera se da el caso de que reconozca sus errores a posteriori respecto a la reflexión crítica. Pero es en cambio normal que el intelectual adhiera, por disciplina partidaria o por diversas causas emocionales, a las líneas de conducción política, aun cuando sean discrepatntes con su propio razonamiento. Incluso es normal que el intelectual violente su propia lucidez para respaldar tesis políticas en las que no cree del todo, que someta la razón a la fe. Y es que, aparte de la noción contemporánea de culpabilidad del intelectual, en términos de su extracción burguesa y en términos de su ilegitimidad como representante de los intereses mayoritarios, existe el hecho de que el político tiene una relación privilegiada con la realidad, una representación, verdadera o presumida tal, del pueblo. Es ante ese hecho que el intelectual se somete. Es esa relación del político, influenciada por tantos factores emocionales colectivos, por tantas manipulaciones simbólicas, por circunstancias azarosas e incluso irracionales, y por lo tanto inmensurable, la que inhibe al intelectual respecto al político, porque justamente tales factores pueden echar por tierra las construcciones conceptuales más lúcidas y mejor fundamentadas. *

El político, por su parte, sabe perfectamente de esa carencia de legitimación del intelectual, de su invalidez representativa, y es consciente de que sólo por su mediación aquel puede llegar a ser significante en términos políticos. El hecho de que la reflexión crítica sea una actividad de responsabilidad mayoritariamente individual y de que no se efectúe en nombre o por delegación directa de un determinado grupo social (lo que no implica que no sea comprometida), conduce al político a no fiarse de ella sino en la medida en que pueda coincidir coyunturalmente con su propia concepción y conveniencia.

La diáspora y el silencio

No hay que extrañarse, así, que si una tan valiosa reflexión crítica fue desestimada por los políticos en aquella época tan propicia a su mutua interacción como fue la de la Unidad Popular, posteriormente al golpe de estado la reticencia política respecto al itelectual no haya hecho sino agravarse. Primero, es cierto, hubo una diáspora y, al mismo tiempo, la necesidad de cerrar filas frente a una experiencia dramática. Ante la violencia de la represión no era cuestión de hacerse reproches entre los perseguidos. La culpa parecía exhaustivamente asumida por gorilas desenfadadamente sanguinarios e instituciones internas y externas, de manera que era casi ocioso interrogarse sobre la ▶

propia responsabilidad en los hechos. Pronto se vio también la necesidad de no aislarse, de buscar alianzas en el reciente campo enemigo, con vistas a un reviramiento de la situación, y entonces se comenzó a restringir el círculo de los culpables internos, la democracia cristiana principalmente, hasta llegar al último círculo, donde estaban sólo Pinochet y un grupo de fascistas y clanes económicos, para así meter lo que viniere en el generoso frente antifascista. Se reconoció algunos errores, más bien menores y sin profundizar mucho, pero en estos casi siete años de dictadura, nunca los partidos conducentes de la gestión de la Unidad Popular han sido capaces de efectuar un análisis global y a fondo de su propia actuación, ni de reconocer la parte importante de responsabilidad que les cupo en el desarrollo de los acontecimientos, ni de rectificar su apreciación subjetiva de las fuerzas contrarrevolucionarias, que contaron, como se sabe, con un apreciable respaldo de masas. Hay que reconocer que en el exterior los deberes generados por la solidaridad internacional han tenido mucho que ver con esta discreción crítica. La solidaridad exige, con razón, una fundamentación positiva de su objeto, y si se quiere ser digno de su apoyo hay que obligarse a algunos silencios. Por lo demás, la condición de víctima injustamente perseguida genera cierta autocomplacencia retrospectiva, una justificación positiva del pasado. La víctima debe tener toda la razón tras de sí y ante sí, su causa debe parecer indudablemente justa. En las campañas de movilización y busca de apoyo exterior se crea una dinámica de afirmación y de reafirmación por los otros que impide todo cuestionamiento. Por lo demás, como dice el refrán, para convencer hay que estar convencido, y al mal tiempo buena cara, y entonces a la reflexión se sustituyen el voluntarismo y el triunfalismo, la poética auroral del mañana feliz, la retórica de la razón histórica como principal factor del triunfo. Por otra parte, aparece la delicada cuestión de la veneración de los héroes y mártires, encabezados aquí por la figura del presidente Allende, que son intocables. La crítica no puede alcanzarlos, así como tampoco puede alcanzar a muchos dirigentes políticos que han sufrido penosas experiencias y que viven en una constante inseguridad.

La vía chilena a la autocrítica

El pensamiento crítico, pues, se inhibe. ¿Qué reflexión sobre la verdadera historia de la experiencia chilena y sus consecuencias puede hacerse con estas limitaciones? ¿Qué intelectual es lo suficientemente independiente como para sustraerse a las obligaciones morales o materiales de la solidaridad, a las vinculaciones con los partidos políticos, a los lazos sentimentales y muchas veces económicos que lo hacen dependiente de comunidades cerradas, como son las del exilio interno y externo?

El intelectual prefiere silenciarse frente a las necesidades sentimentales y políticas de mantener un frente común, dentro y fuera, y quizás con mayor razón fuera porque sus posibilidades de independencia son menores, y porque su silencio suele ser desgraciadamente útil a la táctica izquierdista, tal como está formulada actualmente.

Pero la retórica de la afirmación en el vacío, al cabo de siete años, ha terminado por desgastarse, y para muchos comienza a hacerse evidente la necesidad de clarificación: a la izquierda chilena -y esto dentro de la ambigüedad general de la izquierda contemporánea- le hace falta refundamentarse. Sin una autocrítica veraz de su gestión, sin la reflexión desmitificadora de sí misma, sin repensar su propio rol, la izquierda chilena no está en condiciones ni morales ni políticas de proponer un proyecto para el futuro. Por la simple razón, entre otras, de que no se puede proyectar a partir de la fragilidad conceptual de la sociedad que le sirve de objeto.

En ausencia de una conceptualización y visión política realistas durante siete años, la izquierda chilena carece de credibilidad, y este hecho, tanto o más que la situación coyuntural interna desfavorable, es lo que le impide tomar la iniciativa. Podría decirse que esta izquierda (en el exilio) vive, conceptualmente al día, buscando alianzas tácticas que le permitan tener algún protagonismo a la hora providencial de la apertura, golpeando las dudosas puertas de la derecha "antifascista", de los militares "demócratas", aporvechando propagandíaticamente las debilidades del régimen, las afrentas que sufre en el plano internacional. Pero ¿qué sucede por su iniciativa? ¿Qué nos propone para el futuro que no propongan los partidos de centro derecha?

De aquí resultan las divisiones de sus partidos, la marginación de sus militantes, la apatía de sus seguidores, las contradicciones entre sus direcciones externas y la práctica de sus militantes en el interior.

La pura afirmación, en términos de efectividad política movilizadora, tiene sus límites. Hace casi siete años que, sobre la base de consideraciones subjetivas, se nos promete de día en día la caída de la dictadura, la nueva democracia, la construcción de un nuevo Chile, y los poetas y cantantes difunden los encantos del nuevo amanecer, las nostalgias del paraíso político perdido, las obras maniqueas de buenos y malvados, héroes y fascistas. Entre una afirmación y otra ¿no sería políticamente también útil reflexionar un poco, aun cuando sus consecuencias pudieran transitoriamente deprimirnos?

El desbloqueo

Hay indicios de que en el interior, y como resultado de una práctica de resistencia cotidiana, esta reflexión se ha realizado y se está realizando, pero allí está sometida a los límites drásticos de su difusión y, en todo caso, no tiene mayor correspondencia con las líneas de las directivas del exilio. En algunas fracciones políticas del exterior también se ha intentado últimamente, pero con las limitaciones de su adecuación a una dirección política que debe tomar en cuenta sus márgenes de acción estrechos. Pero parece muy improbable que la izquierda en general, y principalmente el partido comunista, que mantiene quizás la concepción más obstinada de la virtud de su propia imagen y la concepción más idealista de la sociedad chilena y su futuro, puedan o quieran correr el riesgo de analizar críticamente las causas de su fracaso y de rearmarse conceptualmente.

Puesto que ello en gran parte les impide tomar iniciativas movilizadoras y reganar credibilidad como conductores de las aspiraciones generales, yo creo que vale la pena -aun cuando ello no quede sino como testimonio de una intención sin consecuencias- plantear la necesidad de que los intelectuales recapturemos nuestra independencia crítica respecto a los partidos y hagamos un esfuerzo de reflexión al margen de ellos. Esto no significa querer suplantarse a las funciones de los partidos, sino presentarles alternativas críticas y analíticas de su actuación. Habría que hacer un intento de revisar ciertos hechos de la reciente historia chilena que han sido sacralizados por las necesidades políticas producidas por la represión; habría que desbloquear nuestras imágenes de la sociedad chilena, fijadas en una estructura ideológica irreal de sus clases; y desbloquear nuestra concepción del rol de la izquierda dentro de esa misma sociedad, traumatizada por las secuelas de su experiencia de gobierno; y habría que establecer ciertas proyecciones para el futuro de esa sociedad, no tanto basados en nuestros buenos deseos, sino tomando en cuenta, nos gusten o no, las modificaciones substanciales que han sido operadas en ella y que tendrán que afectar su desarrollo.

Este esfuerzo de desinhibición de los intelectuales, qué duda cabe, parece igualmente necesario respecto a los otros países del Cono Sur.

Es probable que esta sugerencia parezca demasiado ilusa, incluso es probable que disguste a algunos. Aunque quizás, considerando las cosas con imaginación, podría interesar a los políticos, pues ello podría equivaler a "sacar las castañas con la mano del gato", es decir, a realizar un trabajo árido y penoso, al fin y al cabo para su provecho, que es el nuestro. Como sea, creo que a la larga todos saldríamos ganando, incluso los afectados, porque nos habríamos adelantado en un trabajo que la historia hará de todos modos y quizás más inexorablemente. *



"Fue la mayor concentración política de toda la historia de América Latina. En los prados de Ezeiza y todo a lo largo de la autopista se congregaron más de tres millones de personas que acudieron, jubilosas, con bijos y bombos y guitarras a cuestas, desde todos los lugares del país. El pueblo es de paciencia larga pero tiene voluntad de fierro: al cabo de dieciocho años de lucha, recuperó a su caudillo y lo devolvió a su tierra abriéndole la puerta grande...", relataba Eduardo Galeano escribiendo en caliente (en *"Marcha"* del 22 de junio). Y agregaba: *"Pero la fiesta terminó en tragedia"*.

Hay episodios en la historia que resumen circunstancias plurales, que sintetizan procesos y tendencias en un punto de flexión, en un cruce decisivo. Ezeiza es uno de ellos.

Es, además, la cota más alta de uno de los períodos de mayor dinámica social de la Argentina contemporánea: el lapso que, a grandes rasgos, coincide con el año 1973. Claro que el tiempo histórico no siempre es igual al cronológico. Todo está contenido en la fluencia de la historia y cada hecho reconoce una cadena genético-política infinita. Admitiendo la cronología —esa ficción—, aunque sea como muletilla analítica, cabría decir que ese año emblemático comienza, quizás, el 17 de noviembre de 1972 —primer retorno de Perón— y concluye el 1º de julio de 1974 —su muerte.

Entre ambas fechas se apelotonan, en una aceleración creciente, sucesos cuya interpretación está lejos de ser homogeneamente compartida. Pero, más allá de traducciones ideológicas, todo el que haya vivido en Argentina esas fechas sabe perfectamente que ellas estuvieron presididas por un hecho traumático: el retorno de Perón. Consigna, fantasía popular, íncubo angustioso para unos, pináculo festivo para otros, hecho maldito, mitología del oprimido, todo giró como un tiovivo durante casi dos décadas en torno a esa visión, la del retorno.

Y la convulsión que sacudió al país durante ese año político (que no cronológico) de 1973 tiene un signo que es ese retorno anhelado-temido, querido-abominado.

Por eso Ezeiza es un hecho histórico condensador por excelencia. Porque toda su significación se adscribe a ese suceso largamente procesado por el imaginario colectivo, impregnado por toda la historia de esos años, que confluía, en un diseño orográfico tumultuoso, hacia ese canal implacable, el retorno. Y porque Ezeiza, a su vez, contiene, como un vientre grávido, la premonición de lo por venir.

En el episodio-Ezeiza hay una veta fuertemente histriónica. En esa gigantesca asamblea popular se dan cita todos los elementos de las culturas y subculturas populares, conformando una vasta coreografía de masas. Escuchemos la voz del otro testigo: *"Yo estaba en el palco fatídico. Cuando ascendí, se anunciaba que el avión más esperado del mundo había dejado atrás Brasil y corría hacia Argentina. Se que no olvidaré nunca ese momento. No podría. La multitud más grande que haya visto cantaba con fervor contagioso. Podía haber estado cantando la Oda a la Alegría de la Novena. Y eso era en realidad lo que ella cantaba: una oda a la alegría llamada Marcha de los Muchachos Peronistas. La cantaba con todo y también con la garganta mientras ondeaba el mar de banderas. Era un pueblo confiado y exultante de fe, que tomaba al mundo, en aquella enorme superficie abierta, por testigo de su limpia esperanza..."* (Hugo Alfaro, otro de los enviados de *"Marcha"*). La imaginería popular, la iconografía, los signos gestuales y verbales, el folklore humano, exteriorización de emociones colectivas en la fiesta, todo está presente en Ezeiza.

Hay, además, un sentido de representación dramática que presta el escenario: vasta planicie fuera del recinto urbano, como un anfiteatro natural donde la comunidad se reuniese a escenificar unas formas catárticas de vivencia colectiva. Hay finalmente un desarrollo interno, una progresión: prólogo (concentración) nudo (tiroteo y desvío del avión), desenlace (desconcentración) que tiene, incluso, un correlato solar pues las fases ho- ▶

rarias —mañana, mediodía, crepúsculo— van puntuando esa progresión como los actos de un drama, como los movimientos de una sinfonía.

Hay finalmente, para completar este denso significado dramático de Ezeiza, un complejo juego de roles entrecruzados, intercambiables, móviles, con avances y retrocesos en un proscenio imaginario, con esguinces, retiradas y evoluciones, con protagonistas y comparsas.

Pero, en una capa más profunda, Ezeiza tiene unos contenidos políticos significativos y —si es en sí mismo un hecho aislado, un episodio y por lo tanto sólo relevante en cuanto inserto en un contexto, en un continuo histórico— es altamente revelador de claves concretas de nuestra historia contemporánea.

Hay dos lecturas habituales del hecho. Para una de ellas, su importancia radica únicamente en una maniquea distribución de roles: víctimas y verdugos. Se alude al hecho como la "masacre de Ezeiza", circunscribiendo su significación al tiroteo, adscribiendolo al asalto por la derecha peronista del aparato de poder. Se glorifica a los muertos y heridos y se incluye el episodio entre el martirologio de la represión antipopular.

Para otra óptica, el hecho viene a mostrar la perversión intrínseca del peronismo. Para esta versión, de filiación gorila, Ezeiza demuestra la incapacidad "civil" de unas masas carcomidas por la demagogia, infestadas por una violencia connatural, trastornadas insanablemente por el caos interior.

Ambas versiones omiten el significado esencial del hecho, que está lejos de ser un episodio más de la querella entre alas enfrentadas del movimiento. Curiosamente, ambas versiones coinciden en desplazar el eje temático del episodio (de la asamblea al enfrentamiento) y en transferir el protagonismo (de las masas a los grupos minoritarios).

En estas lecturas maniqueas se disuelve lo que es paradigmático en Ezeiza: la condensación histórica que supone como momento cristalizador de un largo proceso de luchas populares. Todos los avatares sufridos por el país desde 1955 se resumían en la búsqueda de un espacio de expresión política para las clases y sectores populares, espacio regateado por el "establishment" bajo formas coercitivas. ¿Qué otra cosa fueron las proscripciones reiteradas que envenenaron las salidas seudodemocráticas de 1958 y 1963? ¿O las campañas de intoxicación masivas para desperonizar a las masas? ¿O la inmutabilidad de las formas organizativas obreras en una CGT monolítica que absorbió todas las tensiones por medio de su filiación peronista? La resistencia popular evitó que su proyecto político —recuperación de las libertades para continuar el proceso de transformación social— fuera pulverizado por la oligarquía y sus aliados externos e internos. Y ese proyecto político suponía la conquista del "hecho-Ezeiza" como simbolización ritual.

En gran medida, el debate político de esas dos décadas, para bien o para mal, se centró en el tabú de Perón. A ello contribuyeron un complejo de circunstancias que podrían incluir tanto el talento político de éste como el impulso personalizador de nuestro pueblo en función de estilos, tradiciones, niveles de desarrollo político. Y también la miopía de las clases dominantes que, haciendo el juego al propio Perón, contribuyeron a personificar —con maniobras tan torpes como la campaña calumniosa del 55 o los desafíos "viriles" de Lanusse— su función alternativa. Y por tanto, a cargar esa idea-fuerza (el retorno de Perón) con un bagaje tan compacto de significantes.

Todas esas formas proteicas de resistencia, primero, y de ofensiva, luego, que desembocaron en la victoria electoral del 11 de marzo, no eran sino maneras de conquistar aquello que finalmente iba a concretarse el 20 de junio: el retorno. O mejor dicho —pues la primera vuelta de Perón se había producido ya, como eslabón de aquel proceso, el 17 de noviembre— de *ejercer el derecho democrático de reunirse para recibir a Perón y celebrar (concelebrar) ese hecho como fiesta.*

Por eso el 20 de junio fue una destilación concentrada de jugos históricos. Pero, sobre todo, fue la culminación de una etapa de ascenso popular que arrinconó al ejército gorila y rompió la ciudadela tantas veces asediada sin éxito. En el multitudinario, vasto escenario histórico que fue Ezeiza, ¿qué rol juegan los distintos actores que acuden?

Es esta quizás, la cuestión clave para comprender lo que allí pasó. ¿A quién le correspondía el protagonismo en aquella obra? ¿Quién debía ocupar el proscenio? El trastocamiento de los roles, la confusión y el malentendido sobre la interpretación política de esa coyuntura están en la raíz de la tragedia.

Repasemos, pues, el reparto. En principio comparecen las organizaciones armadas, a las que Perón, incluyéndolas en su estrategia global contra la dictadura, denominó "formaciones especiales". Producido el triunfo electoral habían concedido una tregua, sin desmovilizarse, sin reformularse a fondo la necesidad de adecuar su praxis de la violencia a la nueva legitimidad política. Lo probarían poco después, en septiembre, al asesinar, al día siguiente del refrendo electoral de Perón, al secretario general de la CGT.

En Ezeiza se postulan como protagonistas. En un sentido inmediato —pues el tiroteo, según la versión más difundida, se produjo cuando una columna montonera intentó situarse frente al palco— pero también en un sentido histórico más amplio: esas organizaciones se vivían como virtuales protagonistas y detonantes de la derrota militar. Era la acción de la guerrilla, aducían, sus golpes de mano, su acoso al ejército, su penetración popular los que habían forzado el retroceso de la oligarquía. Para la sedicente vanguardia armada, el 11 de marzo era una escaramuza táctica en la vertiginosa marcha hacia la toma del poder. La ley de Amnistía una convalidación expresa de sus luchas, pero también un pasaporte para el futuro. La jornada del 20 de junio debía ser un escalón más en su ascenso y eso pasaba por ganar la mejor ubicación frente al palco.

Comparece luego la morralla política con entorchados peronistas: el lopezrreguismo y sus samurais parapoliciales al mejor postor. Son los que están —según la versión difundida— en el palco, tras una sorda puja por las primicias de la "organización". Su papel parece burdo. Son los malos de la obra. Y, en efecto, son malos sin remisión pero sería ingenuo detenerse allí porque en Ezeiza "no son todos los que están ni están todos los que son". Algunos, con derecho propio, faltaron y otros, sin título válido, comparecieron. En Ezeiza, como en la atormentada Argentina de 1973-76, se produjo un reduccionismo político y el país entero trasladó sus tensiones al seno del peronismo, suerte de muñeco de ventrílocuo en el que supuraban todas las pústulas de un cuerpo social en estado eruptivo. Sobre Ezeiza levitaban muchos intereses incorpóreos pero nada inocentes, pululaban muchos caballos de Troya, se trazaron muchas estrategias de contrabando a las que no les faltó ni conciencias ni cañones de alquiler.

Está, luego, Perón. ¿Alguien podría negarle el protagonismo? Al fin y al cabo, aquella multitud fue a recibirlo, a aclamarlo, a demostrarle su adhesión en uno de los espectáculos de lealtad política más impolutos puesto que, lejos de toda manipulación totalitaria, aquellas masas habían trajinado casi dos décadas, en las condiciones más adversas, para posibilitar su retorno a la patria y al poder. Y sin embargo, Perón no estaba allí. ¿No es una paradoja? Como un general que gana las batallas pero "pierde" una parada, el "general herbívoro", tras derrotar a ese formidable nudo de intereses que se le opuso con cerril intransigencia, fue impotente para concertar su propia apoteosis. La efervescencia del campo popular lo hacía ingobernable y la política de Perón consistía en "congelar" aquella dinámica acelerada para aplicar el programa reformista que coincidía con la voluntad expresa de la inmensa mayoría del bloque popular que él encabezaba. Bloque a cuyos límites alude Rodolfo Walsh en los lacerados textos-boomerangs que recientemente se han conocido: "su propia historia, su propia psicología, su propia identidad social y política", esto es, la del pueblo peronista hacia el que Walsh clamaba en 1976, infructuosamente, que se produjera el repliegue montonero.

Pero lo cierto es que el 20 de junio el palco permaneció vacío. Y esa ausencia contribuye a acentuar el perfil del verdadero, del real protagonista de Ezeiza. Hacia las tres de la tarde, cuando el avión se desviaba hacia Morón, un reacomodo histórico fundamental se producía en el seno de las clases populares argentinas —reacomodo que hoy está en pleno procesamiento. Se agotaba, aplastada por la dinámica política, una de las dimensiones de la compleja urdimbre que ligó a Perón con las masas. No la dimensión estrictamente política (proyecto histórico compartido, niveles de necesidad políticos): en este campo la relación siguió siendo robusta —el 23 de septiembre lo probó— y aún lo sigue siendo, con su memoria. Se agotaba en cambio, el componente mítico, la expectativa absolutizadora del pueblo hacia Perón.

A la cita demorada —alimentada por la fantasía popular, regada por la sangre de los caídos, imaginada y vivida tantas veces como anticipación reconfortante en las sucesivas, interminables frustraciones, clausurada por tantos cerrojos represivos a lo largo de los años— sólo pudo llegar uno de los convocados: el pueblo desnudo, el sustrato más elemental del largo proceso. Es verdad que estaban allí todas las formas organizativas que se habían conseguido: las sindicales, las formaciones de base, de zona, barrio, etc., el aparato político-partidario. E, incluso, las formas patológicas: los grupos armados y las excrecencias mercenarias. Aquellos pretendiendo arrogarse mandatos inexistentes. Estas trabajando para sus patrones reaccionarios.

Todo ese entramado organizativo fue secundario. Ezeiza lo hizo el pueblo molecular. El que resistió la intemperie post-55, el que acumuló agravios, el que, guiado por una pura, fértil intuición, desbarató todas las maniobras. El que reventó las urnas el 11 de marzo, cargando al acto electoral del máximo de sentido político, democrático, reivindicador y transformador que admite una elección.

Cuando el 20 de junio empezó la desconcentración —autopista de vuelta— todas las premoniciones podían respirarse en el aire de pronto helado de la tarde invernal. Detrás quedaba uno de los giros más brutales que pueda experimentar una situación política. Cuando creíamos estar festejando una victoria, empezábamos a vivir una derrota.

Pero ese pueblo molecular —protagonista real, verdadera víctima histórica, auténtico agonista del 20 de junio— no era, tampoco, un dechado de virtudes. Erosionado por todo tipo de corsés represivos, era un cuerpo mutilado, lleno de cicatrices. Adolecía —adolecíamos— de muchas falencias: en nivel ideológico, en vocación democrática, en claridad de ideas, en coraje cívico. No serviamos para editicar una Argentina potencia ni habíamos engendrado una juventud maravillosa. Eramos, como todos los pueblos de América Latina, un amasijo informe de miserias y grandezas, oro y escoria. Al final, siempre, carne de cañón. Habíamos hecho lo nuestro, que no era poco y habíamos fracasado otro tanto. Formábamos el sustrato de un "populismo", la etiqueta que nos correspondía según la cuadrícula de la teoría y la prosa de manual. Todo lo bueno y todo lo malo había salido de nuestro seno: la grandeza del episodio, esa majestuosidad que rinde a Galeano y a Alfaro. Y también sus miserias: los mercenarios que disparaban eran nuestros hijos. Y también lo eran aquellos alucinados febriles que miraban el Puente Doce y veían el Palacio de Invierno, los que, con su infantilismo y su ceguera, harían derrumbar las columnas del templo sobre la cabeza de todos. Sin comprender que el pueblo los había amnistiado porque reconoció la legitimidad de su insurgencia contra un poder usurpador, pero lo hizo para que se incorporasen a su propio proyecto político —el del pueblo— y no para que siquieran repitiendo demencialmente, como autómatas, su dialéctica armada.

Ezeiza admite muchas visiones. Requiere, además, una ingente tarea de reconstrucción histórica. ¡Cuántos puntos oscuros aguardan ser develados! Su riqueza como hecho histórico es inagotable. Y su importancia como símbolo de un período crucial se ha hecho, con el paso de estos años, más clara. Los interrogantes y cuestionamientos que encierra, más cruciales.

Los que estuvimos allí, lo dice bien Hugo Alfaro, nunca olvidaremos aquel 20 de junio. Cara y cruz: la alegría, el desconcierto, la frustración, la rabia, la tragedia. Y la retirada: la multitud caminando en un silencio sepulcral sólo roto por algún redoble de tambor tocando a rebato y en sordina, esa pesadilla de los kilómetros interminables hasta la General Paz, mientras las sombras volvían fantasmales los bosques de Ezeiza y el frío nos tocaba el corazón.

Aquel 20 de junio, cuando comprendimos —empezamos a comprender— que, de ahí en más, Perón éramos nosotros. *

Controversia

PARA EL EXAMEN DE LA REALIDAD ARGENTINA

número 6, mayo 1980

SERGIO BUFANO. Izquierdistas, esos brujos

ERNESTO LOPEZ. Los militares en cifras

RUBEN S. CALETTI. Peronismo revolucionario

JORGE BERNETTI. El pensamiento vivo de Galimberti

RICARDO NUDELMAN. Sobre el conflicto de hegemonías

OSCAR GONZALEZ. 15: el descubrimiento de América

EMILIO DE IPOLA. Presencia de Poulantzas en América Latina

HECTOR BEJAR. La izquierda latinoamericana ayer y hoy

OSCAR DEL BARCO. Sobre la crisis del marxismo. Respuesta a Paramio y Reverte

SUSCRIPCION

por 6 o 12 números
Europa US$ 20 o US$ 40

Apdo. postal 20 619. México 20, DF

Religiosidad y protesta

Héctor Borrat



Cittadella Editrice

El trabajo siguiente es un fragmento del libro de Héctor Borrat que, con el título de "La Svolta: Chiesa e Politica tra Medellin e Puebla" se publicó en 1979, traducido al italiano, por la editorial La Citadella.

El hecho es un símbolo del azarozo destino que atraviesa la cultura latinoamericana: como éste, otros empeños intelectuales de envergadura deben circular en lenguas o ante públicos que no son los propios. O —lo que es peor— son condenados a la postergación, al silencio.

El libro de Borrat es un riguroso estudio del papel jugado por la Iglesia y por la fe en el proceso político-social de nuestro continente. Quizás sea su singularidad más relevante que, lejos de escindir ambos planos, con una rica implementación crítica, los imbrica, descubriendo sus permanentes interpenetraciones. Culmina con un análisis de Puebla en el que se destacan las claves anticipadoras de las reuniones de San Miguel y del fermento que supuso, en su hora, la iglesia argentina. A este tema alude el fragmento que anticipamos.

Que sea Borrat el autor de un trabajo semejante no es casual. Uruguayo, su trayectoria intelectual está ligada a dos importantes esfuerzos periodísticos que, desde Montevideo, se proyectaron al ámbito latinoamericano. Entre 1967 y 1975, cuando fue clausurada, dirigió "VISPERA", la revista impulsora del pensamiento cristiano de signo social más avanzado, en la línea de Medellín. Colaboró muchos años en "MARCHA", semanario de cuya importancia dinamizadora en la cultura viva del continente sería redundante hablar. Borrat fue a la prisión y luego al exilio. Hoy reside en Barcelona, en cuya Universidad Autónoma ejerce la docencia.

Esperamos que muy pronto el libro vea la luz en el idioma en que fue concebido, reencontrando al público para el que fue pensado y vivido.

De pronto, un refrescante pampero amenaza tumbar los asépticos decorados que las élites del postconcilio han montado en América Latina. Invaden el escenario imágenes, sonidos y aromas que ellas daban por "superados".

De nuevo se vuelven rotundas esas moradas de la Virgen que, de Guadalupe a Luján, recorren la geografía continental; los santos favoritos de los viejos estratos indígenas, negros, mestizos, criollos, de las oleadas migratorias que vinieron de Italia, España, Portugal y Europa Central. Procesiones, velas, votos: en lugar de la moderna —o modernizada— capilla enteramente concentrada en la mesa y el Libro vuelve, frondoso en estímulos sensoriales, disperso, acumulativo, el santuario barroco. El discurso liberacionista de obispos, curas y teólogos cobra un giro inesperado. En ancas de la pastoral popular, irrumpe el pueblo.

¿Innovación? ¿Reestreno? ¿Restauración? ¿Moda retro?

En nombre del "pueblo" a secas, muchas élites han dejado de percibir al "pueblo católico". Sea cual sea la acción que imaginan para sí mismas y para la iglesia en el drama continental, al pueblo católico lo mantienen relegado, como una comparsa de extras a inmensa distancia de los primeros actores. Estos son siempre los mismos, propongan la lucha de clases o el desarrollismo o la conservación del "orden social": obispos, curas y laicos ilustrados. Con la pastoral popular, algunas élites comienzan a darse cuenta que la acción dramática se anuncia muy otra si, de coro inerme, el pueblo católico pasa a asumir rangos protagónicos. Y a partir de esa convicción, ya no pueden prescindir de él. Les preocupa. Empiezan a escuchar sus demandas, sus oraciones y —largos, densos— sus silencios. Procuran una inteligencia nueva a sus gestos y sus cosas, sus ritos y sus mitos, sus símbolos.

La revalorización del pluralismo cultural y eclesial efectuada por el Vaticano II ha allanado el camino para esta irrupción del "pueblo católico". Pero no alcanza para explicar por qué esta acción comienza, precisamente, en escenarios latinoamericanos antes que en otros. Para ello, hay que volver sobre procesos entrañablemente ligados a estas tierras.

Iglesia o secta

Desde Latinoamérica, el impulso inicial para este reencuentro procede —una vez más— de Medellín. Si allí se promulga la pastoral de liberación, ¿cómo olvidarse del pueblo? Si se piensa en el pueblo de este continente, ¿cómo no visualizar en él, de inmediato, masivo, heterogéneo, arduo, al pueblo católico?

Medellín le destina un documento entero: *"Pastoral Popular"* (1). Intenta hacer del pueblo católico un protagonista, reconociendo que él plantea un dilema tan vital que de la respuesta que se le dé depende la propia existencia de la iglesia:

"Esta religiosidad pone a la Iglesia ante el dilema de continuar siendo Iglesia Universal o de convertirse en secta, al no incorporar vitalmente a sí a aquellos hombres que se expresan con ese tipo de religiosidad. Por ser Iglesia y no secta, deberá ofrecer su mensaje de salvación a todos los hombres, corriendo quizás el riesgo de que no todos lo acepten del mismo modo y con la misma intención."

Exigencia -como tantas- programática, la de Medellín no basta para trabar el drama. Porque, en su óptica, la religiosidad del pueblo aparece en el mejor de los casos como "una enorme reserva de virtudes auténticamente cristianas", como "balbuceos de una auténtica religiosidad", como "semillas del Verbo" que pueden constituir una "preparación evangélica" y que hay que purificar e incorporar al orden de la fe. La religiosidad del pueblo es apenas, para Medellín, *"ocasión"* o *"punto de partida"* para una auténtica evangelización.

Si fuere sólo eso, el pueblo católico no habría ganado todavía estatura protagónica. Seguiría membretado en el mero estatuto de destinatario -y no agente- de la evangelización. Sería a lo más un personaje confundido y confuso que los otros -las élites de siempre- tendrían que "asumir" y "purificar". Lo cual supone mantener a estos otros en una instancia más alta y pura, la de una fe que se da por "auténtica", "adulta", "secularizada".

Por otra parte, como si pueblo y élites actuaran en escenarios incomunicados, Medellín presenta por un lado -"Pastoral Popular"- "la gran masa de bautizados en América Latina" y por el otro -"Pastoral de Elites"- (2) a "tradicionalistas o conservadores", "desarrollistas" y "revolucionarios" como tres rostros de una tipología puramente elitista. Al asignar al pueblo y a las élites documentos separados, Medellín los compartimenta, sustrayéndolos del drama común, que involucra a todos.

A nivel jerárquico, el drama queda trabado meses después, en San Miguel, Provincia de Buenos Aires, abril 1969, cuando en medio de un esfuerzo global (y desparejo) para concretar Medellín a escala nacional ve la luz el pronto famoso capítulo VI de la *Declaración del Episcopado argentino*. (3). Ahora se trata mucho más que de la inclusión de la pastoral popular como parte de un programa más amplio. Los obispos argentinos sitúan a la iglesia entera del lado del pueblo católico:

"La Iglesia ha de discernir acerca de su acción liberadora o salvífica desde la perspectiva del Pueblo y de sus intereses."

Por eso,

"la acción de la Iglesia no debe ser solamente orientada hacia el Pueblo sino también, y principalmente, desde el Pueblo mismo."

Partiendo del hecho de que los bautizados forman la gran mayoría de la población, la iglesia argentina quiere contribuir a dar al *"Pueblo de la Nación"* una comunión en los ideales, una concepción del destino común y una cohesión de los esfuerzos para alcanzarlo. Integra por tanto su acción dentro de la comunidad y el proyecto nacional. Y sin renunciar a su necesario discernimiento, centra en el protagonista popular el servicio a la nación -donde arraigan "profundas virtualidades evangélicas" y "muchos valores cristianos" -y la acción evangelizadora- que necesita "asumir la cultura de nuestro Pueblo y sus hallazgos, para difundir y explicar el mensaje de Cristo, para investigarlo y comprenderlo con mayor profundidad, para expresarlo mejor en la celebración litúrgica y en la vida de la multiforme comunidad de los fieles".

El catolicismo popular arraiga en la *cultura popular*. Ya no es simple "ocasión" o "punto de partida". Se le comienza a reconocer su propia potencia evangelizadora, cuya realización se entiende inseparable del servicio a la nación que debe prestar el mismo pueblo católico. Integrado, pues, al "Pueblo de la Nación", el pueblo católico pasa a definirse por perfiles nacionales y no puramente clasistas. Pero ello no significa evacuar estos últimos. Porque dentro de la nación los obispos ponen en primer plano a *"los más débiles, alejados, pobres y pecadores"*. La iglesia que sirve a la nación es la iglesia que opta por los pobres. Y esta opción se vuelve tan vital que de ella pende ahora el dilema igesia o secta:

"Si no lo hiciera así o no los considerara como miembros predilectos del Pueblo de Dios, su actitud sería no de Iglesia de Cristo, sino de secta"

El nuevo programa pastoral seguirá formulándose, en Argentina, a modo de una glosa de esta Declaración de San Miguel, circulando en torno a sus grandes núcleos temáticos, adentrándose en ellos para extraer un discurso más amplio, más desarrollado. En un ensayo ampliamente comentado (4), *Lucio Gera* y *Guillermo Rodríguez Melgarejo* destacan sobre todo cómo la Declaración invita a descubrir dónde está el Pueblo desde una perspectiva histórica, desde una interpretación histórica de los signos de los tiempos. Y aquí introducen un giro decisivo para refutar las objeciones que pronto se hacen oir contra la pastoral popular, como si ésta fuera un reflujo, una deserción de la linea liberacionista. Al pueblo hay que localizarlo, dicen muy bien estos autores, dentro de la contradicción *opresor-oprimido*, en el ámbito de la experiencia histórica nacional, con esquemas propios, no importados:

"Nuestro pueblo se concretiza por las sucesivas contradicciones que han opuesto los habitantes del interior a la oligarquía dominante del puerto de Buenos Aires, mediante un tercer término que destruye —en parte— el dilema: la pampa húmeda habitada por las corrientes inmigratorias europeas, constituyendo ésta a su vez un nuevo elemento de contradicción. También en la oposición entre la línea del guachaje desplazado y los grupos aristocráticos nacionales, entre los que se interpone —complicando la contradicción— la población gringa. Podría ser traducido, asimismo, en términos de clase baja, aristocracia y medio pelo. Podría simbolizarse en las contradicciones que representan figuras como los caudillos 'Chacho' y 'Facundo' y los presidentes Mitre y Roca. Puede clasificarse en los términos de la distinción sarmientina de barbarie y civilización (colonialista), complicando este dilema la existencia de un progresismo liberal, por lo menos ambiguo. Si queremos localizar al Pueblo —más recientemente— en las experiencias nacionales de estos últimos veinte años, las contradicciones están constituidas por el peronismo, el desarrollismo directamente sometido y el desarrollismo nacional-popular instrumentado por el capitalismo. ¿Dónde localizar al Pueblo? Cualquier argentino sabe responder a esta pregunta, a no ser que, alegando que se trata de experiencias políticas, eluda el querer localizar con claridad por dónde pasa el Pueblo en la historia argentina, en la cual la Iglesia deberá encarnarse. Esto lleva a aceptar con claridad que una Iglesia que quiere encarnarse en la experiencia nacional del Pueblo argentino no podrá hacerlo mientras no asuma experiencias políticas; simplemente, porque toda experien-



cia nacional no puede no ser política".

La misión es a los pueblos

En el 73, del 6 al 9 de setiembre, la pequeña, hermosa localidad de *San Miguel* vuelve a dar nombre a un acontecimiento de la pastoral popular. Esta vez, se trata de un seminario totalmente dedicado a ella. La Declaración del 69 sirve de arranque para nuevas elaboraciones. Uno de los participantes, el *Padre Fernando Boasso,* tiene la feliz idea de sintetizar, en páginas breves, concisas, la amplia discusión oral. Lógrase así una primera asistematización escrita del camino andado (5). Indispensable, entre otras cosas, para elucidar qué ha de hacerse ahora.



El enfoque sigue referido estrictamente a la Argentina. Pero su pregunta más radical atañe a todos: la fe popular, ¿es alienante o revolucionaria?

En la polémica sobre este nuevo programa serán muchos los que sustituyan "fe" por "catolicismo", y otros más genéricamente todavía por "religiosidad", para sostener la misma alternativa: el catolicismo popular, o la religiosidad popular, ¿es alienante o revolucionaria? La diferente formulación de Boasso introduce ya, oportunamente, una límpida nota afirmativa. Es la *fe* del pueblo lo que la pastoral popular pone en el centro de su programa.

Según la respuesta, así la consiguiente acción de los agentes pastorales. La que da el seminario está insinuada por su concepción de la pastoral popular como "la praxis de la misión de la Iglesia que se dirige a nuestro pueblo, con su cultura y su historia". También aquí se rechaza una reducción sectorial que visualizaría a la pastoral popular como (apenas) la acción eclesial de llevar el Evangelio a los sectores populares y humildes. Este error se produce tanto desde un punto de vista tradicionalista (que juzga a la religiosidad popular como fe basicamente auténtica, aunque haya mucha ignorancia y una deficiente práctica sacramental) como desde un punto de vista progresista (que duda de tal religiosidad masiva, hasta juzgarla falsa y alienante, carente de una elemental racionalidad, sin la opción personal necesaria a toda verdadera fe). Contra ambas posiciones, reafírmase la necesidad de una perspectiva global e histórica. *"Si el noventa por ciento de la población está bautizada en la Iglesia católica, y si la* religión *tiende a constituirse dinamicamente en una* perspectiva totalizante *de la existencia, ¿qué papel desempeña ella en el surgir de la conciencia histórica de las multitudes? ¿La fe popular esta asociada o marginada de los proyectos de los pueblos?"* De nuevo: ¿es alienante o revolucionaria?

Responde el seminario: Entendida como la praxis histórica de la misión de la Iglesia en los pueblos, la pastoral actúa en orden a encarnar en la historia de los pueblos la historia de la salvación operada por Cristo y articulada por mediación eclesial. Implica, por tanto, un engendrar sentidos en la historia, un "hacer" sentidos. En el esfuerzo para que la fe se encarne en los valores ya existentes en los pueblos, la iglesia se genera en los pueblos, que se tornan Pueblo de Dios sin dejar de ser los pueblos que son. De allí una fecunda interacción. Los pueblos "hacen" a la Iglesia y, a la recíproca, la Iglesia "hace" a los pueblos más pueblos, al ingresarlos en el único Pueblo de Dios.

Dato primordial para destruir toda privatización de la misión: la misión de la Iglesia es una misión a los pueblos como pueblos. Génesis 10, ese gran himno de alabanza al Creador por la variedad de pueblos y culturas, es la complementación necesaria y la conclusión de Génesis 1. El Evangelio es anuncio público y oficial. No posee una publicidad meramente material —hablar en las plazas— sino jurídica. Se dirige a la sociedad estructurada como nación. Pero la misión a los "pueblos, razas, tribus y lenguas" es algo todavía más hondo y originario que la estructuración institucionalizada de las naciones. Algo anterior, que funda a los pueblos mismos, por lo cual éstos se identifican y pueden ser definidos.

¿Qué es el pueblo, entonces? El Seminario de San Miguel lo presenta como la articulación dialéctica de una triple realidad: una *cultura*, un *sujeto colectivo*, una *historia*. Y encuentra en la historia el lugar más directo donde visualizarlo.

La historia, masa de tiempo acumulado que genera cierta memoria popular, que se torna tradición viviente, historia protagonizada por el sujeto pueblo. El retrato del pueblo que aquí se ofrece responde a una idelización. Hay en el pueblo, según el Seminario, una honda racionalidad, una sencilla conciencia vivida, una intuición valoral. un saber vital de la realidad, una realidad cultural que se expresa históricamente a nivel global, configurando a grandes pinceladas un proyecto histórico. Lo que constituye y define al pueblo —agrega— es un ethos universal de todo el pueblo nación, no solamente un sector o clase social.

No obstante, aclara el Seminario, este ethos es originario de un sector mayoritario donde se concentra y de algún modo se expresa esa universalidad, como si ellos fueron abarcativos de todo el pueblo-nación: el de los pobres, los necesitados, los humildes, los que no pueden singularizarse. *"Pues los* pobres *y* oprimidos *no pueden, por su condición, individualizarse, hacer valer su* tener particular *individual ya que por definición carecen. Sólo pueden ser algo como conjunto, colectivamente, sin que nadie pueda aprovecharse por sí solo. Por ello el pueblo (contrapuesto al individuo singular) posee un* impulso hacia la búsqueda de valores más universales y sociales; *aunque sea un sector, afirma de hecho la* opción por lo justo, *por la* justicia. *Ahora bien, lo justo no excluye, sino que abarca a los otros sectores, incluso a los dominantes y opresores: sólo que lo justo exige que éstos dejen de ser opresores. Por su parte los* ricos *y opresores tienen* poder individual *(dinero, prestigio social, cultural, armas, etc.); por eso tienden a afirmar* lo que les conviene individualmente antes que lo justo *para todos. No pueden representar la universalidad, sino más bien excluyen a los otros sectores. Y en la medida en que son opresoras o instauran la injusticia, no son pueblo".*

La argumentación es ingeniosa. Podrá apoyarse en ciertas situaciones nacionales. Podrá aproximarse o no a la perspectiva filosófica, ideológica, histórica que cada uno posee, en todo caso condicionada por su posición de clase y su experiencia vital. Pero le sucede lo que a toda idealización: no puede aducir una fundamentación teológica. Ningún pueblo, ni siquiera el Pueblo de Dios, ningún acto histórico vive aparte de la economía de pecado, ni del juicio de la Palabra que juzga, llama a conversión, libera. El Seminario de San Miguel no incurre en el extravío de sacralizar al pueblo. Pero puede inducir a él si el discernimiento teológico queda en suspenso.

La singularidad argentina

El lanzamiento argentino de la pastoral popular refleja peculiaridades de su proceso nacional. Normalmente, en los países vecinos, optar por la liberación representa enrolarse en partidos o movimientos pequeños, dispersos, debilitados aún más por sus propios conflictos, todavía muy lejos de perfilarse siquiera como alternativas de poder. Incluso en la excepción chilena, los cristianos del MAPU, la Izquierda Cristiana y el MIR mantienen este estatuto de minorías, sin que pueda hablarse de una presencia significativa de cristianos en los dos grandes partidos de masas, el Comunista y el Socialista. Los liberacionistas argentinos ingresan en cambio en el mayor movimiento de masas de América Latina, en el multitudinario protagonista —en el poder o proscripto, con notable diversidad de fuerzas y tendencias en su seno, incluso con fortísimos enfrentamientos internos— de más de tres décadas de la historia nacional. No necesitan, como tantos otros, la homologación con algunas de las grandes corrientes históricas del marxismo. Tienen su propia historia. Han sido y son alternativa de poder. Su entusiasmo por el pueblo es, ante todo, un canto al pueblo peronista.

Y a Perón. Al pueblo y al líder.

La adhesión al líder no va acompañada de una ideología rígida y global, como la que espera a tantos militantes cristianos en otros estados. No provoca conversiones al "marxismo". Pero sí, lealtades pendientes de su sola voluntad, emociones y devociones lideras en la idolatría. La adhesión del pueblo al caudillo no empieza ciertamente con Perón ni se restringe a la Argentina. Pero, como muy bien han mostrado *Gera* y *Rodríguez Melgarejo* (6), en la gran nación austral combina la fe católica con una linea nacional, desde el "Religión o Muerte" de Facundo hasta el peronismo.

Para ellos, el catolicismo popular tiene la virtud de operar una purificación de las "izquierdas europeizantes", despojándolas de su carácter marxista-elitista y tornándolas nacionales precisamente al reconocerse en las tradiciones de caudillos como Facundo Quiroga, el Chacho Peñaloza, Artigas, Ramírez, López, pasando por Irigoyen y "el fenómeno peronista". Pero, ¿en qué medida esa asombrosa devoción popular por Perón sirve a una toma de conciencia eclesial y política? En medio de esa alta temperatura emocional, la Iglesia argentina no puede dejar de lado la historia zigzagueante de sus relaciones con el peronismo, relaciones de beneplácito y crisis, de ruptura y reconciliación. No le es fácil descubrir una continuidad congruente. La idealización del "pueblo nacional" peronista aparece por eso como un correlato de la adhesión acrítica a Perón. No llega a representar una salida. Pero con todas sus contradicciones, ha engendrado un programa que pronto alcanza proyección continental. Habrá que ver cómo se despliega en la Argentina ese programa, ahora que el líder no está más, ahora que la oclusión política acumula víctimas con una ferocidad impar.

La expansión

¿Por qué el nuevo programa de la pastoral popular, lanzado desde la Argentina, alcanza expansión continental?

POR LAS PROVOCACIONES DEL CONTINENTE MESTIZO

Ciertamente, Buenos Aires recapitula generosa, opulentamente muchas etnias de Indoamérica y de Europa. La cosmópolis "europea" empieza a llenarse de "cabecitas negras" de provincias, desde que Perón abre horizontes laborales en el gran cinturón industrial de la capital; de otros mestizos inmigrados en masa desde los vecinos Paraguay, Bolivia, Chile; de cientos de miles de uruguayos que ya no pueden subsistir en la otra banda "europea" del Río de la Plata. Está ya superpoblada de italianos, españoles, eslavos, alemanes, libaneses, judíos de toda la diáspora; en medio del largo territorio nacional, escasamente habitado más allá de otras grandes concentraciones urbanas, cuenta de islotes de colonización europea —desde rusos hasta irlandeses— y con espacios hondamente marcados por la vieja tradición criolla. Esta enorme diversificación se presenta ante los agentes de la pastoral como un problema mayúsculo pero también como un aguijón para crear canales nuevos; vuelve decisiva la actuación de todos en el escenario cultural, no sólo en el político. Pero el mismo problema, igual aguijón sacude al vecino Brasil, donde a indoamericanos e inmigrantes de orígenes todavía más diversos se añaden, poderosas, las raíces africanas; donde la Iglesia Católica coexiste con un poderoso movimiento pentecostal, con la Iglesia Evangélica Luterana, de larga y ancha implantación en regiones sureñas colonizadas por alemanes, con la vitalidad misionera de presbiterianos y metodistas, con las sectas de mormones y testigos de Jehová, y, decisivamente, con el Umbanda y el espiritismo (7). Como en México en el otro extremo continental, en Brasil no hace falta esperar la iniciativa de la Iglesia para que su "religiosidad popular" concentre la apasionada atención de investigadores criollos, europeos, norteamericanos. Con similar o menor fuerza, estos desafíos a pastoralistas pero también a sociólogos, antropólogos, historiadores se reproducen en los demás países del continente mestizo.

Cuando Argentina lanza el nuevo programa hay ya, diseminados por el continente, una buena cantidad de análisis e interpretaciones sobre la religiosidad de estos pueblos y, como una expresión de ella, sobre el catolicismo popular. Se acerca a sus tres décadas la revista latinoamericana "Pastoral Popular". Se anuncian investigaciones nuevas. Se empiezan a reunir quienes inicialmente trabajaban separados, sea por su especialización académica, sea por las áreas que investigaban. La innovación argentina es organizar esta temática como programa no sectorial sino de la Iglesia toda, para que la Iglesia sirva al pueblo nacional desde el pueblo católico. Es, en otros términos, proponer *una lectura del catolicismo popular desde la teología de la liberación*. De allí el entronque pronto logrado con liberacionistas de otros países igualmente convencidos de la necesidad de exaltar al pueblo de la propia Iglesia.

PARA RENOVAR, DESDE LATINOAMERICA, EL DISCURSO TEOLOGICO Y SU COMUNICACION SIMBOLICA

La pastoral popular se reafirma y renueva, ahora, al estructurarse como la corriente nacionalista de la teología de la liberación. Como tal, comparte con la corriente "marxista" tanto como con Medellín la militancia contra el sistema neocolonial y sus estructuras externas e internas de dominación. Discrepa, en cambio, con la corriente "marxista" en tanto ésta se pretende tal, y hace un uso dogmático y acrítico del marxismo, y olvida la historia y la cultura popular, y no encuentra su quicio en la vocación nacional latinoamericana.

Por sus propios contenidos, la pastoral popular postula también cierto cambio de estilo en la comunicación del mensaje eclesial. En lugar de mimetizarlo con el discurso ideológico de la izquierda, como con frecuencia hace la otra corriente liberacionista, sobre todo en sus papeles de protesta, recupera y renueva las inflexiones propias del *discurso teológico* y su traducción al *lenguaje simbólico* para mejor alcanzar al pueblo católico y al pueblo a secas.

Por su énfasis en la cultura popular, la nueva corriente exalta la importancia del escenario cultural, por sí mismo —como lugar privilegiado para encontrar y expresar la identidad nacional— y por su gravitación sobre el escenario político incluso, y tanto más todavía, cuando este último ha sido clausurado por los desbordes del poder.

En ámbitos episcopales, estas son tres motivaciones poderosas para su expansión: liberación desde una perspectiva no marxista, en lenguaje eclesial, con directa incidencia en el escenario que ningún poder puede cerrar.

POR CRITICAS A UNA (IMPORTADA) TEOLOGIA CRITICA

El nuevo programa se va constituyendo, también, por la refutación de cierta teología crítica de origen protestante y rápida, entusiasta recepción entre élites católicas del Atlántico Norte. Y del Atlántico y el Pacífico Sur: desarrollistas unas, liberacionistas de la primera corriente otras, coincidentes todas, en nombre de la "secularización", en oponer "fe" a "religión".

Los trabajos argentinos, así como los de Hoornaert en Brasil, manifiestan la radical incompatibilidad entre la nueva corriente liberacionista y estos planteos importados del Norte. Es muy notable que el maestro católico de la teología política, *Johann Baptist Metz*, se haya hecho eco de estos planteos en un ciclo de conferencias realizadas en Madrid, 1975, donde también participaron sus compatriotas Karl Rahner y Jürgen Moltmann. (8) Con expresa mención de fuentes latinoamericanas, Metz hace suya con notable agudeza la perspectiva abierta por la pastoral popular.

Es enorme, dice, el abismo existente entre la fe real del pueblo y la fe oficial de la Iglesia, entre la religión del pueblo y la ortodoxia eclesiástica. Pero la misión del teólogo es "que el pueblo mismo tome la palabra". No hay nada que la teología necesite con tanta urgencia como la experiencia religiosa contenida en los símbolos y narraciones del pueblo. Este punto de vista, advierte de inmediato, es difícilmente compatible con una teología crítica que "hoy critica sin compasión los mitos, los símbolos, las narraciones y crónicas místicas del pueblo". Según Metz, la teología crítica vive consciente o inconscientemente de dos distinciones



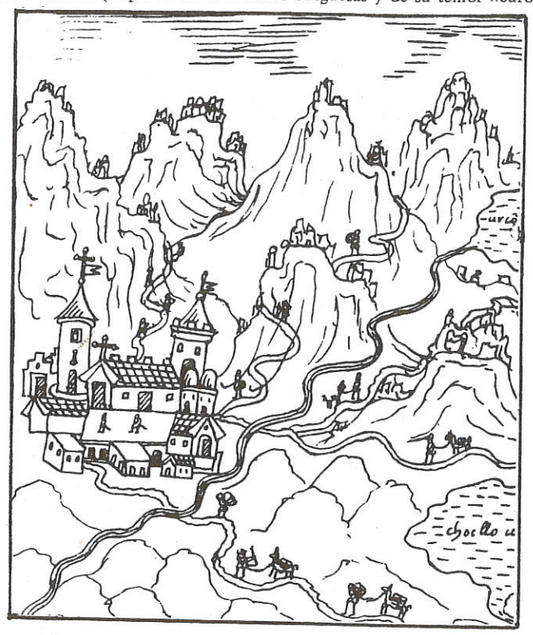
"muy peligrosas":

— fe/religión: "como si el creyente fuera una existencia abstracta y no un sujeto religado con sus experiencias y con los acontecimientos de su vida, un ser personal que encuentra su identidad religiosa en la narración de esos acontecimientos y en la articulación simbólica de sus experiencias".

— iglesia popular/iglesia por la que se decide uno libremente, cristianismo de tradición/cristianismo de elección: "como si pudiera existir la iglesia sin el pueblo y sus recuerdos colectivos; y como si una iglesia que se fundara meramente en la libertad de los individuos no estuviera abocada a caer literalmente en el vacío, ya que se encontraría sin una tradición normativa, que es la que proporciona los contenidos que sirven de base a la decisión individual".

Estas dos —comprueba Metz— son "distinciones teológicas de una re-

ligión puramente burguesa que, por su parte, participa de la falta de sentido histórico propia de las sociedades burguesas y de su temor neuróti-



co ante la identidad colectiva de un pueblo". De allí la primordial urgencia, para la teología, de símbolos y narraciones del pueblo. "A ellos tienen que acudir si no quiere morir de hambre. Sus propios conceptos son raras veces expresión de experiencias nuevas. Con frecuencia reproducen simplemente denominaciones de experiencias pasadas. Más que nunca necesita la teología, para poder ser teología eclesial y no dedicarse sólo a la historiografía de la propia disciplina, el pan de la religión, de la mística y de la experiencia religiosa de la gente sencilla!"

Exactamente lo que pide la corriente nacionalista de la teología de la liberación, autora del nuevo programa de la pastoral popular. Son muchos los pastores que, por haber experimentado ya en sus propias iglesias los estragos de la teología crítica, no vacilan en aproximarse esperanzadamente a esta propuesta radicalmente diferente.

PARA DESPLEGAR EN EL ESCENARIO CULTURAL ENERGIAS BLOQUEADAS EN EL POLITICO

La expansión de la pastoral popular responde *también* a nuevas condicionantes impuestas por la oclusión política. No para someterse a ellas, sino, al contrario, para abrir otros espacios a la acción de la iglesia.

La denuncia

Durante sus primeros años, la pastoral de la liberación ha tendido a acentuar las funciones de la iglesia como grupo de presión política, privilegiando el discurso ideológico y la denuncia de situaciones, estructuras y sistemas de dominación. Las élites de la protesta exasperan este programa tornándolo proclama, aplicándolo unilateralmente. Medellín le da, justísimo, su quicio misionero:

"Forma parte de nuestra misión denunciar con firmeza aquellas realidades de América Latina que constituyen una afrenta al espíritu del Evangelio.

También nos corresponde reconocer y estimular todo intento positivo profundo de vencer las grandes dificultades existentes".

("Mensaje a los pueblos de América Latina")

Puesto que estas acciones *–denunciar, estimular–* forman parte de "nuestra misión", es decir, de la misión de la Iglesia, alcanzan una densidad específicamente eclesiológica, integran la misión y por tanto la identidad eclesial, se presentan como necesidad misionera, no como eventualidad de una iglesia llamada a funcionar, en ciertas situaciones, como un grupo de presión entre otros, o en suplencia de otros. Esta radical exigencia misionera anticipa en Medellín la esclarecedora conepción del Sínodo del 71 sobre la acción por la justicia y la paz como *"dimensión constitutiva"* de la misión. Al mismo tiempo, plantea una exigencia tanto más ardua cuanto más intensa la oclusión política.

Las circunstancias nuevas vuelven, en efecto, mucho más frecuentes las denuncias que los estímulos. Inevitablemente, los conflictos con el poder político se multiplican. Muchas veces de la denuncia –primero laicos, luego clérigos, por último, también, obispos– son reducidos al silencio. Otras, se silencian a sí mismas. En zonas cada vez mas extensas, por imperativo del César o por autocensura, la iglesia vuelve más escasas sus denuncias. O, con grave responsabilidad, se apea totalmente de ellas. No resuena ya como la voz de aquellos que no tienen voz, para decirlo con la expresión de Dom Hélder. La oclusión política abre un tiempo de silencios, a veces inevitables –porque aún cuando la iglesia lance un mensaje, el poder político no lo deja publicitar–, a veces discutibles –como toda decisión prudencial–, a veces culpables –porque constituyen una omisión.

Por sus nuevos contenidos, por su nuevo estilo de comunicación, por los anchos márgenes expresivos que abre el lenguaje simbólico, por los espacios de libertad que encuentra en el escenario cultural, la pastoral popular recupera la posibilidad de seguir lanzando las necesarias denuncias y los necesarios estímulos, impostándolos ahora en un discurso distinto, menos vulnerable ante el aparato represivo y más directamente inteligible por todos los que alcancen a oirlo. Un discurso que no se confunde ni puede ser confundido con el de ningún otro actor porque está integrado –"dimensión constitutiva"– en la acción misionera.

Mantener abierto el escenario cultural, tener en acción permanente, allí, a la iglesia, es la necesidad primera del nuevo programa. Las dictaduras podrás clausurar toda participación, toda expresión de disenso en el escenario político; no puden, por el contrario, extender la clausura hacia espacios culturales ocupados desde siempre por el pueblo mismo. Entre otras razones, porque carecen de una alternativa cultural propia. Solamente pueden aspirar a la expropiación de los símbolos del pueblo, a la inserción, bajo los tradicionales ritos, de una nueva mitología, la del mesianismo de las Fuerzas Armadas como únicas protagonistas de la salvación nacional. Pero los ritos no se dejan conquistar tan facilmente. Los símbolos se escurren, reculan, disparan, retornan. Se les puede hostigar pero no destruir. Y hostigarlos suele ser una manera involuntaria de hacerlos todavía más potentes o de provocar la triunfal irrupción de símbolos nuevos. Por eso no ha habido símbolos más cargados de provocaciones, estos últimos años, que aquellos que identifican a movimientos clandestinos o a partidos y gremios reducidos a la clandestinidad. Toda retórica oficial fortalece a pesar suyo el contralenguaje de los oprimidos.

Al mismo tiempo, la ocupación armada de la plaza pública empuja la gente al tempo. Rescatadas de décadas de rutina, las grandes fiestas son verdaderas ocasiones para redescubrir que la asamblea litúrgica *es* asamblea popular. Los santuarios no se rinden. Las peregrinaciones son amenazadas, investigadas, prohibidas, pero no domeñadas: el pueblo católico rehúsa convertirse en séquito del César o de Herodes. La resistencia de la cultura popular potencia a las élites que empiezan a descubrirla, templa el talante de los obispos, confirma a aquellos que siguen decididos a mantener en alto el programa liberacionista de Medellín.

En este escenario cultural se sigue librando batalla contra el adversario mayor. El sí cuenta con una alternativa cultural inconfundiblemente suya, y con los medios más poderosos para hacerla ecuménica. Estados Unidos necesita cada vez menos de mercenarios y *marines*. A diferencia de las dictaduras sureñas, no precisa mostrarse violento. Conquista y domina por fascinación. Deslumbra a tal punto con sus ídolos y sus mitos que, en sus víctimas, en lugar de rechazo engendra el placer; en lugar de la conciencia histórica, una mitología de siervos que no se reconocen tales. La imagen de sí mismos y del mundo que los latinoamericanos reciben de los medios de comunicación les viene prefabricada y adulterada desde la metrópoli. Las únicas imágenes modélicas son de norteamericanos. A ellas, a sus modos de vida, a sus pautas de comportamiento rinde idolátrico culto un número cada generación mayor de latinoamericanos. Sobre todo en las ciudades, cada vez más pobladas, cada vez más.

Inmersas ellas mismas en esta situación extrema, ¿acaso retomarán las iglesias sus viejos roles de *productoras de cultura* que estos últimos años, en nombre del gigantesco malentendido secularizante y del burgués despeje de la fe con respecto a la religión, se han empeñado, no sin saña, en dejar vacantes? ¿Percibirán que para ello no alcanza con restaurar tradiciones, o recuperarlas en la cultura popular, sino que hace falta ante todo engendrar *estrenos*, en su lenguaje y en sus estructuras, en sus mensajes y en sus servicios, potentes de signos y símbolos, capaces de acelerar mutaciones cuya propia dinámica, tarde o temprano, se trasvasará al escenario político como acción liberadora? *

NOTAS

(1) Segunda Conferencia General del Episcopado Latinoamericano: "La Iglesia en la actual transformación de América Latina a la luz del Concilio", Bogotá, 1968.
(2) Id.
(3) Lucio Gera y Guillermo Rodríguez Melgarejo: "Una interpretación de la Iglesia argentina", Víspera 15, Montevideo, abril 1970.
(4) Lucio Gera y Guillermo Rodríguez Melgarejo, ob. cit.
(5) Fernando Boasso: "¿Qué es la pastoral popular?", Buenos Aires, 1976
(6) Lucio Gera y Guillermo Rodríguez Melgarejo, ob. cit.
(7) Candido Ferreira de Camargo: "Católicos, Protestantes, Espíritas", Petrópolis, 1973.
(8) J.B. Metz: "Iglesia y Pueblo o el precio de la ortodoxia", Madrid, 1975

NICARAGUA

Alfabeto y revolución

ORLANDO GUERRERO, EMBAJADOR DE NICARAGUA EN ESPAÑA

ENTREVISTA DE JUAN CARLOS MERCADO

Nicaragua tiene más del 50 por ciento de analfabetos en una población de dos millones. ¿Cómo se proponen erradicar un problema de esta magnitud?

–Contamos con 200.000 alfabetizadores. La actual campaña tiene como meta erradicar el analfabetismo en tan solo 5



meses, empleando todas las fuerzas no productivas, pues de lo contrario entorpeceríamos el Plan de Reactivación Económica. Contamos con brigadas internacionales de maestros, con estudiantes secundarios, universitarios, maestros nicaragüenses, con todas las organizaciones de participación popular, que se han movilizado a las zonas urbanas y rurales para esa finalidad. Esta gigantesca masa alfabetizadora la hemos estructurado en brigadas, columnas, escuadras, pelotones, así como estructuramos nuestro ajército revolucionario. Los ubicamos también en distintos frentes, norte, sur, occidental y oriental, así como al ejército, solo que en vez de llevar la M 16, la Guzzi, el Gara, van a llevar borradores, tizas, lápices, en una palabra la educación y la paz social.

Todo esto parece un símbolo, la alfabetización como otra batalla de la revolución, ¿verdad?

–La alfabetización no es un proceso añadido a la Revolución, sino que es esencial a la misma, la Revolución por naturaleza es educadora. Jamás podríamos ser honestos con nosotros mismos y con nuestro pueblo si en estos momentos lo lleváramos a unas elecciones con la herencia del somocismo por dentro, con la ignorancia y el analfabetismo. Con una educación liberadora, nuestro pueblo podrá elegir libremente su destino histórico. Por otro lado, pensamos que la educación no consiste únicamente en enseñar a leer y escribir, sino que consiste también en elevar el nivel ideológico y político del pueblo, para que por su propio puño y letra pueda escribir el nombre de sus enemigos, de su vanguardia, el nombre de sus organizaciones populares, el nombre de su gobierno y sus integrantes, en suma el nombre de una democracia popular y revolucionaria.

¿Cuál es la metodología?

–Hemos escogido una metodología que se nutre de la "Pedagogía del Oprimido" de Paulo Freire, de la cartilla de alfabetización de los pueblos hermanos de Cuba, Mozambique, Guinea-Bissau, Cabo Verde, pero la hemos entroncado en nuestra idiosincracia nicaragüense. Tanto el alfabetizador como el alfabetizado van a aprender, conviviendo en la realidad y la problemática del campesino. El obrero de los centros industriales también va a ser alfabetizado con la misma metodología; a través de una educación revolucionaria unificaremos a los trabajadores de la ciudad con los del campo. Además, se van a obtener otros "subproductos" de la campaña. Se va a recoger la herencia oral del campesino, él nos va a decir a través de su propia forma de comunicación los momentos de angustia que vivió cuando los genocidas llegaban a violar a sus mujeres, quemaban sus ranchos, los metían en campos de concentración y los arrojaban desde helicópteros a los acantilados por no decir donde estaban los combatientes; y nos van a transmitir sus cuentos populares, anécdotas, en suma su idiosincracia. Se va a estudiar la flora y la fauna, recabar información sobre yacimientos o plantas raras para crear un museo botánico. Se va a perfeccionar nuestra carta geográfica. Asimismo, los alfabetizados dedicarán varias horas de la semana a elevar el nivel productivo, trabajando hombro con hombro con el campesino. En la ciudad, los Comités de Defensa Sandinistas van a tener una participación relevante, después de terminar el trabajo el obrero va a dedicar tres horas diarias a su alfabetización.

¿Que presupuesto insumirá la campaña?

–El presupuesto es de 20 millones de dólares. Para cubrirlo hemos conseguido donaciones de distintos gobiernos y pueblos hermanos. Al final de la campaña se va a crear un Ministerio de Educación de Adultos, ya que el proceso de aprendizaje debe ser ininterrumpido, va ligado a la revolución, va ligado al quehacer cotidiano revolucionario, no se detiene.

¿Quiénes han participado en la elaboración del programa?

–Ha trabajado personalmente en este programa, el reconocido pedagogo brasileño Paulo Freire, también las Naciones Unidas a traves de la UNESCO, y concretamente su presidente; incluso el mismo manifestó que esta experiencia ha de servir como norma para futuras realizaciones. Claro que los modelos alfabetizadores no pueden ser copias, así que nosotros lo hemos adaptado a la realidad nicaragüense. Hay una zona, la costa atlántica, que Somoza no incorporó a la región del Pacífico, no había carreteras, y por otro lado tiene configuraciones propias. A los grupos étnicos del lugar, los misquitos que hablan su propia lengua, y otros que por la influencia colonial británica hablan inglés, no los vamos a alfabetizar igual que al resto. Fundamentalmente se trata de incorporar a esos habitantes de la costa atlántica con el conjunto del país, pero teniendo en cuenta su peculiaridad se ha elaborado una cartilla de alfabetización en misquito y otra en inglés. "Barricada", el órgano de prensa del Frente Sandinista, se edita también en esas lenguas para que tales compañeros reciban información, y lo mismo se hace con los programas de radio.

De todo esto surge que la campaña alfabetizadora trasciende su objetivo técnico, con una proyección social más profunda.

–Concluída esta campaña, habremos asestado un golpe de muerte al somocismo. 45 años de dictadura no se pueden borrar de la noche a la mañana, sino que hay que transformar al hombre, hacerlo nuevo en una sociedad libre, de justicia social, donde el hombre no sea lobo del hombre, sino hermano. Carlos Fonseca, fundador del Frente Sandinista y mártir de la Revolución, cuando les enseñaba a manejar las armas a los campesinos, decía que no solo había que unirlos y organizarlos, sino también enseñarles a leer y escribir. Nosotros seguimos en pie de lucha cumpliendo con este hermoso legado, y el legado nacionalista y antimperialista de Sandino, el general de los Hombres Libres. *

El poder transnacional

Jorge Bragulat

La internacionalización del capital ha cristalizado en el formidable poder de las empresas transnacionales. Sobre tal eje temático iniciamos una serie de análisis que enfocarán distintos aspectos de esta realidad.

La penetración de las transnacionales en América Latina y el resto del tercer mundo, no es sino la forma actual de la evolución de las relaciones entre centro y periferia del capitalismo mundial. Su novedad principal respecto a fenómenos anteriores consiste en que comportan la relativa descentralización de algunos niveles de la función industrial. En esta introducción al tema, trataremos ante todo de describir el modelo operativo de estas empresas y dar una idea de la extensión de su poder.

La característica más relevante de los grupos económicos transnacionales es que articulan su dispersión en el espacio con una dirección central y estrategia global. Tienen gran participación en la producción industrial, aún dentro de los países desarrollados, controlando porcentajes elevadísimos del comercio mundial. Y sobre todo, están en condicones de manejar -y seguir manejando- la tecnología punta. Las filiales instaladas en la periferia no constituyen nunca unidades independientes, y su efectividad se mide simplemente de acuerdo a la aportación al grupo.

Claves estratégicas

Una de las claves de la estrategia transnacional apunta a promover cierta variante de la división internacional del trabajo, para lograr dos objetivos importantes. Por un lado, no integrar nunca bajo una sola soberanía una tecnología que podría ser captada rápidamente, y, por otro, especializar a los países en la fabricación de partes o de algunos productos, según los distintos costos que en ellos resultan. En el caso de Latinoamérica, donde la mano de obra es más abundante y barata, se acentúa lógicamente la tendencia a radicar industrias cuyos costos salariales van siendo cada vez más altos en Norteamérica y Europa.

Otro objetivo prioritario de las transnacionales es asegurarse el abastecimiento de recursos naturales, mineros y agrícolas, y además, controlar los puntos neurálgicos del comercio mundial de esos productos. El control incide directamente en los precios internacionales, pudiendo hacerlos subir o bajar, al extremo de provocar aumentos o caídas en la producción. Es así como los países monoproductores pueden llegar a verse en una situación crítica de su balanza de pagos a causa de una simple especulación. Puede citarse como ejemplo de tales maniobras, el boicot al cobre chileno luego de nacionalizarse las empresas,

En algunos países latinoamericanos se ha intentado controlar la salida de divisas por la vía de limitar los porcentajes de ganancias que las compañías extranjeras pueden girar al exterior. Simples operaciones contables permiten eludir tales restricciones: por ejemplo, la exportación a otra empresa del grupo, a menor precio que el real, reduce en el primer país el monto de ganancias contabilizadas.

Es evidente, pues, que las transnacionales tienden a imponer un esquema de división del trabajo por encima de los propios objetivos de desarrollo de los países en que actúan. También es claro que existe un pérdida total de independencia económica cuando las decisiones más importantes en materia de precios y comercio pueden ser tomadas fuera del país, y cuando la articulación transnacional puede burlar los controles administrativos.

Pero más allá del plano económico, por sobre todo, estas empresas necesitan cierto "clima" político y social, o unas garantías mínimas hacia el capital. Cuando esas garantías se encuentran por debajo de ciertos límites tolerados, no existirán escrúpulos para lograr que se vuelva a la situación anterior, aún recurriendo a medios que lesionan elementales derechos de soberanía: recuérdese la escandalosa intervención de ITT en Chile.

Las garantías para las transnacionales tienen que estar referidas al largo plazo: nadie arriesga una inversión a los vaivenes de una situación política inestable. En muchos casos han preferido la "estabilidad" de los gobiernos dictatoriales, de los que además pueden conseguir, sin discusión parlamentaria, leyes de congelamiento de salarios (clave para los costos de producción), así como legislaciones especiales sobre inversiones extranjeras que les otorgan toda clase de facilidades, les resguardan de posibles expropiaciones, y particularmente les garantizan la libre salida de beneficios.

Magnitudes y esferas de influencia

Las transnacionales concentran el poder económico del sistema capitalista mundial. Para tener una idea de sus dimensiones, y deducir a partir de ello su capacidad de influencia, consideremos que en 1973 las ventas de la General Motors, Exxon y Ford equivalían al producto nacional bruto de Suiza, Dinamarca y Austria, respectivamente. Las ganancias de Exxon en 1979, record absoluto universal, fueron de 4.200 millones de dólares.

El valor añadido de los productos de las transnacionales alcanzaba en 1971 los 500.000 millones de dólares, equivalente al 20 por ciento del producto mundial (con exclusión del área socialista). De continuar esta tendencia, en 1988 llegarán a controlar el 41 por ciento de esa producción mundial.

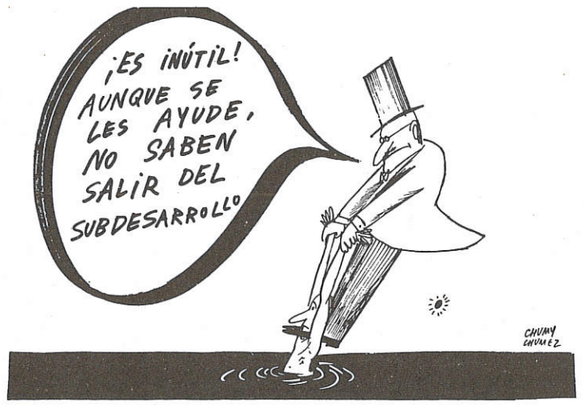
Las inversiones extranjeras en el tercer mundo, se orientaron en general hacia sus ex colonias por parte de las naciones europeas, y hacia América Latina por parte de los Estados Unidos.

Así dos tercios de las filiales de empresas francesas y belgas que operan en países subdesarrollados, se localizan en Africa; el 60 por ciento de las inglesas actúan en Asia y Africa; y el 70 por ciento de las inversiones norteamericanas en el tercer mundo, están en América Latina.

Este reparto de esferas es muy significativo, dado que el poder transnacional siempre mantiene vinculaciones con los poderes estatales, y aunque no se confunde con éstos, su capacidad de presión es obviamente mayor en los países donde tiene su central. Latinoamérica, para apartarse en cualquier sentido de la línea de conveniencia del interés transnacional, tiene que resistir generalmente la influencia de la más grande de las potencias occidentales. Como referente de la extensión de las empresas norteamericanas, agreguemos a los datos anteriores que las 300 mayores y sus 5.200 filiales controlaban, en 1976, el 28 por ciento de las exportaciones mundiales.

Respecto a las inversiones de origen norteamericano en nuestro continente, es notable su ritmo ascendente, que ha pasado de representar el 49,5 por ciento del total de inversiones extranjeras en 1950, al 60 por ciento en 1969.

En tres países principales, Brasil, México y Argentina, el capital transnacional ha llegado a ocupar alrededor de un tercio de la



producción industrial. Pero este índice no refleja la situación real si no se tiene presente que se trata de empesas líderes, industrias estratégicas y de vanguardia tecnológica, que condicionan o subordinan la mayor parte del sector.

En cuanto a su ritmo de penetración, es notoria la ecuación con las respectivas alternativas políticas. Hacia 1950, el flujo de capital extranjero a México casi triplicaba al que ingresaba en Brasil o Argentina. El ritmo de inversiones se mantuvo constante en México, donde las transnacionales ocupaban ya en 1960 un 18 por ciento de la producción industrial, llegando en 1970 al 27,6 por ciento. En Brasil y Argentina, la internacionalización de la propiedad industrial se aceleró a partir de los cambios políticos de mediados de los años cincuenta. En Brasil hay un renovado impulso desde 1964. En Argentina, con discontinuidades, las cien principales empresas extranjeras reunían en 1955 un 9 por ciento de la producción industrial y habían alcanzado en 1970 el 26 por ciento.

Este avance de la participación transnacional en la producción se complementó con la creciente introducción de los grupos financieros, tema específico que merecería un comentario aparte.

El espacio de la ALALC

En 1960 se inició una experiencia promisoria, que tendía a superar las barreras arancelarias entre los países más importantes del área. Argentina, Brasil, Chile, México, Paraguay, Perú y Uruguay suscribieron el Tratado de Montevideo creando la Asociación latinoamericana del Libre Comercio, al que luego adhirieron Ecuador, Colombia y Venezuela. Se preveía eliminar progresivamente los aranceles de numerosos productos en un plazo de doce años.

Lo cierto es que las transnacionales comenzaban a encontrar un marco de disposiciones uniformes que, potencialmente, les permitían integrar sus empresas considerando a América Latina como un solo mercado. Una de las cláusulas establecía que "las naciones pueden negociar acuerdos mutuos de complementariedad de sectores industriales". Las primeras que, al amparo del tratado, buscaron complementación, fueron las transnacionales fabricantes de equipos de procesamiento de datos. De este modo, según la estrategia que antes comentamos, cada país participa en la producción de partes sin que ninguno tenga acceso a la totalidad del proceso tecnológico.

Pero el espacio efectivamente abierto por la ALALC ha sido muy estrecho. La iniciativa ha quedado empantanada por discrepancias, objeciones e inconsecuencias.

A pesar de que el Tratado podría ser provechoso para las multinacionales desde el punto de vista económico, políticamente nuncafue de interés para la política exterior de Estados Unidos, ya que en el largo plazo podía conducir a cierta integración. La preferencia norteamericana por los tratados bilaterales (ejemplificada con el Brasil sobre todo) muestra la tendencia a la negociación aislada y no global, mucho más efectiva para sus objetivos hegemónicos.

Un código de conducta

Las actuaciones, en ciertos lugares escandalosas, de las transnacionales, hicieron llegar a las propias puertas de las Naciones Unidas las voces, a veces de impotencia, de los países cuyas economías dependen de tales empresas. En 1977 la O.I.T. emitió la "Declaración tripartita de principios relativos a las empresas transnacionales y a la política social", referida particularmente a los aspectos laborales. En enero del mismo año se celebra la primera reunión de la comisión creada por las Naciones Unidas para redactar un código de conducta, con el fin de "minimizar los efectos negativos de las actividades de las empresas transnacionales y de intensificar sus efectos positivos".

Hasta el momento, y luego de seis períodos de reuniones, se ven claras las dificultades para definir el alcance real de dicho código, ya que cualquier disposición que contuviese entraría a juzgar alguna situación ya vigente. La realidad de los abusos contrastaría con un contenido mínimo del código de respeto a la legislación interna, a los objetivos de desarrollo de cada país, a los valores socio-culturales, a los derechos humanos y libertades fundamentales. La discusión está centrada en la aplicación voluntaria u obligatoria de estas normas.

La "internacionalización" actual de todos los niveles de la realidad, del mundo mismo, es un hecho irresistible. Así como se proyecta por las empresas en la actividad económica, se registra también en los esfuerzos políticos por contrarrestar sus excesos.

En medio de todos estos problemas, la integración latinoamericana aparece como un interrogante, en todo caso como el escenario de confrontación de posiciones divergentes. De un lado, los pueblos del continente tratan de asumir su futuro y planificar soluciones para emerger del sometimiento, la miseria social y la frustración nacional: cuentan para ello con su potencial humano, cuantiosos recursos naturales y una creciente definición de voluntad política. Por el otro lado, entre los tremendos obstáculos que se les oponen, sobresale la acción que han venido cumpliendo las transnacionales, regidas por el principio implacable de la maximización de utilidades. Un poder económico prodigioso, que tiene evidentes proyecciones políticas, y que se asienta sobre todo en el control tecnológico: basta pensar que cerca del 70 por ciento de los científicos de la humanidad trabajan actualmente para ellas. *

Las ambigüedades de la eurofobia

Eduardo Goligorsky

En esta sección se publicó, en el número anterior, la primera parte de un ensayo de interpretación del peronismo, firmado por uno de los directores de la revista. Se trataba, sustancialmente, de una réplica a dos libros aparecidos en Europa.
El sentido mismo de la sección era abrir un espacio de polémica, y en la presente edición cedemos ese espacio a una contrarréplica. Tratándose de una discusión centrada, entre otros puntos, en la cuestión del pluralismo, no hay mejor modo de tratarla que a través de una pluralidad de exposiciones. Continuará.

El artículo de Hugo Chumbita, "Peronismo: un enigma europeo", es un excelente material para la polémica en la medida en que desarrolla, sintéticamente, la mayoría de las objeciones que determinados sectores "tercermundistas" oponen a una cosmovisión que ellos denominan "eurocéntrica". Y la circunstancia de que dicho artículo denuncie la propensión de los "eurocentristas" a equiparar el peronismo con un movimiento fascista, enriquece aún más la controversia.

A juicio de Chumbita, quienes incurren en semejante equiparación, y por tanto en lo que él interpreta como un peligroso error, no son sólo los europeos propiamente dichos, sino también algunos intelectuales latinoamericanos que han internalizado *"la visión eurocéntrica"* y que son víctimas del *"arraigo de esquemas dictados por el colonialismo cultural"*. Dado que este planteamiento encierra, a mi modo de ver, varios equívocos latentes, creo que conviene encararlo por partes.

Simplificaciones criticables

Términos como "eurocentrismo", con su connotación de una Europa homogénea y unívoca, son harto engañosos, y llevan implícita una simplificación tan criticable como aquella contra la que se subleva Chumbita. Europa fue la cuna de la Declaración de los Derechos del Hombre y del nazismo, de la Ilustración y de las expediciones colonizadoras, del liberalismo político y de la OAS, de portentosos adelantos técnicos y científicos y de formas aberrantes de corrupción y latrocinio. En verdad, la tentativa de sustituir el discurso racional por la apelación a categorías geográficas o metafísicas, desemboca generalmente en discusiones bizantinas como las que giran en torno de los méritos respectivos de Oriente, Occidente o el Tercer Mundo, o al grado de identificación de cada país con una de estas entelequias. En cambio, el debate se encauzaría por carriles más realistas si desglosáramos del conglomerado europeo, y del conglomerado occidental (en todo caso más representativo pues incluye a Estados Unidos), aquellas corrientes ideológicas verdaderamente responsables del fenómeno que impugna Chumbita, o sea, las corrientes que se abrevan en el racionalismo y en el liberalismo político, y que sustentan, con mayor o menor coherencia y perseverancia, los principios de la democracia, el pluralismo y la sociedad abierta.

Una vez practicado este desglose, y aclarado que quienes adherimos a las citadas corrientes encontramos en ellas algunos valores de aplicación universal (sin caer, lógicamente, en dogmatismos y maniqueísmos que por definición deberían sernos ajenos), es fácil entender nuestra renuencia, cada vez mayor, a comprometernos con lo que interpretamos como variantes del autoritarismo, del mesianismo o del irracionalismo. Curiosamente, aplicando este patrón, muy distinto de la disyuntiva "eurocentrismo-eurofobia" u "Oriente-Occidente," también es más fácil entender porqué, mientras Chumbita atribuye incomprensión a las izquierdas liberales respecto del peronismo y otros movimientos análogos, las dictaduras del Cono Sur se la atribuyen a las democracias liberales respecto de las "peculiaridades" de sus regímenes represivos. O por qué la tan vapuleada OEA demuestra más preocupación que la Conferencia de Países No Alineados por lo que sucede en la Argentina.

Coartada peligrosa

El concepto de "peculiaridad", que todos parecen reivindicar y que es tan estimable cuando encaja en un contexto de respeto por las diferencias entre pueblos, culturas e idiosincracias dentro de un nivel mínimo de convivencia civilizada, puede convertirse imprevistamente en una coartada peligrosa para justificar la apatía o la complicidad ante las violaciones más inicuas de los derechos humanos. No se trata, claro está, de caer en el extremo opuesto, no menos peligroso, y de postular la intervención armada para "salvar"a las presuntas víctimas, sino, sencillamente, de terminar con el miedo a ser tachados de colonizadores o colonizados culturales cuando aplicamos nuestras pautas liberales, pluralistas, a las contingencias de los países donde aquellas no rigen.

Es penoso observar, por ejemplo, cómo muchos intelectuales de las sociedades desarrolladas se aferran a la muletilla de la "peculiaridad" para desentenderse de las tragedias que viven algunos pueblos del llamado Tercer Mundo, o peor aún, para justificarlas. Aparentemente los paraliza el temor de caer en los mismos excesos en que incurrieron sus compatriotas colonizadores tiempo atrás, y a manera de compensación y expiación renuncian a su espíritu crítico, se declaran incompetentes para juzgar culturas ajenas y urden, a veces, bochornosas apologías de la irracionalidad y la barbarie. Pensadores de primera línea se complicaron, por acción u omisión, con las puerilidades del catecismo maoísta y con los delirios de la "revolución cultural", así como antes habían comulgado con las atrocidades de Stalin y con las extravagancias de Castro, y como hoy rescatan los "elementos positivos" de los ayatollahs. Nadie recuerda, en fin, que así como el Sha disfruta de la hospitalidad de Sadat, Idi Amin disfruta de la de Gadaffi. Y que Ben Bella sigue confinado.

Todo lo cual obliga a hacer una salvedad. Estos intelectuales, que creen haber hallado la vía para purgar, mediante la humillación y la flagelación públicas, los pecados de sus mayores, exhiben, en última instancia, una dosis de racismo sin precedentes. Para ellos, la expiación no es más que una pirueta ejecutada desde las cómodas metrópolis, en tanto que quienes sufren realmente las consecuencias de la "peculiaridad" -teocrática o socialista- que tanto los entusiasma, son los pueblos que el colonialismo reputaba "inferiores" y que hoy continúan siendo víctimas de manipulaciones degradantes. En la actitud de estos intelectuales alérgicos a las generalizaciones liberales y pluralistas parece subyacer la convicción de que la Declaración de los Derechos Humanos es patrimonio exclusivo de los habitantes de los países desarrollados, en tanto que ciertas razas predestinadas al sacrificio deberán resignarse a servir de conejillos de Indias en los laboratorios del "Tercer Mundo".

Por supuesto, la realidad es mucho más compleja de lo que suponen los teóricos, y los grupos nacionales, religiosos o étnicos, que hipotéticamente deberían estar disfrutando del papel peculiar que les tocó en suerte, sacuden periódicamente al mundo con su modesta pretensión de alcanzar, por lo menos, los derechos que la burguesía francesa conquistó en 1789. No en vano fueron los mismos chinos quienes demolieron el mito retrógrado y chauvinista de la "revolución cultural" en aras de un tímido comienzo de modernización dirigida por sus nuevos autócratas.

La tentación panfletaria

Volviendo al caso argentino, creo que la actitud de los sectores influidos por el pensamiento liberal es más comprensible cuando se la enfoca en función de la antítesis "autoritarismo-democracia" que cuando se hace intervenir un factor tan ambiguo y plagado de contradicciones como lo es el "eurocentrismo".

Es cierto que, empujados por un exagerado afán de simplificación, y tal vez por la tentación panfletaria, algunos liberales han identificado al peronismo con el fascismo, como nos recuerda Chumbita. Pero ello no ha sido producto de una visión eurocéntrica sino de la pereza intelectual y el esquematismo, dos vicios demasiado frecuentes en todas las sociedades y en todas las corrientes ideológicas. Uno de los fenómenos más lamentables de nuestra época es la tendencia a reemplazar los razonamientos por los epítetos, y es raro el grupo o el individuo al que no le hayan colgado alternada o simultáneamente los sambenitos de "fascista", "comunista", "reaccionario", "subversivo" o "agente del imperialismo". Sin embargo, no son estos exabruptos los que interesan, sino las evaluaciones argumentadas y explicadas.

La aplicación de la antítesis "autoritarismo-democracia" a la Argentina tampoco es caprichosa o arbitraria. El mismo Chumbita nos recuerda que Latinoamérica fue hechura de Europa y que está compuesta por *"países prácticamente fundados por la colonización europea, organizados en base al mismo modelo de Estado, integrados al sistema mundial capitalista y la "cultura occidental"*, lo cual no obsta, a su juicio, para que pertenezcan a *"un orden periférico contrapuesto al mundo desarrollado"*. En lo primero estamos de acuerdo, en lo segundo no tanto. La Argentina, específicamente, asimiló el modelo de Estado que copiaron sus organizadores, y junto con él institucionalizó ciertas normas de convivencia democrática que tenían muchos puntos en común con las de las sociedades altamente desarrolladas, y que sólo se podían comparar, en América del Sur, con las de Uruguay y Chile. Incluso durante el interregno de la "década infame", estas normas sirvieron para encarrilar progresivamente el proceso político hacia un cambio potencial, cuyo ejemplo más acabado fueron las gobernaciones de Sabattini y Del Castillo en Córdoba.

Fue entonces cuando hizo su irrupción el peronismo, en una coyuntura muy particular de la Argentina y el mundo. Según el mismo Chumbita, en los orígenes del nuevo movimiento se notó la influencia del fascismo europeo (¿otro eurocentrismo de signo opuesto?) que *"aparece en cierto modo (¡!) como tercerista"*, y la intervención de *"ciertos elementos de ideología fascista"* que *"si bien fueron superados o desechados en el curso de la experiencia posterior, configuran un dato superestructural importante para conocer el peronismo. Pueden explicar algunos enfoques doctrinarios de la propuesta inicial de Perón, ciertas técnicas de propaganda, sus relaciones con determinados círculos militares, afinidades personales, etc. Pueden explicar también la subsistencia en el justicialismo de grupos de orientación pro-fascista."*

Abjurar de los prejuicios

Tiene razón Chumbita cuando afirma que *"es inadmisible deducir de esto la naturaleza fascista del peronismo"*. Sin embargo, tampoco es necesario incurrir en *"alienación ideológica, autodefiniéndose según pautas impropias pero que gozan de crédito en Europa"*, para pensar que estos elementos, sumados a otros muchos, justifican la desconfianza de los partidarios del pluralismo democrático frente a un movimiento que, tanto cuando ejerce el poder como cuando es perseguido, tanto cuando se inclina hacia la derecha como cuando se orienta hacia la izquierda, demuestra una marcada predilección por los modelos autoritarios.

Mucho más demostrativa que las lucubraciones de Sergio Vilar y Mercier Vega, contra las que arremete Chumbita, es la evocación de los organismos represivos que, fundados durante la "década infame", sobrevivieron, prosperaron y dejaron víctimas durante el régimen peronista (Sección Especial, Orden Político, Orden Social), de las maniobras legales -doblemente sintomáticas por lo superfluas- encaminadas a limitar la representación parlamentaria de las minorías (sistema electoral por circunscripciones con distritos amañados), de la intolerancia para con las formas de cultura no oficial (clausuras de teatros independientes, prohibición de obras como "El malentendido" de Camus, reivindicación de la consigna "Alpargatas sí, libros no", expulsión perentoria del poeta español León Felipe), de la insolidaridad con otros pueblos de América Latina (prisión de los exiliados guatemaltecos tras el derrocamiento de Arbenz), de la persecución a la prensa opositora, de la cálida acogida a los criminales de guerra nazis y fascistas, etcétera.

Por eso, creo que hoy, cuando de lo que se trata es de buscar los medios para reimplantar en la Argentina las normas de la convivencia democrática, no puede haber nada más contraproducente que ver en ellas una *"internalización de la visión eurocéntrica"* o *"el arraigo de esquemas dictados por el colonialismo cultural"*... aunque admitir la vigencia universal de dichas normas implique abjurar de un cúmulo de prejuicios asociados a experiencias políticas pretéritas. Proceder de otra manera, empecinarse en la búsqueda de salidas "peculiares" y "autóctonas", nos conducirá rectamente a una encrucijada como la nicaragüense, de la cual los teóricos de la revolución extraerán abundantes hipótesis, mientras el pueblo permanece tan ajeno como en tiempos de Somoza al ejercicio de aquellas libertades que para los argentinos siguen siendo elementales, pero que Ernesto Cardenal no vacila en calificar, con desaprensión mesiánica, de "burguesas". (Ante las objeciones que seguramente provocará este aserto, insisto en que sería flagrantemente racista presumir que el pueblo nicaragüense está inhabilitado para disfrutar de las libertades "burguesas" que los argentinos consideramos elementales, por muy traumática que haya sido su experiencia pasada, como hoy lo es la nuestra.)

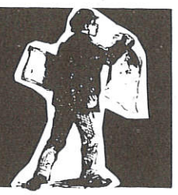
Precisamente porque considero que el remedio para esta experiencia traumática debemos buscarlo en el pluralismo y no en fórmulas paternalistas o autoritarias, me permito aconsejar la lectura prolija de uno de los trabajos más lúcidos que se han publicado sobre este tema -"Juicios y responsabilidades: ¿pero quién nos quitó la democracia?", de Javier Roberto Eliecer, *Controversia*, México, Nº 4- del cual, ante la imposibilidad de reproducirlo íntegramente, me limito a extractar un fragmento:

"Las prioridades son recuperar la conexión básica que convierte en un humanismo real a una política democrática de principios, de la cual pueda surgir y afianzarse un nuevo nivel de tolerancia y una efectiva pluralidad de opiniones.

"Secretamente, los argentinos envidian la democracia que no tienen. Sin embargo, la responsabilidad mayor por su ausencia no reside en fuerzas reaccionarias de actitud previsible sino en aquellas pretendidamente progresistas, que deberían haber sido las primeras en evaluar adecuadamente quiénes son los primeros beneficiados de una paz democrática y quiénes los primeros perjudicados por su violación.

"Toda fuerza de salvación nacional que se proponga intervenir en la Argentina del mediano y largo plazo deberá concretar una profunda revisión de su pasado y criticarlo en público y a viva voz. En dicha revisión la idea primordial no deberá ser subrayar los males que otros hicieron sino limitarse a los propios errores y aportar con seriedad las propias propuestas". ✱

REVISTA DE PRENSA



Aislamiento, incomunicación, desinformación son algunos de los grandes problemas que enfrenta la diáspora latinoamericana. Para contribuir a aliviarlos inauguramos esta sección, en la que reproducimos opiniones que nos parecen significativas. Opiniones con las que coincidimos o con las que disentimos, pero cuya difusión es, por un motivo u otro, útil. En esta primera entrega se incluyen sendos textos del dirigente socialista uruguayo Vivian Trías, de la escritora argentina Liliana Hecker —una polémica visión del exilio por los que "se quedaron" publicada en una revista de restringido tiraje— y, finalmente, de Mariano Grondona, uno de los más notorios ideólogos del poder militar argentino.

Brasil - Argentina, clave de la integración

Brasil, aprovechando la crisis argentina, ha extendido su influencia por el resto de Iberoamerica. Dos acontecimientos hay que señalar al respecto. a) La aproximacción a Venezuela, poder emergente y cuyo Presidente, Andrés Pérez, fue el primer jefe de Estado venezolano que visitara Brasil. El objetivo: vencer las resistencias de Caracas a la firma del Pacto Amazónico. Este, luego de largas y pacientes gestiones de Itamaraty, se suscribe el 3 de julio de 1978 en Brasilia. Es un "Tratado de Cooperación Amazónica", destinado a frenar toda tentativa de "internacionalización" de la cuenca postulada por los Estados Unidos y a unir a los firmantes -Brasil, Bolivia, Colombia, Perú, Venezuela, Ecuador, Guyana y Surinam- en la planificación conjunta de la explotación de tan rica región. Es la idea de Travassos. El desarrollo horizontal, oeste-este, para competir con el desarrollo longitudinal, norte-sur, de la cuenca del Plata favorable a Argentina. Y tal como Travassos predijo, el acuerdo entre todos los países de la cuenca Amazónica los atraería hacia el Brasil; el 4 de octubre de 1979 los cinco países del Pacto Andino -Venezuela, Colombia, Perú, Bolivia y Ecuador- resolvieron buscar una "vinculación efectiva con Brasilia" en el "Acta de Panamá", firmada por sus jefes de Estado en ocasión del traspaso de la mayor parte de la zona del Canal a la soberanía panameña. b) La intervención decisiva de Brasil en la reunión de la OEA en que se debatió la crisis nicaragüense, para neutralizar la maniobra norteamericana de lograr una solución transnacional que dejara al margen al sandinismo.

Es indudable que Brasil procura ser la primera potencia americana, para alcanzar *status* de potencia mundial. Los viajes y acuerdos logrados por el expresidente Geisel en Francia e Inglaterra, el acuerdo nuclear con Alemania, la activa diplomacia brasileña en Africa -no debe olvidarse cuánto de africano hay en la formación del Brasil- y su visible acercamiento a posiciones tercermundistas, prueban la existencia de esos propósitos en la larga perspectiva. Hay quienes opinan que Brasil procura ser un mediador entre el Tercer Mundo y las potencias industriales, apoyando a veces a aquel y otras a éstas. Puede ser un juicio acertado para determinada fase de la evolución de la política exterior de Itamaraty. Pero no considerada como una tendencia. Es difícil mostrar en los últimos dos años hechos en que Brasilia haya apoyado a las potencias imperiales contra el Tercer Mundo y sobran sus decisiones claras en favor de las naciones de éste. La vocación de potencia mundial proviene de la dinastía Braganza que se trasladó a Río en 1807, y la idea de ser primero una potencia americana, para retornar al primer plano internacional fue propuesta al rey Juan VI y aceptada por éste en 1815, por don Antonio de Araújo, conde a Barca. En el fondo, el insobornable nacionalismo expansivo creado por las bandeiras y convertido en factor inherente de la política exterior brasileña. El "pragmatismo responsable" es el resultado de tradiciones de varios siglos de persistencia acumulativa. ¿Cómo anudar esa ambición nacional, con una democracia pluralista y un gobierno popular? La respuesta parace simple: trocar la aspiración hegemónica por liderazgo. Brasil podría intentar convertirse en el líder único, en el catalizador de la unidad iberoamericana. Somos muy escépticos con respecto a esa posibilidad. Para los ojos hispanoamericanos, tratándose de Brasil, entre hegemonía y liderazgo no cabe ni el filo de una hojilla de afeitar. Por eso hace falta la presencia argentina. El bloque argentino-brasileño, regido por regímenes populares y liberadores, es una doble garantía contra cualquier tentación de predominio. Aldo Ferrer dice bien que, para que cuaje la integración iberoamericana, es necesario que las necesidades apremien hasta constituir una "masa crítica". No será fácil que ocurra si se trata de conciliar más de 10 estados, grandes, medianos, pequeños y heterogéneos. Es mucho más viable y rápido que esta "masa crítica" se produzca en un bloque brasileño-argentino y que éste precipite la integración liberadora de todo el continente. Perón dijo que el año 2000 nos sorprenderá unidos o sometidos. Solo faltan 20 años: Medidos en "tiempo histórico", pasado mañana.

El concepto de "masa crítica" de necesidades para precipitar la integración, lo expuso Aldo Ferrer en conferencia dictada en Montevideo a mediados de 1979. No conocemos ningún trabajo escrito suyo sobre el tema. Es, sin duda, una idea rica y preñada de posibilidades. Dado que la necesidad de la integración, sin la cual no habrá desarrollo, es mucho más aguda en las masas que son las que exigen satisfacer imperativamente sus aspiraciones, la democracia política es el medio indispensable para que ella se produzca, pues, en la coyuntura actual del continente, solo por ese camino aquellas podrán asumir la dirección del Estado. De ahí la significación del proceso brasileño y la gravedad del drama argentino. Nuestra impresión es que el pueblo argentino sigue siendo "tendencialmente peronista", de ahí que el rumbo ideológico que asuma el "peronismo sin Perón" es una clave decisiva para que pueda consagrarse ese bloque catalizador brasileño-argentino. Por algo los oídos del continente se vuelven ansiosos a la "ausencia argentina" en el ajedrez de la política iberoamericana.

VIVIAN TRIAS
"Nueva Sociedad" nº 45
Caracas, noviembre-diciembre, 1979

Exilio y Literatura

En los últimos tiempos -y según ciertos enfoques más emotivos que rigurosos- los escritores argentinos damos la impresión de no ser más individuos diversos, discutibles en tanto escritores, concientemente inmersos o no en nuestra realidad; un milagro ha borrado los matices; hoy somos una especie de abstracción que cabría dentro de una de estas dos categorías neoplatónicas; radicados en el exterior, *lo que equivaldría a "condenados fatalmente a vivir lejos de la patria", o* radicados en la Argentina, *lo que equivaldría a "mártires o muertos en vida". No discuto que en muchos casos, la difusión de este esquema responda a un propósito de solidaridad intelectual. Tampoco discuto que se origine en situaciones individuales bien concretas. Lo que pongo en duda es que la situación general del escritor argentino -que por ejemplo, no es exactamente igual a la del escritor paraguayo o chileno; que tiene características, problemas y salidas propios y que por lo tanto exige que se lo analice en su peculiaridad- dudo, decía, que esa situación encaje en el esquema consignado.*

En primer lugar, esto proporciona una coartada y justifica la inacción; si estamos afuera, el exilio por sí mismo ya supone una "causa" e implica una "protesta" ¿para qué intentar algo más? Si estamos en el país, la realidad nos impone el silencio; nada podemos hacer; sin contar con que "ya cargamos con nuestra cruz" por el simple hecho de estar acá. En segundo lugar, este esquema postula implícitamente el congelamiento de la cultura nacional, su imposibilidad absoluta de desarrollarse en -contra- una nueva circunstancia histórica y, en consecuencia,de incidir sobre esa circunstancia; en el exterior, la fatalidad misma del exilio impondría la desvinculación con el proceso cultural argentino, en la Argentina, el medio nos obligaría a la parálisis.

Un artículo publicado por Julio Cortázar en la revista colombiana Eco *(Nº 205, noviembre de 1978) contribuye -no intencionalmente pero de manera decisiva- a este esquema (...)*

El propio Cortázar tuvo la honestidad de declarar, alguna vez, que él se fue de la Argentina en 1951 porque los altoparlantes peronistas no lo dejaban escuchar tranquilo a Bartok. Nunca, hasta ahora, intentó justificarse por su condición de exiliado y si algo realmente lo justificó, para nosotros, fue la obra literaria excepcional que escribió, en París, pero con lenguaje argentino, y su manera de ir modificando aquella primera concepción sobre el ruido y Bartok.

Ya refiriéndose a los últimos años, Cortázar habla de su exilio físico y su exilio cultural. En cuanto al exilio físico, declara que si bien es muy posible *que pudiera entrar a la Argentina sin dificultad, lo que* sin duda *no podría es volver a salir. Creo que los dos modos adverbiales son un poco excesivos: matemáticamente es probable que si Cortázar decide venir, se presente algún tipo de dificultad, salvable o no; en cuanto a que "sin duda lo que no podría...", ese mecanismo de argumentar* a priori *se parece bastante al de la autocensura, algo que siempre hace más daño que la censura misma. Verbigracia: si María Elena Walsh hubiera supuesto que* sin duda *su magnífico artículo* Argentina país-jardín de infantes *no iba a ser publicado y, por lo tanto, no hubiera hecho ningún intento porque se publicara, los argentinos habríamos perdido algo que hace directamente a nuestra cuestión cultural y a nuestra libertad. Son los avances que va dando el escritor respecto de los límites impuestos, y no la aceptación protestona de la Fatalidad, lo que modifica la historia cultural de un país y, por lo tanto, la historia. Cortázar puede elegir o no la tentativa de venir, de acuerdo al sentido que le otorgue a un posible viaje, lo que no puede es justificar su no-viaje presuponiendo la infalibilidad de la derrota, porque esto es estar fijando, también, un modelo de conducta. (...)*

No somos héroes ni mártires. Ni los de acá ni los de allá. El alejamiento, la permanencia en el propio país, en sí mismos carecen de valor ético. Los "esfuerzos que los sufridos intelectuales llevan a cabo para mejorar un aspecto de la Argentina", de que habla Marta Lynch en El duro oficio de ser argentinos (Clarín, Cultura y Nación, *2 de agosto de 1979) también son una bonita generalización, una mera retórica de justificarnos en montón. Se puede ser un traidor adentro o afuera, un gran escritor en el propio país o en el extranjero. Se puede asumir una perspectiva nacional aun en el exilio y escribir desde la torre de marfil en el propio suelo. Qué hizo, qué hace un escritor con sus palabras, esa es la cuestión última.*

Ya sabemos que no estamos en el mejor de los mundos. Que muera o se silencie un solo hombre, aquí o en cualquier lugar del mundo, sin que nadie responda por su libertad y por su vida, ya es un hecho de tanto peso como para que signe cada una de nuestras palabras y de nuestros actos. Pero no aceptamos que se lo transforme en nuestro *símbolo. Por que eso sería aceptar como símbolo la muerte. Y a nosotros, acá, nos toca hacer aquello que Cortázar, ahora sí con toda su lucidez de escritor, recomienda a los latinoamericanos residentes en Europa: sumergirnos en nuestra situación y volverla un hecho positivo. No aceptamos, de París, la moda de nuestra muerte. Es la vida, nuestra vida, y el deber de vivirla en libertad lo que nos toca defender. Por eso nos quedamos acá, y por eso escribimos.*

LILIANA HECKER
"El Ornitorrinco"
Buenos Aires, 1979

El águila, el oso y el cóndor

Las relaciones entre el cóndor y el águila han recibido una atención absorbente en los últimos tiempos. Es natural. Tanto el inesperado "castigo" al que nos sometió por diversos canales la principal potencia de Occidente por el grave delito de haber defendido vigorosamente a Occidente, como las iniciativas más recientes para reparar el daño inferido -misiones Goodpaster y Smith- concentraron la atención de los argentinos. Paralelamente, sin embargo, nuestro país iba desarrollando todo un sistema de relaciones con la Unión Soviética que, si pareció al principio funcionar como "variable dependiente" del deterioro Washington-Buenos Aires (esto es, como palanca para obligar a Washington a prestar atención a Buenos Aires), ha tomado un vuelo tal que obliga, a esta altura de los acontecimientos, a un análisis independiente.

El oso -lo sabemos- juega doble. Nosotros, a su repecto, también. El mecanismo de agitación y propaganda del comunismo soviético, vía Cuba, estuvo detrás de la insurrección terrorista en Argentina. Le dimos su merecido. En otro plano, en el plano superficial pero igualmente real de las relaciones de Estado a Estado, la Unión Soviética se fue convirtiendo sin embargo, y casi al mismo tiempo, en un polo alternativo de relaciones para una Nación como la nuestra que sufría son sorpresa y con dolor el ataque sistemático de las naciones que ella admira en los foros internacionales por haberse defendido contra... ¡el ataque subterráneo de ese polo alternativo! ¿A dónde iríamos en busca de votos que aliviaran el asedio en esos foros? Nos atacaban las naciones de América del Norte y Europa Occidental -"nuestras" naciones-. Nos defendieron las naciones del Tercer Mundo y el bloque soviético -"esas" naciones-. Nos atacaban nuestros amigos. Nos defendían nuestros amigos latinoamericanos, los extraños, nuestros enemigos. Llegando al absurdo de aceptar en silencio que los Estados Unidos, a los que nos une la alianza militar del pacto de Río de Janeiro, rehúsen no ya darnos crédito o ayuda militar sino también 'vendernos' armas y repuestos militares. ¿Qué clase de alianza ha llegado a ser ésta? Aún hoy, en medio del "deshielo", esta perspectiva continúa porque la Casa Blanca y el Departamento de Estado -que buscan reconciliación- no manejan al Congreso -autor de la ley que lleva el nombre del senador Kennedy y que prohibió la venta de armas y repuestos militares a la Argentina-. Comprendemos el argumento pero nos preguntamos a la vez: ¿es que el Congreso no forma parte, acaso, de los Estados Unidos? ¿Hasta dónde llega entonces el clima de la reconciliación?

Los picotazos del águila nos llevaron hasta el oso. Por diversas vías. Hubo, primero, el hecho puro y simple de que, deficitaria en alimentos, la Unión Soviética es un cliente natural -un gran cliente natural- de la Argentina. Hubo, además, el hecho de que la Unión Soviética, si bien tecnológicamente corre detrás de Occidente, está en algunas materias como las turbinas hidroeléctricas en muy buen nivel y podía, por lo tanto, ofrecernos alternativas para Salto Grande, para el Paraná Medio, en un momento en que el gobierno Carter trataba de estrangular los créditos internacionales del BID, el Banco Mundial y el Eximbank, Esto se ha contenido en parte con el esfuerzo norteamericano por participar activamente en el emprendimiento de Yaciretá Apipé. Después vino el debate sobre el boicot de granos. La Argentina, que sabe y acepta como un hecho el doble juego frente al comunismo, no comprende el intento norteamericano de disparar desde un nivel -el comercio, la diplomacia, el deporte- contra otro nivel -las armas, el terrorismo, la "tercera guerra" en curso-. La Argentina cree que las reglas del juego son: comerciar arriba y matarse abajo. No mandar atletas o granos a Moscú no impide la caída de Afganistán. Lo que hay que hacer, en todo caso, es mandar armas a los rebeldes de Afganistán. O replicar, por ejemplo, invadiendo en otra parte. Lo que hay que hacer es resistir en Nicaragua o en El Salvador. Lo que hay que hacer es no frenar el brazo de Turbay Ayala en Colombia. Cada nivel tiene sus reglas. Porque no creía en el intento ingenuo de unificar los dos niveles, la Argentina no adhirió al boicot.

MARIANO GRONDONA
"Carta Política" Nº 76
Buenos Aires, abril 1980

CRITICA

¿Una narrativa de la violencia?

HUMBERTO CONSTANTINI
De dioses, hombrecitos y policías
Editorial Nueva Imagen, México, 1979.

El fenómeno de la violencia de estado que asola a los países del Cono Sur, ¿encontrará su reflejo en la literatura? ¿Podrá una realidad tan traumática y desquiciadora ser contenida en los moldes de la narrativa, hallará en ellos sus claves? ¿Había un ciclo literario de la violencia? Ciertos indicios -anticipos, algunas obras que llegan ya a la imprenta, noticias- parecen afirmarlo. Ha pasado la apabullante inmediatez de la persecución, transcurre la pausa del exilio interior o exterior que, aunque más no sea por el influjo apaciguador del tiempo, relaja las crispaciones, realimenta el recuerdo y fecunda la recreación, posibilitando el respiro necesario para el trabajo creativo.

Dicho lo cual, no debe olvidarse que ese mismo período histórico es también novelizado por escritores de derecha. Allí están, por ejemplo, novelas como *"Momento de morir"* de Abel Posse (Editorial Emecé, Buenos Aires, 1979) que desde un prisma antipopular retrata con corrosiva crueldad las flaquezas y miserias del trienio 1973-76 en Argentina. Literatura tendenciosa, como, desde un ángulo opuesto, lo es el libro de Constantini: sólo la respectiva vigencia literaria dirimirá sus supervivencias.

En ese marco temático -el de la violencia política- se inscribe "De dioses, hombrecitos y policías". Primera novela, creemos, de un veterano cuentista argentino, en la que cristaliza su persistente esfuerzo por remontar los cauces más trillados del verismo social. Constantini intenta conjugar varios planos: la crónica puntual de la violencia, su refractación satírica, la pincelada del costumbrismo porteño y una pátina fantástica que sobrevuela -literalmente, pues su ámbito es el espacio celeste- la acción.

La construcción del libro es esforzada. Se trata de reconstruir un episodio paradigmático de la violencia parapolicial inmediatamente previa al golpe de 1976. En un barrio de Buenos Aires, un comando va a ejecutar un "escarmiento": la guerrilla ha asesinado a un general y deben ser secuestrados y muertos doce "rehenes". El azar o la irracionalidad de aquella represión desenfrenada trastoca la lógica y el castigo atroz va a recaer sobre un grupo de inocentes.

A partir de este hecho y huyendo de la pura crónica, Constantini trabaja esta materia, desmenuzándola y reconstruyéndola en tres niveles y a través de tres discursos narrativos. Uno, mítico: el de los dioses que gobiernan la acción y que la miman de manera coral. Otro, costumbrista: la historia de un patético club de poetas aficionados y suburbiales, contada por uno de ellos con una retórica coloquial llena de apuntes irónicos. Finalmente, la peripecia policial, vertida a través de un chisporroteo verbal ya lanzado al sarcasmo puro.

El autor utiliza una de las formas más obvias para distanciarse de la quemante materia de su libro: la sátira. Pero, se dirá, ¿es posible aludir en esa clave a una realidad que es inevitablemente trágica? La repuesta, quizás, la dio Goethe hace casi doscientos años: "En arte no se puede hablar de sufrimiento".

En el libro de Constantini hay un ímpetu gozoso de narrar que atraviesa impertérrito todo el andamiaje técnico y transporta al lector en una carrera página tras página, hacia el final, al que varias vueltas de tuerca tornan complejo, enriqueciéndolo en matices. Y el lector, ante el escalpelo filoso del autor, sonríe. Ríe francamente.

Claro que, tras esa alegría narrativa, tras ese deleite de la burla, se adivina la palpitación amarga de un universo habitado por la crueldad y el avasallamiento.

Federico Giralt



Benedetti y la tortura

MARIO BENEDETTI.
Pedro y El capitán
Editorial Nueva Imagen, México, 1979.

El Galpón, el teatro profesional independiente tal vez más importante del Uruguay, presentó en Barcelona la obra teatral del autor de *"La Tregua"*.

Fue una representación fiel, de alta calidad profesional, del texto dramático de Mario Benedetti, que enfrenta en un escenario desnudo a Pedro con el "capitán", al prisionero político torturado hasta la muerte con el coronel que lo interroga después de las sesiones de tortura.

A lo largo de cuatro escenas el prisionero, cada vez más desecho físicamente, investido del sólo poder de su negativa a delatar, va convirtiéndose en el verdadero acusador, mientras el coronel termina implorándole en vano el mínimo de información que le proporcione una justificación de la tortura, "la mediocre justificación de la eficacia", no ya para "salvar al régimen", sino "para salvarme yo".

Concluída la representación, los miembros de El Galpón dialogaron con el público. Se refirieron a la actividad que desarrollan en Méjico, país donde residen en calidad de exiliados y donde gozan de la condición de actores profesionales. Pero también transmitieron cuanto sabían de la actividad teatral que se desarrolla en territorio uruguayo, de las nuevas figuras y voces que la pueblan y del estilo oblicuo y sutil de comunicación que esos creadores deben aprender y practicar.

En cuanto a la obra de Mario Benedetti, plantea la falacia de la justificación de la tortura como medio infalible para obtener una información necesaria. Y también lo difuso de su responsabilidad: desde su función de "bueno" en los interrogatorios, el coronel es tan responsable como los profesionales de la tortura a sus órdenes. Pero asimismo participan de esa responsabilidad los millones de torturadores "no realizados", los que, manteniendo las manos limpias, aceptan implícitamente que la tortura se convierta en método diario de consecución de sus intereses. En este sentido la obra apunta a la inexorable destrucción personal del coronel, pero también de los regímenes fundados en la aniquilación de la integridad humana.

En su extrema situación límite, el prisionero *vive* la dialéctica que ha fundado su accionar: *"Usted me ofrece que viva como un muerto, y antes que eso prefiero morir como un vivo"*.

Centrada en la tortura, en el cómo se resiste el padecerla y cómo se resiste el practicarla (esa obsesión cotidiana en nuestros países) la obra no logra consolarnos con su noción de la derrota moral del coronel. Por el momento nos resulta imposible percibir la vulnerabilidad que su "mala conciencia" otorgaría a los regímenes militares del Cono Sur. Lo que no deja lugar a dudas es, en cambio, su conciencia de triunfadores, a quienes todo se les justifica.

Urgidos, como estamos, a superar las múltiples formas de quebrantamiento y desmoralización, ansiosos por replantearnos de dónde extraer energías para concebir un proyecto válido de vida y de país, por hacer fecundo este proceso doloroso, encontramos que la obra adolece de cierta abstracción y de cierta redundancia. No es la exaltación de heroísmo ni la condena moral del enemigo lo que en este momento mejor satisface nuestras demandas. Nuestra confianza en la recuperación del ascendente proceso de conciencia social y política tan brutalmente conculcado no puede ser un acto de fe, sino una voluntad colectiva producto de un análisis lúcido, cuyos cimientos están aún por echarse. Los necesitamos, puesto que, a menos que declinemos de nuestros objetivos, el futuro de nuestros países ha de verse necesitado de muchos Pedros y poblado de muchos "capitanes".

Marta Vassallo

voces del exilio

La República: tres años



Con su edición de febrero de 1980, ha complido ya tres años de existencia el periódico *La República*, órgano de la Oficina Internacional de Exiliados del Radicalismo Argentino, con sede principal en París. Instrumento de *"esclarecimiento y denuncia"*, centrado en el objetivo de la reparación democrática, *"se nutre del esfuerzo de los exiliados radicales que aceptan la disciplina de la organización, pero reivindican su independencia creativa en una situación de emergencia como la que los argentinos estamos vivie ndo en nuestro país y en el mundo"*. Inspirador de este agrupamiento, el ex senador *Hipólito Solari Yrigoyen* continúa una militancia cuya puntual definición está contenida en el editorial del número aniversario. En el mismo, reivindicando la ortodoxia yrigoyenista y asumiendo los problemas del momento actual, se proclama que *"No transaremos con la dictadura, ni con su "proceso de reconstrucción nacional", ni con sus bases políticas, ni con sus convergencias, ni con sus trampas"*. Las propuestas alternativas son una democracia integral pluralista, plena participación social, una economía mixta con *"nacionalizaciones selectivas que modifiquen la naturaleza del poder"*. Citando a Arturo Illía -*"la palabra socialista no es tabú para el radicalismo"*- se señalan afinidades con fuerzas de la 2ª Internacional *"sin comprometer nuestra independencia"*, sobre la base de una concepción del socialismo *"inseparable de la noción de libertad"*. *(Boite postale 353, 75626, París).*

PEN Club Latinoamericano



La constitución del PEN Club Latinoamericano en España tiene una significación si se quiere ingrata, en la medida que expresa, sobre todo, la "América peregrina" de los intelectuales expatriados por las dictaduras. Pero es un hecho feliz en cuanto inaugura posibilidades fecundas de comunicación entre escritores de diversas latitudes de la patria grande. La institución, presidida por *Carlos M. Rama*, con *Juan Carlos Onetti, David Viñas* y *José Donoso* como vicepresidentes, ha postulado para el Premio Nobel de Literatura precisamente a uno de sus miembros, Onetti, en quien se señala, además del reconocimiento universal a su obra, una honrosa trayectoria democrática que le ha valido la persecución y el exilio. Entre otras actividades cumplidas, cabe destacar el "Informe sobre latinoamericanos en España en 1979" publicado a fines del año pasado, donde se reseñan datos y elementos del problema, formulando un petitorio de soluciones concretas. *(Apartado 20045, Barcelona).*

Exodo y nexo de los orientales



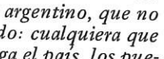
Otra publicación, aparecida este año, refleja el dinamismo de la Asociación "Amigos del Uruguay", más conocida como Casa del Uruguay en Barcelona. *"Nexo"* surge como vocero de este centro de reunión que preside *Hugo Martínez Trobo* y cuyo vicepresidente es *Enrique Mendez*. Sus páginas trasuntan la consecuencia de los orientales emigrados en el trabajo cultural y artístico, la preocupación por su integración en España, concretamente en Cataluña, y el subsi st ente compromiso con el país desvastado por la dictadura. El renovado éxodo uruguayo, si bien tiene una clave política similar al caso de Brasil, Chile, Argentina, responde asimismo a causas económicas y sociales más hondas, y hasta parece una especie de signo histórico. Entresacamos al respecto la cita de un artículo del sociólogo *José Denis: "Uruguay, como formación étnica-cultural, sin duda es el país suramericano más nítidamente ensamblado con Europa (fundamentalmente con la parte latina). Su historia, no solamente política o económica, sino la historia familiar de su población, tiene sus raíces en los pueblos de España e Italia. El abuelo "gallego" o "tano" es lo primordialmente más generalizado. De lo expuesto se desprende que Uruguay siempre ha sido un país de inmigrantes, un país receptor de pueblos trasplantados, un país síntesis de pueblos. Hoy los términos se alteran y Uruguay se convierte en país de emigrantes. ¿Cuántos se han ido en los años 70? ¿Un 20 por ciento de la población? ¿Un 30 por ciento? ¿Más aún? El hecho es que los descendientes de aquellos abuelos o padres, en un significativo porcentaje, vuelven a la tierra de sus antepasados. La historia familiar (que es parte de la historia de un país que para hacerse también tuvo que hacer, como pueblo, su éxodo) sigue bajo el signo de la migración, de los trasplantes. ¿Un destino de desarraigos permanentes?" (Diputación 215, entresuelo 1ª, Barcelona).*

Latinoamericanos frente al despotismo



También en las Baleares, extremo mediterráneo de España, se expresa la conciencia del exilio. El Centro de Exiliados Políticos Latinoamericanos (CEXPLA), presidido por el ex diputado argentino *Fausto Rodríguez*, nos ha hecho llegar un documento de prensa donde se puntualiza la realidad brutal del país tras cuatro años de dictadura militar: el retorno a la economía oligárquica, el saldo trágico del genocidio, la disolución de la CGT y el hambreamiento del pueblo, la expulsión de recursos humanos, la represión política, una vergonzosa política internacional. *"Hoy nos cabe destilar la esperanza de que este régimen siga el camino de los Idi Amín, Bokassa, Somoza, Macías, Reza Pablevi y otros tantos déspotas que han enrojecido de asombro el rostro de la arena política mundial, como así que las democracias coadyuven concretamente al restablecimiento de la democracia pluralista, con libertad y justicia social, en Argentina y en el Cono Sur". (Joan Miró 272 bis, Palma de Mallorca).*

META: Los pueblos, derechos y humanos



"Mesas de Trabajo de los Argentinos" (META), *"parte del gran movimiento nacional y popular que surca nuestra historia"*, nos ha hecho llegar un documento suscripto por *Raimundo Ongaro, Rubén Sosa* y *Martín A. Paz*, que absuelve posiciones frente a *"un punto sensible de la opinión pública argentina"*. Denunciado e investigado en los foros internacionales por violar los Pactos sobre Derechos Humanos, el gobierno militar insiste en una campaña *"para intentar despertar en algunos sectores del pueblo una actitud defensiva de lo que se entiende por la soberanía y el orgullo patrio"*, como dice el texto, y cabe admitir que ha logrado confundir a cierta gente abrumada por la presión del régimen. El nucleamiento que coordina Ongaro explica que no hay tal menoscabo de soberanía, sino cumplimiento de los pactos a que se comprometió la República. No hay cuestionamiento al País, sino a un gobierno que se impuso sin consultarlo. *"¿Es que vamos a hacer un silencio por los argentinos inocentes que siguen presos , o de personas que han sido secuestradas y no se sabe dónde están, si aún tienen vida o no y por qué?... Lo que se impone moral y racionalmente es el retorno fiel a la Constitución y a los jueces naturales"*. Pero mientras éstos sigan careciendo de garantías, mientras no rija la Constitución y exista un gobierno de fuerza, *"¿qué camino cabe sino pedir una solidaria colaboración internacional para que se respeten los derechos humanos en nuestro país?"* Finaliza diciendo: *"Que el gobierno no se rasgue las vestiduras ante las propias leyes internacionales que la República Argentina ha aceptado, y que no pretenda manipular erróneamente los sentimientos del pueblo argentino, que no está ni estará cuestionado: cualquiera que sea el gobierno que tenga el país, los pueblos son siempre derechos y humanos". (Emilio Ferrari 72, Madrid 17).*

Tribulaciones de Funes, el desmemoriado

El señor Funes sufrió un grave accidente el 23 de marzo de 1976. Se le cayó una maceta en la cabeza. Lo internaron y, cuatro años después, le dieron de alta. Estaba curado pero no recordaba nada de lo sucedido en esos cuatro años: un caso de amnesia parcial.

La señora de Funes, con minucioso afecto, le había preparado un archivo de recortes, recordando que al señor Funes le agradaba estar bien informado.

El señor Funes quiso saber, ante todo, cómo andaba el país: *"Esta es una Argentina de veinticinco millones de hombres felices que se quieren intensa y solidariamente..."*, leyó. Los recortes de la señora de Funes reproducían discursos oficiales.

Contento, el señor Funes se fue a visitar a sus amigos. Pero a algunos no los encontró en sus domicilios. Por más que hizo, no consiguió averiguar su paradero. Parecía ser que, en similares condiciones, se encontraban unas veinte o treinta mil personas más. Los recortes de la señora de Funes no aclaraban nada al respecto.

El señor Funes leyó que *"la justicia ha recobrado la plenitud de su independencia..."* Las cosas se van a aclarar, pensó aliviado. Pero luego se enteró que los jueces habían rechazado cuarenta mil pedidos de "hábeas corpus".

Y sin embargo, el orden reinaba en las calles. Por las noches, los cines se llenaban.

La señora de Funes le alcanzó este recorte: *"Se ha avanzado considerablemente en el respeto y la consideración internacionales"*. ¡Albricias!, dijo el señor Funes. Fue grande su sorpresa al saber que el gobierno era investigado por la OEA y por la ONU, condenado por el Parlamento europeo y la Legislatura de Estados Unidos, reprobado por el "New York Times". Confuso, pidió otro recorte a la señora de Funes y leyó: *"La subversión internacional lleva a cabo una campaña de desprestigio contra el país."* En el exterior se habrán producido muchos cambios, razonó perplejo.

Para aclararse, el señor Funes se dirigió al quiosco más cercano. La señora de Funes le había dado un corte que rezaba: *"Nuestra prensa es responsable y libre"*. Por lo tanto, confiado, pidió el que había sido su diario antes del accidente. Se lo dieron. Ahí se enteró de que estaba intervenido y que a su antiguo director lo habían encarcelado, torturado, privado de su nacionalidad y expulsado del país.

La señora de Funes seguía entregándole recortes: *"El sindicalismo está normalizado"*. El señor Funes se alegró porque antes de su accidente había sido afiliado a un sindicato. Lleno de entusiasmo, se fue a la sede. También estaba intervenida. El interventor era un coronel. Si hay reorganización, dedujo sin desalentarse el señor Funes, podré postularme. Estuvo averiguando y había un problema. En 1939, cuando tenía catorce años, fue preso por participar en una manifestación en favor de la república española. Según la nueva ley, nunca más podría ser candidato.

Cuando volvió a su casa, la señora Funes le tendió otro recorte: *"No concebimos la democracia sin los partidos políticos"*. Al menos, se dijo, podré ocuparme de política. Fue a la sede de su partido. Estaba clausurado. Eso sí, temporalmente. No importa, dijo animoso el señor Funes, puedo ejercer mi libertad de expresión en forma individual. Se fue a la Plaza de Mayo y se trepó a la estatua de Belgrano. En el bolsillo tenía un recorte que decía: *"Los principios básicos establecidos en la Constitución Nacional tienen permanente vigencia"*. Cuando iba a comenzar su discurso, llegó la señora de Funes y consiguió llevárselo.

El señor Funes se aburría. Quizás podría dedicarse a los estudios filosóficos, caviló. Entre los recortes de su mujer había varios -éstos de publicaciones extranjeras- que hablaban de la "profunda crisis del marxismo". Interesado, el señor Funes fue a una librería y pidió las obras completas de Marx y Engels. El empleado, mirándolo con fijeza, enrojeció súbitamente.

El señor Funes optó por marcharse.

¿Y la economía? La señora Funes le dio un recorte: *"La economía transita dinámicamente desde la especulación a la productividad, a través de un ritmo expansivo"*.

Se le ocurrió montar una fábrica de camisas. Pero su asesor financiero lo disuadió. La plaza estaba llena de mercadería importada de Hong Kong y Singapur.

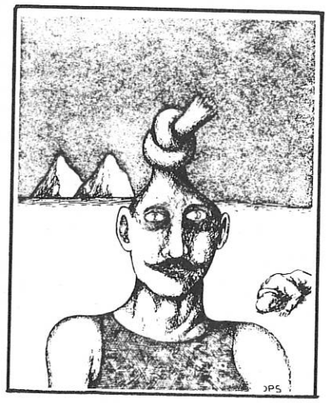
El señor Funes se interesó por la inflación: *"Hoy nuestra economía muestra un grado de inflación perfectamente controlable"*. Preguntó cuánto había subido el costo de la vida en los últimos cuatro años: cuando le dijeron que alrededor del 800 por ciento se quedó pensativo.

Fue entonces que el señor Funes decidió internarse de nuevo. Pero antes, le hizo jurar a su mujer que nunca más le juntaría recortes.

Y, por las dudas, le tiró las tijeras a la basura. *

TRAICION DE IMPRENTA

El artículo *"Peronismo: un enigma europeo"* (Testimonio Nº 1) padeció una errata en la página 10, 2ª columna: la referencia correcta es que Mercier Vega "restaba significado al supuesto *nazismo* de Perón" y no "*narcisismo*" como se deslizó por error, agravado para mayor aflicción con una falta ortográfica.





carta del pago



Provincia de Buenos Aires,
abril de 1980

Querido y estimado doctorcito:

muchas gracias, por el honor que me hace invitándome a colaborar. Por gusto, o a la fuerza, he apechugado varios oficios, pero la voy de periodista por primera vez. Me está ayudando mi sobrina Rosa Tedaré, que es maestra, para corregir los defectos.

Para contar, hay tanto que no sé. Por ejemplo: de pasada por la Capital, me han mirado muy mal, como con rabia, creo yo, por andar con sombrero. Me ha explicado el mozo, que es porque esa gente tiene miedo de llamar la atención, y creen que son todos igual, así que al gaucho, lo toman por loco.

Claro que allá en España, con el destape, no habrán de interesarle los problemas que tenemos acá para cubrirnos. Mejor le comento nuestra noticia más sonada de los últimos días.

Resulta que había acá un Banco de Corrientes, que después lo rebautizaron Banco de Intercambio Regional (B.I.R.). El año pasado, se decía que era el banco privado más importante de la Argentina. Hasta abrió sucursal en Nueva York.

Como usted sabrá, desde hace unos años, se han abierto aquí más bancos que almacenes, y más financieras que carnicerías. En ese cambalache, el B.I.R. era muy cotizado, porque pagaba intereses más altos que colimba granadero. Y parece que también cobraba intereses de usurero, prestándole a las empresas chicas, que nadie les da, porque con esto de la libertad de importación, andan como gato en medio del río.

Un señor Diz, Presidente del Banco Central, entró a mandar al B.I.R. inspectores y auditores; a esa gente, le dió por renunciar al empleo público, y por entrar al B.I.R. con unos sueldos notables.

Y así siguó la cosa, hasta que en marzo, lo cerraron de golpe, nomás. Dicen que Diz se dió el gusto; así será, pero la gente de la calle anda inquieta y desconfiada.

La inflación no les deje ya guardar la plata en el colchón, y el banco, capaz que desaparece...por suerte, la mayoría lo plantea risueñamente, como una tragedia imaginaria: es que no tiene guita.

Por colaborar, he preguntado a la gente más leída, a ver por qué pasa esto, y lo que cuentan asusta como resplandor en el cementerio. Dicen que el "Oreja" Martínez de Hoz, que es ministro de economía, ya estaba empleado de antes, y no se retiró al hacerse cargo. En realidad, no se sabe bien si trabaja, o si está asociado, con el señor Rockefeller.

Parece que este Rockefeller está organizando la economía de todo el mundo, y en ese reparto, a cada país le toca una cosa, o a lo sumo, dos. Acá, se tienen que acabar las empresitas industriales , los banquitos, todo eso. Los argentinos: a criar vacas y cosechar pan.

La idea, la escuché en mi juventud. Recuerdo que el General le dió duro...y también desparejo. -¿Cómo puede ser, doctorcito, que tan cambiado estuviera, cuando volvió? Ya sé, no me rete, es otra historia. Digo, nomás, para decir: ya no soy hombre de nadies. (Y Rosa Tedaré quiere borrar la ese, y yo no la dejo...)-

Vuelvo al B.I.R.: la idea, es reconcentrar el capital. Hay familias que lo han tenido desde antes, comercial, industrial y financiero; y por tenerlo, dicen, saben qué hacer con todo eso, en parte por la costumbre, y en parte, porque se trasmite de padre a hijos.

No crea que este B.I.R. está solito como vaca agusanada; antes ya han cerrado el Banco de Río Negro y Neuquén, la Agrícola Financiera, y no sé cuántas otras más. (Le quería mandar la primicia de que cerraban el Banco de los Andes, pero me lo acabaron antes que Rosa pase en limpio la colaboración).

A mí me llama la atención el asunto de los nombres. Estas empresas de apelativo telúrico las dirigen señores Trozzo, Greco, Oddone, Salimei, que no me suenan a apellidos de patrón ni de gente bien. Y en el gobierno, todo lo contrario. Una restauración clásica, si me permite, entre nosotros.

No quiero que la contribución me salga fastidiosa como tren carguero; mejor, me aguanto otras cosas que traigo en el buche. Ya le contaré más adelante.

Plata para contribuir, no tengo, en este momento; sólo puedo mandarle, por avión, tres gallinas vivas, y por barco, una bolsa de la papa nueva. El periquito se lo debo, veré de procurarlo, si viajo al norte. Un afectuoso abrazo de su antiguo correligionario y siempre fiel amigo,

Piloro Quinterno

Luchi, el hermano mayor

Los años sesenta dieron que hablar en todo sentido y en todo lugar. También en el de la poesía y en Argentina, donde, al calor del alza del movimiento de masas, la renovación ideológica, el surgimiento de una nueva izquierda, el triunfo revolucionario en Cuba y el ejemplo de Vietnam, un grupo de poetas —oficiosamente bautizado como "la Generación del 60"— intentó hacer suyo el viejo sueño de tomar el cielo por asalto. Para ello, los entonces "jóvenes poetas" se lanzaron a la búsqueda de nuevas formas de expresión, el rescate de líneas culturales marginadas, la revaloración del lenguaje cotidiano, la desmitificación del quehacer poético y, en muchos casos, a través de una participación más íntegra y directa en las luchas populares.

En cualquier circunstancia, en los bares, en los recitales, en las efímeras revistas, en las discusiones interminables donde se intentaba dar forma terrenal a la utopía y también en los bravos momentos en que se comenzó a pagar con sangre y cárcel este intento, Luis Luchi (Buenos Aires, 1921) estuvo presente. Hasta tal punto que, a modo de hermano mayor, vino a demostrar que estar vivo no era sólo cuestión de haber nacido, y mucho menos si antes o después de los topes marcados por la absurda matemática generacional. Tanto en el descubrimiento de puentes hacia el pasado como hacia el futuro, Luchi y su poesía ("El obelisco y otros poemas", "El ocio creador", "La vida en serio", "Poemas cortos de genio", etc.) constituyeron un referente obligatorio. Y lo siguen siendo, aún ahora, en el exilio, quizás para demostrar que, cuando de todos aquellos sueños "generacionales" queda muy poco, el asalto del cielo continúa vigente como una tarea tan hermosa como necesaria. Y posible. Su reciente poemario "¡Gracias, Gutemberg!" (Barcelona, 1980), al cual pertenecen estos poemas, lo confirma.

Alberto Szpunberg


Luis Luchi

ALMANAK
YKALENDARIO GENERAL,
Diario de cuarto de Luna,
segun el Meridiano de
Buenos-Ayres.

PARA EL AÑO DEL SEÑOR DE 1789.

Los dias de Fiesta llevan esta señal (+) Los en que se puede trabajar (con obligacion de oir Misa) se señalan con esta †. Y los Feriados con esta (*)

EN BUENOS AYRES

Con licencia: En la Real Imprenta de los Niños expósitos, y á su costa.

¡Gracias, Gutenberg!

la lira argentina

EL HOMBRE EN LA PRISION

De todo lo que un hombre tendría que moverse,
las lejanas estrellas quedan para sostenerse.

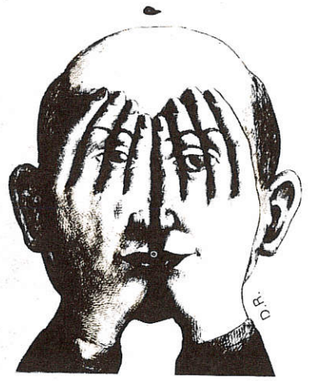
Pequeña lucecita que está alumbrando vidas,
de lejos su rayito le anima sus comidas.

Sólo lo rodea piedra, pared y techo
y la huida en el descanso que hamaca con su lecho.

En cada amanecer un nuevo pensamiento,
en cada despertar la espera del aliento.
Solo está. Hombre está. Triste está.
Serio está. Hombre está. Hondo está.

Puro está, enfermo está.
Libre está. Débil está.

Hombre, libre, enfermo, triste,
está.



RESIGNARSE

a todo me he resignado
a todo lo de la vida
a todo lo de la muerte
a estarme siempre solo
a estar siempre acompañado
a todo me he resignado
a verme perder las razones
a los desconcertantes cambios de ánimo
a sacar pasajes de ida y vuelta
a pasar dos veces por el mismo lugar
a no darme cuenta de haberlo hecho
a desconocer un propio idioma
a ignorar los otros
a todo me he resignado
siempre me resigno
a tener resignación
a no resignarme
a ser uno más como si fuera distinto
a ese gusto parecido a un remedio.

ADMIRACION POR LOS PROCERES

Estaba de guardia en la réplica de boulogne sur mer
desde joven en la mezcla de cemento del monumento a la bandera.
No se perdía un solo cambio de los cambios de granaderos
y los vistosos uniformes.
Rivadavia la recorrió de punta a punta, atravesó la cordillera
se ahogó en el pacífico demostrando: la calle más larga del mundo.

Castro Barros es bueno, Mitre es bueno, Sarmiento mejor,
Corrientes es bueno, tiene una sola mano; el manco le dicen.
Saavedra es bueno como pintón; a la Lavalle la adoro si no
fuera tan fusiladora. Aranguren es bueno, Avenida del Libertador es bueno. Alvear es bueno, toda su familia es buena. Roberto Arlt es bueno le dieron un pasaje, Ingeniero Huergo es bueno lo pusieron en el paisaje. Pringles es valiente, Luis Viale sabe nadar. Triunvirato era bueno, le sacaron el tranvía Lacroce. Monroe era un ángel, la General Paz es bueno y un héroe. En el museo histórico nacional en la sección numismática monedas verdaderas de oro. Almafuerte se lo merece, La Internacional sin ponerle número ni fecha.

Un día entró por Balcarce (también era bueno), salió con Alem, Dorrego lucha contra las serpientes, es derrotado por bueno, Moreno es paralelo a Belgrano, los corta Jujuy, en la calle Pepiry me paro en la esquina. Posadas era un guapo, Montevideo y Paraná se cortan mutuamente, cuidado que aparece el gobernador Andonahegui.

Todos colaboraron en la patria ya hecha, la calle Luna es buena, donde me pongo triste, donde no hay ninguna espectativa para mí, donde la pena de morir sin que se entere Peralta Ramos, ese sentimiento no cabe en la Avenida de Mayo, el cayejón El Panal, Mozart era gringo, pero bueno, Billinghurst, Azara, Ramón Falcón es bueno, un capo, yo camino buscando los parrones, de ese boliche salió un borracho y las vecinas lo intitularon el hombre perdidoamargadoresentido abandonado de la mano de Dios. Formen un cabaret y quizás salga de ese lugar el nuevo tango. Troilo es bueno, Piazzola un encanto, los cantores publicarán las chapas de una ciudad en progreso. Necochea desobedecía las órdenes. Cádiz es redonda. Ford es argentino, Remington Rand es argentina, las fronteras son argentinas, esas mujeres viejas con peinados y acento provocador lo son, General Motors es argentina, San Martín es correntino por ende argentino, el banco municipal de préstamos es argentino, Fiat es argentino, Leguisamo uruguayo. La entrada al suburbio es porteña, el sur queda allí abajo un poco de los chilenos, el cielo lleva el color de la bandera, vale la pena morir por ella si no nos aplastan la cabeza. La carne es universal, los gobiernos son patriotas, las abejas son patriotas y nos dan la miel, los golfers son patriotas, nos hacen conocer en Inglaterra, no a mí, a ellos.

País si se los limpia, sucio de la mirada turbia alegrada por el alcohol dispuesto a inventar un nuevo compás de tango. El doctor Fernández Verano es inmune. ¿yo soy inmune? Jacobo se dio una inyección de ánimo. Firpo es campeón, Pérez Pícaro un ganador, Gaeta es bicicletero, los domingos por la tarde pinta su casa y sigue el domingo próximo pasado. La muerte mía trabaja las veinticuatro horas del día. La policía es mía nacional y auténtica sin cortapisas no descuidan un segundo mientras los cambiadores amateurs no dejan guardias cuando se van a dormir, se pierden por eso algunos momentos del crecimiento del árbol. Rugierito es valiente y es útil, Valdéz Cora ni valiente ni útil. Caprioli un compadrón, el Cacho Otero no se pierde una oportunidad. Hernández es triste, todos los Hernández son tristes, Bernárdez es triste, todos los Bernárdez son tristes, Borges es triste y lamenta su muerte, Carmelo lloró cuando se le murió el perro, yo soy triste y todas las mañanas escapo a los tristes sin consistencia cuando la tristeza crece.

